

# sumario

- [ 5 ] >> Benito Pastoriza Iyodo (Puerto Rico) / «Carta abierta para un gobierno sin fronteras» / «No al amor»
- [ 9 ] >> Walter Gasparetti (Santa Fe) / «El perro»
- [ 10 ] >> Marta de Arévalo (Montevideo) / «La pirámide» / «Silencios»
- [ 12 ] >> Yamila Greco (Buenos Aires) / Poesías Seleccionadas
- [ 13 ] >> Angel Manuel Gómez Espada (Murcia) / «Florilegio»
- [ 14 ] >> Ignacio Carbia (Montevideo) / «¿Qué te pasa, Perucho? ¿Qué te pasa, Hans?»
- [ 18 ] >> María Josué Saintus «Melainis» (Caracas) / «Sangre en el asfalto»
- [ 19 ] >> Andrés Torres Scott (Edmonton) / «Antropófago por evolución»
- [ 23 ] >> Luis Miguel Rubio Domingo (Valencia) / «La austeridad es un error de cálculo»
- [ 24 ] >> Magda Olivieri (s/d) / «Contraviaje»
- [ 25 ] >> Fabián Gabriel Rapolla «Nehemías»(Buenos Aires) / «El hombre y el senador»
- [ 27 ] >> Joaquín Yañez (Rosario, Argentina) / «Turno Noche»
- [ 30 ] >> Álvaro Lema Mosca (Montevideo) / «Las hermanas»
- [ 31 ] >> Mariano Contrera (Buenos Aires) / «Pink Freud»
- [ 33 ] >> Rosario Ferrari (Montevideo) / «Rumiantes»
- [ 34 ] >> Francisco Adriano León Carrasco (Perú) / «Surfari»
- [ 36 ] >> Cristina Occhipinti (Buenos Aires) / «El mejor amigo de un hombre» / «La misma voz» / «Ultimátum» / «Prequirúrgico»
- [ 39 ] >> Ester Viviana Catzman (Buenos Aires) / «El virus del mareo»
- [ 42 ] >> Rodolfo Silvain (Buenos Aires) / «Volver a casa»
- [ 48 ] >> Enrique José Decarli (Buenos Aires) / «Fiebre»
- [ 51 ] >> Esteban Lozano (Miami) / «Zona de Alienación»
- [ 59 ] >> Sergio Martínez Espitia (México) / «Ajuste»
- [ 60 ] >> Patxi Navarro (Girona) / «El oscuro desván del señor Hawking»
- [ 65 ] >> Noel Pérez Brey (Toledo) / «El frío de los muertos»
- [ 69 ] >> Juan Carlos Albarado (Montevideo) / «S.N.»
- [ 71 ] >> Alejandro Torterolo Ferreira / «Aurora»  
Anexo: «Narratividad y diégesis en el Río de la Plata»

# Editorial

Habíamos pensado escribir estas notas con una cantidad importante de referencias y solemnidad académica, propia de los asuntos de gravedad. Pero poco a poco comprendimos que no era posible. Y no tanto porque dudáramos de nuestra capacidad para realizar un gran texto; más bien porque nos encontramos cansados de la literatura-mercancía, de los libritos de autoayuda, de la comercialización de la «buena letra» o las choluleces de maquillaje. Hartos del proxeneta que emputece la literatura sin pudor por unos pocos mangos, y empieza con sus *metaforillas puras* o las rimas tales o los ritmos cuales. Superados por la sandez enfermiza de inventar discursos para justificar su inutilidad caprichosa («¿Qué quiso decir el autor con esto?»). Desesperanzados, aburridos, luego de conferencias y conferencias, de estructuralismos y post-estructuralismos o neo-estructuralismos o formalismos a secas (agotadora lista que cansa mirándola). Podridos de clases académicas desnutridas que justifican su existencia en la misma ventanilla que la burocracia. Contaminados por toda aquella infección verbal, nace Literatosis!

Nace como las páginas impregnadas de tinta que circulan herejes, bacanales, lúbricas y desdeñosas, por todos los rincones de nuestra Latinoamérica: golpeando alguna puerta, filtrándose en tu auto, acostándose contigo, hija de todos los textos que nos tejen (amándolos y

odiándolos), pero sobre todo lista para susurrarte palabras al oído y atraparte en más Literatosis!

Y sin embargo, a decir verdad, tampoco podemos ofrecer panfletos: esperanzados, abstenerse.

Lejos de las falsas ilusiones adolescentes de transformar cualquier cosa que no sea una hoja, lo único que nos queda por dar, es la palabra. Y no es que la palabra sea poco, *oh! Lector!*, pero sabemos que preferirías muchos más unos ¿mil mangos, digamos?... y como el *verbo* se hizo todo –según dicen ciertos libros- menos plata, lo único que podemos hacer es seguir construyendo relatos con palabras.

Literatosis! es eso: una suerte de monstruo o colcha de retazos; discursos yuxtapuestos, lúdicos, solemnes, ebrios, amorosos, violentos, sentimentales

Literatosis! no tiene otro objetivo que entregar, poco o mucho, con rubor y alegría, sus palabras. Así, a secas.

Lo único que podemos ofrecer a un posible lector – además de las disculpas anticipadas- es la honestidad de unas letras escritas y seleccionadas sin otro interés que el de brindar algún texto interesante que, a nuestro criterio, vale la pena leer ¿Lo demás?... *Lo demás es puro chuco, muchacho* Nosotros escribimos porque no nos queda otra, no podemos decir que «lo elegimos» hay cosas que no se eligen ¿quién elige ser pobre?... ¿quién elige ser feo?... nosotros no elegimos la literatura por ahí ella nos eligió a nosotros.

Grupo de Literatosis!

# Carta Abierta para un Gobierno sin Fronteras

BENITO PASTORIZA IYODO

---

**Benito Pastoriza Iyodo** (Puerto Rico). El Ateneo Puertorriqueño premió su poemario *Gotas verdes para la ciudad y el cuento* El indiscreto encanto. Recibió el premio en poesía del Latino Chicano Literary Prize por su libro *Lo coloro de lo incoloro*, publicado en la colección *Cenzontle de la Universidad de California*. Su poemario *Cartas a la sombra de tu piel* obtuvo el premio Voces Selectas y fue publicado por *Luz Bilingual Press* en los Estados Unidos y *Tierra Firme en México*. También publicó el poemario *Elegías de septiembre con Tierra Firme*. Ha sido cofundador de varias revistas especializadas en la difusión de la nueva literatura escrita por latinos en los Estados Unidos. Su libro de cuentos, *Cuestión de hombres*, fue publicado por el *Latino Press de la Universidad Estatal de Nueva York*. En 2005 obtiene premio en poesía de *Terra Austral Editores*, antología australiana que publica su poesía. En el mismo año aparece su poesía en la antología *Poetic Voices Without Borders*. En 2006 obtiene premio en poesía y premio en cuento del certamen *Manuel Joglar Cacho en Puerto Rico*. En diciembre del 2006 aparece su nuevo libro de cuentos *Nena, nena de mi corazón* publicado por *Xlibris*. En el mismo año aparece su relato *Paseo Habanero* en la antología del premio internacional *Carmen Báez* publicado en México. En abril del 2008 se publica su primera novela *El agua del paraíso*. En el mismo año recibe el premio Internacional FAO para *Des-Contar el hambre* por su cuento *La fiesta compartida*. También en el 2008 se publica en inglés su libro *A Matter of Men*. En febrero del 2009 aparece su obra en la antología internacional *Poetic Voices Without Borders 2*. En el 2010 se publica en inglés *September Elegies*. El Ministerio de Derechos Civiles del Gobierno de España publica sus relatos en la antología *Uno, nosotros, todos en el mismo año*. Entre los años 2010 y 2011 aparece su obra en las antologías de la *Fundación Latin Heritage: Minotauro*, *Con otra voz* y *La noche y los guerreros del fuego*. En 2012 recibió el Premio *Manual Aranda en narrativa (España)* y se publica el poemario *Prostíbulo de la palabra (Estados Unidos)*. Su obra ha sido publicada en *España, México, Argentina, Chile, Perú, Australia, Puerto Rico* y los *Estados Unidos*

*Me cago en la puta madre de estos políticos que me llevan la vida en un trajín. Me cago en la puta madre de estos gobiernos fronterizos que me llevan la vida en un ocho. Qué si vénganse pacá que hacen falta gente pa pizar. Qué vénganse pacá que hace falta gente pa construir. Cuando regresen paisano traigan dinero, traigan harto dinero que su país los quiere, los necesita. Manden mucho dinero paca paisano que su país los quiere de veras. Sí, los quiere joder coño.*

Desde mi frontera de cristal  
Me levanto todas las mañanas  
Para ver como se va construyendo  
Ladrillo a ladrillo, viga a viga  
La pared torcida que habrá de separar  
Lo inseparable

*Sí me cago en la puta madre de todos los gobiernos porque sólo piensan en ellos mismos. Te quiero ahora porque me sirves pa algo después te boto al carajo porque ya no me sirves. Pa mí tú eres bagazo. Qué fácil no. Así cualquiera. Me quieren de mango bajito. Me quieren joder hasta que me expriman la muerte. Sudor a sudor, sangre a sangre. Ustedes están de la mierda. Qué fácil es hablar mierda, qué fácil es decir poesía. Así cualquiera, pura palabrería. Puras promesas sembradas en la arena.*

200 y tantos años en el intento  
De la división extraordinaria  
De la división que no cicatriza  
De los abismos reinventados

*Dejo a la familia, dejo a los hijos, dejo a la mujer. Dejo a lo que más quiero. ¿Pa qué?*

*Pa que me jodan. Lo oyeron clarito, bien clarito. Pa que me jodan. Para ustedes no soy un hombre, no soy un ser humano, no soy una persona. Soy unos dedos para recoger algodón lleno de espinas, soy unas manos para fregar pisos asquerosos, soy unos brazos para cuidar niños blancos cagaos de mierda, soy una máquina de trabajo. No soy un hombre, no tengo un alma, no tengo un Dios. Soy un muerto de hambre que depende de ustedes. Así cualquiera, ¿no? Pues se jodieron, ya verán los que les esperan. Se jodieron bien jodidos.*

I am an American I speak English  
I am superior, very superior  
You will take my jobs  
This is my America  
My America

*Luego andan con la puñetera mierda que si les robamos los trabajos, que les estamos quitando los empleos. Coño si ustedes no quieren ni dar un tajo. No se quieren ensuciar las manos. ¿De qué carajo están hablando de que les estamos quitando los trabajos? Son ustedes los que no quieren trabajar. Metidos en las oficinas con aire acondicionado bien fuerte mientras nos ven de lejos rompiéndonos el lomo para dejarles unos jardines bonitos que puedan pasearse en sus trajes de marca fina.*

No señor que yo estuve aquí primero  
Esta es la tierra de mis antepasados  
Esta fue tierra de los hispanos  
Juntos venceremos

*Yes Mr. Brown, Yes Mr. White, Yes Mr. Black. Cómo no Mr. Brown, cómo no Mr. White, cómo no Mr. Black. Whatever you want Mr. Brown, whatever you want Mr. White, whatever you want Mr. Black. I am here to please you Mr. Black, Mr. Brown, Mr. White. Lo que usted me quiera pagar Mr. White. Yo no más le trabajo Mr. Brown. Usted sólo dígame Mr. Black y yo arranco para donde usted me diga. Pues se jodieron porque no saben lo que les viene. Ya verán, ya verán.*

Mientras las palabras van y vienen  
Los muertos van apareciendo  
Por las calles  
Por el desierto

*Y me joden de los dos lados. Acá el coyote, allá el gringo. Acá el gobierno, allá la migra. Acá mándame dinero, allá dame dinero para los income tax. Me tienen como chicle. Masticándome duro de los dos lados. Me halan pacá, me halan pallá. To-*

*dos quieren un pedacito de mí. Todo para ti y nada para mí. Aprenda inglés, se te olvidó ya el español. Ya pareces gringo, you look like a Mexican. No, you look like a Puerto Rican. No, te pareces a un árabe.*

Muertos de hambre  
Muertos de sed  
Muertos de locura  
Muertos perdidos  
En el arenal seco

*Coño como todos joden. Ya me tienen hasta la coronilla. Estoy hartito, ya no puedo más. Ya no aguanto más. Nadie queda complacido, nadie me da unas gracias, nadie me brinda un vaso de agua, nadie me dice un hello, nadie me dice un adiós, nadie me dice un te quiero. Todo es venga pacá. Ándale, ándale. Haga esto. Haga aquello otro. Súbase por aquí, baje por allí.*

Las niñas los niños los infantes  
Bien muertos  
Las madres preñadas  
Bien muertas  
Porque huyéndole a la migra  
Se perdieron en el desierto

*Ayer bien tempranito me desperté para amanecer en el Home Depot para ver quién busca hombres para mezclar cemento. Hombres para pintar. Hombres para plomería. Hombres para reparaciones. Hombres pa lo que sea. I only want two, only two. Y caemos el paquetón de hombres allí ofreciéndonos. Cheap, very cheap, much very cheap. Y ellos con la sonrisa en la cara. Los tenemos donde los queremos. Mira cómo vienen.*

Y mientras tanto la pared  
Se va extendiendo  
Nuevo México Texas California  
La pared va creciendo en altura  
De una pared submarina se ha hablado  
Para la Florida

*Me voy pa la Florida, es tiempo de naranjas, es tiempo de fresas, es tiempo de tomates. Me voy pa Georgia, es tiempo de melocotones, es tiempo de algodón. Me voy para las Carolinas, es tiempo del arroz, es el tiempo del tabaco. Me voy para Hawaii, es tiempo para las piñas, es tiempo para los bananos. Me voy para los Nueva Yores, es tiempo para lavar platos, es tiempo para cocinar latin food. I love tacos, burritos, pupusas, margaritas, mojitos and chimichangas.*

Los gobiernos se van echando las culpas  
No, it's your fault. No, it's your fault.  
Porque es el escape fácil  
Create jobs for your people  
Put your country in order  
Ustedes son los culpables  
Con todas las maquiladoras

En nuestras caras  
Con todas las falsas promesas  
Del American Dream

*Yo tuve un sueño feliz, soñaba que vivía en Nueva York. Con muchos pesos pa mandar a la República Dominicana. Yo tuve un sueño feliz, soñaba que vivía en Miami. Con muchos pesos para enviar a Medellín. Yo tuve un sueño feliz, soñaba que vivía en Los Ángeles. Con muchos pesos para enviar a Mexicali. Yo tuve un sueño feliz, soñaba que vivía en Washington DC. Con muchos pesos para enviar a San Salvador. Yo tuve un sueño feliz, soñaba que vivía en Tampa para mandar muchos pesos a Pinar del Río. Yo tuve un sueño feliz, soñaba que vivía en Orlando. Con muchos pesos para enviar a Bayamón.*

Washington DC manda los soldados  
A patrullar los lindes del desierto  
Y México se pone a la defensiva  
Los insultos los improperios  
Se van lanzando a pedradas  
Deshumanizados de lado a lado  
Acá gritan English Only  
Y allá Spanish was first

*Inglés sin barreras. Aprenda inglés hoy mismo en la comodidad de su hogar sin tener que mover un dedo. No tiene que memorizar nada, no tiene que aprenderse nada. Sólo tiene que sentarse en su cómoda butaca y mirar la televisión. Nosotros lo hacemos todo por ustedes. Ustedes sólo miren la televisión y compren nuestro programa que viene para la computadora, para la televisión, para el DVD, para la grabadora, para lo que usted quiera. Aprenda inglés y hágase rico en los Estados Unidos. Aprenda inglés y tendrá el sueño americano a su alcance. ¿De dónde carajo voy a tener tiempo yo para sentarme a aprender inglés coño con cinco bocas que alimentar?*

200 y tantos años  
En el debate  
200 y tantos años  
En el encono y el odio  
200 y tantos años  
En la construcción  
De divisiones  
200 y tantos años  
Echándose las culpas  
200 y tantos años  
De miles de muertos  
En el desierto

*Excusas, excusas, nadie tiene la culpa. Desde que se inventaron las excusas todos quedamos bien. Es que somos diferentes. Hace falta la división. Es que hablamos lenguas diferentes. Hace falta la división. Es que tenemos diferentes culturas. Hace falta la división. Es que nosotros somos católicos y ustedes protestantes. Hace falta la división. Es que nosotros somos ricos y ustedes son pobres. Hace falta la división.*

*Es que nosotros estamos bien, requetebién y ustedes están jodidos, jodidos para el carajo. Hace falta la división. Separate but equal. Equal but separate.*

Es como si todos nos olvidásemos  
Que las fronteras son artificios  
Mentiras de poderes obsoletos  
Que dividen a los hombres  
Que nos hacen pequeñitos  
Insignificantes de nuestra  
Propia grandeza humana

*Cuidado que los poetas hablan mierda. Cuidado que los políticos hablan mierda. Cuidado que los burócratas hablan mierda. Cuidado que los filósofos hablan mierda. Cuidado que los académicos hablan mierda. Nadando uno en tanta mierda de palabras como es posible salvarse de la caca que se acumula como una montaña. Acaso servirá para algo mi carta, o será otra pila de mierda que nadie escuchará, nadie leerá. Se la pasarán por el arco del triunfo por no decir culo y se dirán a carcajadas este pendejo de mierda quién se cree que es.*

Propongo el derrumbe de las fronteras mentales  
Desplomar las actitudes de superioridad étnica  
Desmoronar los juegos de poder político  
Derribar de una vez por todas  
El monstruo limitador  
Que roba nuestra verdadera humanidad

*Usted querido poeta no proponga nada y no demuela nada. Déjese de comer tanta mierda, de comer tanta basura y póngase a escribir de una vez la puñetera carta. Yo por mi parte solté unas cuantas groserías porque esta gente sólo así entiende. Se le tiene que ver a uno la cara de encojonao pa que te escuchen, pa que te respeten. Se le tiene que ver la cara a uno de disgusto, que ya no aguanta más. Se le tiene que ver a uno la cara de hasta aquí llegó la cosa y de aquí no pasa. Se le tiene que ver la cara de rabia encendida y tú no sabes lo que te espera. Usted querido poeta comience su carta con un «Querido Gobierno de Mierda » y luego ya veremos si funciona.*



**Literatosis!**



# NO el AMOR

ledereen zegt nr  
Jeder sagt nein  
Ognuno dice no  
Todos diz no  
Toute le monde dit no  
Everybody says no  
Todos me dicen no  
Me repiten que no  
Me gritan que no  
Aullan a todo pulmón  
No  
Carajo que te decimos que no  
No entiendes te decimos que no  
que no le escribas al amor  
que es una cursilería mayor  
que no le escribas al amor  
y mucho menos  
especialmente  
específicamente  
enfáticamente  
a ese depravado amor  
los curas y las monjas  
papas y cardenales  
los catedráticos los poetas  
los alcaldes y los presidentes  
los gramáticos y los economistas  
los críticos los fashionistas  
los raperos los poetas del micrófono  
los poetas del blog mayor  
los poetas del blog menor  
los poetas performistas  
ledereen zegt nr  
Toute le monde dit no  
y yo digo que sí  
porque me da la gana  
porque voy perdido en la oscuridad  
porque quiero entender de claridades  
porque he visto tus ojos de luz  
porque soy hijo de Pasternak  
porque Lara de las nieves me llegó  
con tu nombre de hombre suelto  
porque he visto la luna de tu cintura  
que Lorca venía anunciando en el 30  
porque he descubierto tu cuerpo salado  
que Cernuda terriblemente exponía en el 50  
porque he palpado tus músculos bronceados  
que Ramos Otero vaticinaba en los años del 60  
porque escuché los gritos de protesta aullada  
que Monsiváis bramaba en la década del 80  
porque oigo el teclado de tus dedos ensordecidos  
y me ahogo en la armonía despiadada de tus pestañas  
rescatándome en la sombra de tus cartas ocultas  
agarrándome de tu espalda que me salva del ahogo  
adhiriéndome a tus poros de animal tierno y salvaje  
todos me gritan hombres no aman hombres  
déjense de mariconerías

Nein nr negativo no  
ledereen zegt nr  
el amor está gastado  
es cliché súper cliché harto cliché  
lugar común de todos  
no sirve para nada en este nuevo siglo  
de la informática acelerada  
con artilugios mágicos  
con dispositivos embrujadores  
con gadgets de la ultra tecnología  
de la pantalla azul que no te dice nada  
de la pantalla nívica que te lo dice todo  
Toute le monde dit no  
hasta el reguetón me dice no  
mano no cuate no hey bro no  
oye carnal te decimos no  
mira que te descubren lo de gay  
everybody will call you faggot  
queer queen pansy  
y yo me desvivo en un sí alargado  
en el sí más hermoso de la lengua castellana  
en el sí más auténtico de la lengua española  
de un yes yes oui sí sí yes yes sim  
sim al parpadeo de tu cuerpo  
a la sonrisa de tu rostro enamorado  
a la esencia de tu poesía azul  
que se hace canto atroz  
en cada verso  
en cada sílaba  
en cada letra  
en cada pausa  
de tu aliento  
que es el aire  
del cosmos en su giro  
de fuerzas afirmadas



# EL PORRO

WALTER GASPARETTI

La peor desgracia es la que te sorprende por la espalda. Se siente como traición; y para la traición, no hay consuelo.

Mi papá, mi padrino y mi vecino Lucio salían a cazar liebres una vez por semana. Era una costumbre de los sábados por la tarde. Los tres en bicicleta se perdían por el camino del matadero hasta llegar a los campos trillados. A mí nunca me llevaban. Esto es cosa de varones, me decían. Solamente ellos y los perros que trotaban al lado de las bicicletas.

Aquel sábado no fue la excepción. Almorzaron temprano, tomaron sus escopetas y empezaron a pedalear hacia el este. Mi mamá protestó un largo rato porque mi papá volvía a postergar el arreglo de las goteras del galpón del fondo. Estuvo en silencio, mirando un largo rato la televisión con los ojos clavados en las imágenes de Buenos Aires, viendo las corridas de los policías a quienes protestaban en la calle, los saqueos a los supermercados, la gente encapuchada rompiendo las vidrieras de los comercios, llamas, humo, disparos, gases. Los subtítulos hablaban de muertos, de represión y de cambios presidenciales.

Noelia, no te vayás lejos que voy a dormir la siesta, me gritó desde adentro, y enseguida se dejó de oír el programa de televisión.

Yo me quedé con Tigre, el perro de mi padrino, un perro tipo ovejero alemán, muy inteligente y celoso de quienes quería. Tigre llevaba el amor en la sangre, en la carne y en los huesos. La vejez no le había quitado la alegría. Había una historia que lo definía por completo. Dos meses atrás cayó enfermo. Para no verlo morir, mi padrino lo llevó lejos y lo abandonó solo él sabía dónde. Pero para sorpresa de todos, Tigre regresó unos días después, luego de cruzar vías, caminos y campos. Ese día mi padrino aprendió la lección. Al llegar, Tigre lo buscó hasta ponerse a su lado y movió la cola sin el menor resentimiento hasta conseguir atención.

Sin que el perro chiste lo saqué a dar una vuelta a la manzana con la precaución de no arrimarnos a las torres de alta tensión. PELIGRO, NO ACERCARSE, decía un cartel amarillo con letras negras en el medio de una reja que no ocultaba las torres de cemento y los imponentes transformadores. Cuando uno se recibe una descarga eléctrica queda carbonizado, se le desprende los ojos y se convierte en una marioneta, de modo que pasamos lo más lejos que pudimos y continuamos caminando hasta que volvimos a casa.

A Tigre le gustaba correr a las palomas, pero aquel sábado se quedó debajo del paraíso hurgando en el silencio. Igual las palomas volaban más alto y buscaban refugio en los recovecos de las tejas del techo, para después acurrucarse y dejar pequeñas montañas blancas. La inmensidad de la calma nos rodeaba como a un lago, ape-

---

**Walter Gasparetti.** Argentina, Cañada de Gómez, Santa Fe. Licenciado en Comunicación Social, egresado de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), Argentina. Actualmente desempeñando tareas como periodista en el diario La Capital, de Rosario, y en medios radiales y televisivos de Cañada de Gómez.

---

nas si llegaba el silbido de la brisa y los sonidos propios del franco. De vez en cuando, esa brisa arrastraba fragmentos musicales, una cumbia lejana, un tren, el ladrido de un perro.

Tigre levantaba las orejas de golpe, como si escuchara los disparos lejanos, y volvía a recostarse. Pero de pronto, como si los sonidos se hubiesen hecho eternos, mantuvo las orejas levantadas. Luego corrió hasta la calle y se sentó al lado de la cuneta. Después fui yo quien prestó atención al sonido de la sirena, una sirena aguda, como un pinchazo. Caminé hasta donde estaba Tigre y me quedé a su lado mirando hacia donde venía el sonido. La calle aplastada por la claridad del sol se juntaba con el maizal aún no cosechado, allá lejos.

Era un auto policial blanco y azul con las luces encendidas que se acercaba por el medio de la calle, despacio hacia el barrio. Cada tanto hacía sonar la sirena como una manera de decir presente. El auto estacionó enfrente de la casa de Lucio, a menos de media cuadra de donde estábamos. Yo sentí un ardor en el estómago, como si la llama se hubiese iniciado por dentro. A Tigre y a mí nos llegó curiosidad y nos acercamos. Marta, la madre de Lucio, se asomó por la ventana abierta al último sol de la tarde.

El policía se bajó y se acercó solemne hasta donde ella estaba. Iba lento como quien va a relatar una mala noticia. Abría los brazos en condición de lamento y agachaba la cabeza. Vi como esa mujer flaca, pálida y vestida de marrón, se desmoronaba ante mis ojos.

Marta, con apenas un hilo de voz, rompió en llantos, y corrió furiosa hasta el auto, mientras el oficial hacía un enorme esfuerzo para tomarla desde atrás. El empuje de la mujer arrastraba al policía. Hubiese necesitado la fuerza de un caballo para detenerla. Mi papá y mi padrino estaban en el asiento de atrás. Ninguno de los dos levantó la mirada. Llevaban la marca del dolor tatuada en la cara.

# LO PIRAMIDE

## MARTA DE ARÉVALO

Siempre quise ir a Uxmal. Hoy cumplo mi sueño.

De pie frente la pirámide del adivino, contemplo la extraña construcción ovalada y me pregunto cómo subir con mis grandes pies, los estrechos y empinados escalones construidos para los pequeños pies mayas. Mi meta es el quinto templo, allá en la altura de esos treinta y cinco metros, ascendiendo sus ciento cincuenta escaleras de piedra custodiadas por el dios Chaak, habitante en los cenotes, señor del trueno y dispensador de la lluvia.

Me han advertido no se debe trasponer la cerca, ya que no se permite invadir la pirámide. Rebelde por naturaleza, me preguntó ¿Qué es lo que tanto custodian y protegen allá arriba? No acepto que me impongan límites. Por ello, aprovecho un descuido, traspaso la valla y llego hasta tocar la piedra con mis manos anhelantes. Pulida hace siglos, impregnada de la devoción de los antiguos y soportando milenios, la piedra es suave al tacto a pesar de las cicatrices del tiempo. La acaricio y me acaricia con su hálito de misterio. Frente al primer templo, la cabeza de la serpiente es un signo desalentador, pero aún así, no me desanimo.

Oscurecida su labrada arquitectura, la pirámide se yergue desafiante y a la vez incitadora. Poso mi pie en el primer escalón. Por necesidad me inclino para trepar, más que ascender, y la pirámide me invita a proseguir con reclamo silencioso que viene de ancestrales leyendas. Subo con decisión. Abordo el segundo templo. Desde el nivel del suelo, los mascarones de Chaak me reprenden. Subo lentamente, cuidadosamente. No debo perder pie o mi aventura podría finalizar trágicamente.

Al enfrentar el tercer templo se desata la tormenta. Chaak castiga mi desobediencia. Truenos y rayos amenazaban mi integridad. Sin poder continuar debido a las inclemencias y sin aceptar descender, obstinadamente, me pego, literalmente, a la piedra y allí soporto casi veinte eternos minutos. Ya al límite, como única alternativa, invoco al chilán morador del monumento. Instante de reverente silencio. Un profundo pensamiento, más allá de mi comprensión, interroga atávicos poderes, y de súbito, cesa la lluvia. El sacerdote adivino responde con un

---

**Marta de Arévalo** (Montevideo). Ha publicado una treintena de títulos de poesía, narrativa, crónicas históricas y literatura infantil en Montevideo, Madrid y París. Figura en varias antologías hispanoamericanas, así como en publicaciones especializadas e informativas sobre literatura contemporánea (Historia del Uruguay, Tomo II, Schurmann y Coolighan, 1995, entre otras). Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, alemán y húngaro. Reiteradamente premiada por el Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay, la Intendencia Municipal de Montevideo y diversos certámenes internacionales. En 1994 recibió el premio José Vasconcelos de México. En el 2000, recibió el Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe «Gabriela Mistral», que otorga la Asociación Côté-femmes, de París. En 2003, el Frente de Afirmación Hispanista, de México, editó Antología de la Poesía Cómica de Marta de Arévalo.

---

tenue rayo de sol que tímidamente colorea arco iris en los goterones que todavía escurren por la piedra. Chaak no me venció. Yo continúo.

El cuarto templo me ofrece su entrada desatando mi pavor. La abertura coincide exactamente con la boca del mascarón de Chaak, representación quizás del hambre del dios dispuesto a devorarme. La insignificante seguridad que me ampara en la peligrosa escalera me produce vértigos. De algún lugar oculto en la pirámide, se filtran, a través de orificios velados, vapores turbadores atenuando mi raciocinio. Invoco nuevamente al chilán que ahora permanece impasible. Muy abajo, a ras del suelo, el guardia me requiere amenazante. No quiero volver sin culminar mi empresa. Un designio superior me impulsa. Desafiante, me dispongo a todo.

He llegado. Se oyen los sonos de un tinkul. La madera resuena dulce y apagadamente bajo sabias manos, con un exótico ritmo. La música me desorienta. Desconozco el lugar donde me encuentro y me desconozco. Contemplo con desconcierto la greca decorada con serpientes entrelazadas sobre las lisas paredes del quinto templo. Los reptiles se destrenzan para permitirme la entrada. Hay alguien adentro. Orando de rodillas el sacerdote-adivino es una sombra apenas. Puedo oír el murmullo de su voz entonando cánticos sagrados e intuir la existencia de videntes que le precedieron, fluyendo en esa voz

Concluida su devoción se incorpora con delicadeza, gira hacia la entrada y me ofrece un además invitador. Me adelanto con temor y espero. Escucho su acento alentándome. Entro en silencio y espero. El sacerdote avanza. Me enfrenta. Me dedica una reverencia. Oficia para mí una ceremonia que no comprendo. Luego me abraza y se diluye en mí.

Ahora yo soy el adivino.

Permaneceré aquí imperturbable hasta el próximo que desafíe a Chaak.



# silencios

MARTA DE ARÉVALO

## Instante

Lo vi. Nada me dijo.  
Esperaba mis señales  
atento y en silencio  
y yo -con timidez-  
(¿de dónde a estas alturas?)  
callando lo real  
enfrentada a su silencio  
hablé lo intrascendente  
comiéndome los verbos  
(el verbo más radiante)  
la elocuencia de los ojos  
el gesto de las manos  
como asiendo  
ese pudor que adivino  
en su silencio.

Estuve.  
Y más allá de todo  
hubo un algo suspendido  
vibrando en dos silencios.

Trabucando las palabras verdaderas  
lo auténtico de adentro  
pronuncié la utilidad  
(lo frívolo y banal)  
también callando lo imposible  
atrapada entre silencios.

Miraba.  
Y ocultando esa mirada  
escapada de aquel tiempo,  
al despedirme,  
giró (ocultó los ojos)  
y en silencio  
se fue lejos.

## Ni un llamado

Todo lo recuerdo  
límpido beso pleno  
el sexo -la dicha- intenso  
en horas de delicia  
robadas  
gastadas  
mansamente contemplando.

Todo como ayer  
-dulce y sereno-  
misterios compartidos  
en tardes de caricias.

Todo como ayer.

Después  
se hizo una tarde de silencios  
y entré a la eternidad  
para estar sola.

## No es un ruego

... y qué más ?  
me amabas.

qué oscuro hondón del alma  
se imponía  
te cercaba  
y escondía  
en donde me has huido a la mirada ?

qué lugares ya vividos  
qué ausencias en presencia  
o qué voces retuvieron  
exigieron  
separaron  
y tajaron  
el mar de nuestro tiempo diminuto  
y sangraron el amor  
en sacrificio de silencios?

Callabas.  
Yo sabía tu pensamiento  
enamorado de dos misterios  
conocía tu desdoblamiento  
en las dos maravillas

-Solitario de todos  
te entregabas entero-

y sabía  
que algún día  
calladamente  
sin enjugar esta lágrima mía  
te disiparías en la niebla  
de esa tu alma  
porfiadamente fiel.



Café EL CARIOCA. Desde 1916  
100 % Puro café superior.  
[www.elcarioca.com.uy](http://www.elcarioca.com.uy)

# POESÍAS SELECCIONADAS

YAMILA GRECO

---

**Yamila Greco** (Argentina, 1979). Colaboró con diversas publicaciones literarias, como Punto en «Hispanoamericana Arte y Mundo», «Resonancias», «Vieja Lilith» y «Artesanías Literarias» (Nuevas Voces de la Poesía: Comentario y selección de la poeta argentina Silvia Loustau). Parte de su poemario «Sobrevivir es una Curvatura» fue publicado en la revista «Casa Litterae». Realizó el prólogo y la selección de autores para la muestra de poesía argentina organizada por la revista mexicana «Círculo de Poesía». Sus poemas han sido traducidos al catalán, al italiano, al portugués y al inglés.

---

II

*la noche compite con la fuerza de la muerte  
transforma con insistencia los rasgos del alma*

*débil y derrotada como la piedra ante sí misma  
revela desiertos la luz a su figura*

*más allá de estas paredes  
el cielo pertenece a la catástrofe*

XXXVI

*contrae la muerte su refugio de sombras*

*reaparece en los signos del horror contrariado  
un devenir fallado calcado en la memoria*

*de por sí la noche finge porque escolta  
el símbolo de un territorio devastado*

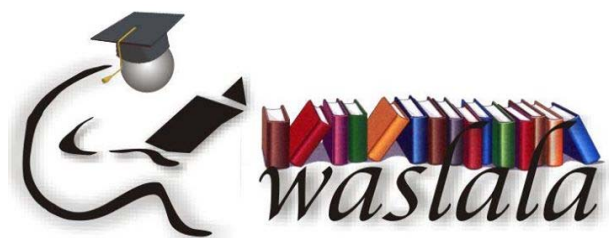
*sé que no es Dios quien desemboca  
en la médula de la criatura que me compadece*

*carencia es la mano negando la reacción  
del espíritu*

*poblando la Tierra de formas ásperas  
impracticables como el corazón*

LVII

acaso lo invisible fragmento de amarga quietud inalcanzable los pasos de los muertos que brotan la vigilia como anticipación arrastran mi rasgo desconsolado el filo de la indiferencia que no es muerte ni vida alcanza mi espíritu la enredadera el terror mixtifica mi espanto la Tierra que me expulsa porque mi respiración fracasa la cicatriz de Dios en su eterno gesto elevada la sustancia en un rincón oculta todo rumor la luz que me declare viva la Tierra es constante y seca sean otros la fuerza bruta de las horas ni el dolor pudo salvarme su hábito de rabiosa subsistencia jamás reveló brillo en mi corazón tampoco el vacío las interminables caídas lograron crear en mí algo visible el vestigio del día las edades desenterradas por la noche existo finalmente porque tampoco sé predecir la renuncia la inclinación de los espejos máscaras de mi complexión existo inmiscuida en manos con las que comparto la muerte manos que intervienen muerte el corazón es compacto como una piedra percibo sonidos perjudico los símbolos me aferro constante como una niña empeñada hacia la insolación prefiero la profanación el desabrigo este frío peor que cualquier invierno elijo esto a fingir que poseo ojos y comprendo



Librería especializada con asesoramiento  
personalizado. Mercedes 1673  
Horario: L a V 9.30 a 18.30  
Sáb. 9 a 13 // Tels.: 2400 3808 -  
2403 0322

### Los Sacrificios del Superhéroe Moderno

Ocasionalmente,  
Arañas minúsculas recorren los parajes de nuestro cuarto de baño.  
Desorientadas, dando tumbos, sin saber muy bien  
Qué hacer con tanto blanco reflectante y luminoso.  
Con el poder destructivo de mis zapatillas de casa  
Las aniquilo. Por amor.

### Despertar de la Musa

Las musas no dicen nada  
Recién levantadas, cuando abren  
La puerta, despacio, en pijama,  
Y te saludan, adormiladas.  
Si se encaminan al cuarto de baño,  
Nada te dirán entonces sus cantos.  
Te fijarás antes en otros detalles.  
Más en sus legañas, los estragos  
Que el sueño puso en su belleza,  
Los restos del maquillaje, de la fiesta.  
Sin embargo, y a pesar de todo,  
Sin que sepas muy bien cómo explicarlo,  
Por un extraño y casi divino encantamiento  
Continúan ofreciéndote su gracia,  
El don incomparable del poema.

### La Intrusa

La duda creció entre nosotros.  
Se afeitaba a mi lado, te peinaba  
Te hacía esas trenzas que tanto te gustaban.  
Se instaló en cada rincón  
De nuestro viejo apartamento.

Pensábamos que había venido  
A protegernos del invierno,  
Pero no.  
Creo que en las próximas elecciones  
De nuestra pequeña comunidad  
Alcanzará mayoría absoluta.  
Derrotará nuestras jóvenes ilusiones,  
Nuestra exigua convivencia.

### La Modelo

Soy modelo, me dijo en la fiesta,  
De Spencer Tunick.  
No voy a darte mi teléfono  
Pero, por si te interesa,  
Encuétrame a las cuatro mañana.  
Ya sabes, al lado de Simón Bolívar.

Y ahora

---

Ángel Manuel Gómez Espada (Murcia, 1972). Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Murcia. Ayudante de la Dirección de la Revista Cultural «El Coloquio de los Perros». Colabora en «Días de Radio» de Radio Candil (Almería) y mantiene en el Diario Hoy de Extremadura, la columna «Sálvese quien quiera». Ha publicado los siguientes volúmenes: Mediodía en la otra orilla (Universidad de Murcia, 2000), Anales de la casa subterránea (Tres Fronteras, Murcia, 2002), Cocinar el loto (Bubok, Palma de Mallorca, 2008). En plaquetas: Alineación Indevida (Banderines del Zaguán, Almería, 2007) y Primavera (Poeta de Guardia, Almería, 2013). En obras colectivas: Homenaje a José Donoso (Cajamurcia, Murcia, 1998), 20 Voces Nuestras (KR, Murcia, 1998), Mario Benedetti: Inventario Cómplice (Universidad de Alicante, 1999), Trazado de Hierro (Vitruvio, Madrid, 2003) Diálogos Cervantinos. Encuentros con José Saramago (Universidad de Murcia, 2005). El Libro de las Letras (Patronato Carmen Conde, Cartagena, 2006) El Fungible 2008 (Punto de Lectura, Madrid, 2008) Bosque de Palabras (Huerga & Fierro, Madrid, 2009) y Libertad tras las rejas (El taller del Poeta, Pontevedra, 2012). En revistas: Caudal (República Dominicana), Baquiana (Miami), Saigón (Cabra), Nadadora (Santander), Hache (Murcia), Isla Desnuda (Albacete), entre otras. Ha sido traducido al francés, portugués y polaco.

---

Dos mil cuerpos desnudos  
Hablando y comparándose.  
Y yo en pelotas  
Buscando una sonrisa  
Que llevarme a la boca.

### Penélope Excluida

Manipula Poseidón  
Los mares a su antojo,  
Cierne sobre mi espera la desidia.  
Con la suave brisa del Céfito,  
Tampoco hoy ha de regresar al tálamo  
Quien un día nombré amantísimo esposo.

Que la sangre vertida sirva para algo.  
Preparad mis aperos.  
Regresaré a la costura.  
Como de costumbre, dad  
A los pretendientes cuanto quieran.  
Que mi desdicha sirva para algo.  
Para algo sirva tanta codicia.

# ¿QUÉ TE PASA, PERUCHO? ¿QUÉ TE PASA, HANS?

IGNACIO CARBIA

*Simetría y especularidades en tipologías narrativas hermanas.*

## Introducción.

Psicoanálisis y Literatura son resultado de la gran aventura humana, de la experiencia del Hombre y su destino, de coyunturas ocasionalmente fatales. Los conflictos entre el deseo y las prohibiciones hacen eco en la historia de la Literatura y ello no fue ajeno a los textos freudianos desde sus inicios: el psicoanálisis se nutrió tanto de los mitos como de la literatura de la que fue contemporáneo, y la superposición es indiscutible hasta el punto en que un arte hermenéutico converge en otro artístico: crítica, creación, inspiración se entrelazarán singularmente para mostrarnos otro aspecto de ese poliedro que es el ser humano. Aunque, claro, el psicoanálisis está interesado en *otras* particularidades humanas:

el psicoanalista trabaja en otros estratos de la vida anímica y tiene poco que ver con esas mociones de sentimiento amortiguadas, de meta inhibida, tributarias de muchísimas constelaciones concomitantes, que constituyen casi siempre el material de la estética... (Freud: 1919)

Quisiera centrarme en textos de naturaleza aparentemente disímil, aunque —como veremos— esto pueda llegar a ser engañoso: el *Caso Hans* (1909) trata sobre una neurosis infantil; la fobia de un chico de cinco años hacia los caballos. No es un caso «de» Freud, sino una comunicación suya, lo que le otorga al autor el carácter de narrador/testigo y comentarista. Fue el padre de Hans —médico y psicoanalista, por añadidura— quien observó de manera directa las conductas del pequeño, (lo que hoy hasta podría llegar a ser una negligencia en el dispositivo psicoanalítico), articulando el curso del análisis.

En la marcha del proceso terapéutico, recorreremos junto a Freud los avatares de Hans: desde el miedo aparentemente injustificado a los equinos, hasta los elementos específicos de la triangularidad edípica, pasando por las dudas sobre el advenimiento de los niños a este mundo y la constante preocupación por la naturaleza del «hace-pipí». Asistimos, en lo textual, a la habitual industria de la teoría psicoanalítica y su frecuente reconstrucción a partir de lo clínico; los textos freudianos suelen enriquecerse con otros textos freudianos, en una suerte de metatextualidad que fortalece y otorga vigor a esta doctrina.

En «¡Papá hay un negro!» (1926), José Pedro Bellán nos ofrece una anécdota —en prin-

---

**Prof. Lic. Ignacio Carbia** (Uruguay, 1977). Licenciado en Psicología por la Universidad de la República y docente de Literatura por el Instituto de Profesores Artigas. Ha presentado ponencias en congresos de su especialidad, así como cursos en el Instituto de Profesores de referencia. Actualmente desempeña su actividad docente en el área de Educación Secundaria, en paralelo con su labor clínica particular.

---

cipio ingenua— de un niño de cuatro años, Perucho. Según éste, en el laboratorio de su padre hay escondido lo que él llama «un negro» [¡sic!]. La presencia de este personaje fantaseado provoca un revuelo en la casa, hasta que los padres consienten la existencia *real* del mismo. En ese momento, Perucho señala melancólicamente que «el negro se fue». La excesiva preocupación del protagonista, que logra momentos de tensión angustiosa convenientemente bien trazados por el autor, nos hace entrar en el mismo programa que el narrador freudiano: Perucho es un neurótico que fantasearía con una figura siniestra, persecutoria. Mi propuesta es que tanto los caballos, como «el negro» ocupan los mismos papeles en este ajedrez de neurosis infantil: se desempeñan como objeto donde se desplaza la angustia y halla materialidad aquel desasosiego inicial.

No sé si Bellán tuvo acceso a los textos de Freud. Es cierto que formaba parte de ese emergente intelectual de comienzos del siglo XX, vinculado —por cierto— a una *intelligentsia* capitalina no ajena al psicoanálisis. En su narrativa se aprecia un fino observador del psiquismo, detallista en descripciones que compiten con los casos clínicos de Freud. Un ejemplo de ello es la «bola» que tanto atormenta a una neurótica Doñarramona:

¡Ay!... es una cosa del demonio. Primero viene un temblor frío el estómago se da vuelta. Todo empieza a moverse y cuando os acostáis, una bola os sube hasta la garganta. (Bellán: 1917).

Interesante descripción de la angustia como el resultado de una *tensión libidinal acumulada y no descargada* (Laplanche y Pontalis: 1994), que es precisamente, la desgracia de la protagonista.

En suma: no trato aquí de hacer psicoanálisis aplicado, ni de psicocrítica; pretendo hallar líneas de intersección en textos que revelan ligazones entre el arte literario y la observación clínica. Estos puntos de toque, estas concurrencias en el discurso —además de evidenciar los vasos comunicantes entre Literatura y Psicoanálisis— nos permitirán llevar adelante una lectura más profunda del relato, siempre y cuando no caigamos en tentadores reduccionismos que falseen una lectura compleja del mismo.



## El Caso Hans

Aunque es un «muchacho alegre, despierto y de buena índole», Hans sufre una intensa fobia a los caballos. El caso llega a manos de Freud —quien debe supervisarlos cuando el chico tiene tres años. Entre otras cosas, el joven paciente siente curiosidad por el aparato reproductor: por el suyo y el de los demás, por lo que estudio del caso se remontará a temáticas como la del autoerotismo o el complejo de castración, investigadas años antes, en «Tres ensayos de una teoría sexual», de 1905.

Las averiguaciones, dudas, inferencias e indagaciones del niño son constantes en el relato. Como señalara Freud:

apetito de saber y curiosidad sexual parecen ser inseparables entre sí. La curiosidad de Hans se extiende en particular a sus padres (Freud: 1909).

El texto tiene la interesante característica de estar presentado a partir de diálogos, lo que hace la lectura fluida y agradable:

Hans: «Mamá, ¿tú también tienes un hace-pipí?»

Mamá: «Desde luego, ¿Por qué?»

Hans: «Por nada; se me ocurrió».

Esta obstinación por la presencia o ausencia del pene, se hará extensiva a su hermanita recién nacida (por quien sentirá celos fraternos), al tren, a los objetos en general, a la jirafa del zoológico, a los caballos y ese es el territorio en el que emerge la fobia. Transcribo parte de la carta del padre de Hans a Freud, por el tenor psicoanalítico que se hace desde la observación:

se le ha desarrollado una perturbación nerviosa que nos tiene muy intranquilos a mi mujer y a mí porque no podemos hallar medio para eliminarla» «sin duda ha sido una hiperexcitación sexual por ternura de la madre, pero no sé indicar el excitador de la perturbación. El miedo de que un caballo lo muerda por la calle parece entramado de alguna manera con el hecho de que le asusta un pene grande... (Freud: 1909)

Hans despliega sueños de angustia y fantasías que lo inquietan, como la de dos jirafas que aparecen en su cuarto y una de ellas —la grande— empieza a gritar. De todas formas, el eje de su fobia sigue siendo el temor a los equinos, y se concentra en una parte de la boca de los mismos, « tienen algo negro en la boca». Otra particularidad de Hans es su capacidad de elaborar juegos, y especialmente teorías que sustenten sus figuraciones con respecto al origen de los niños y su estribillo «hace-pipí».

Por otro lado, en la búsqueda de objeto, sus mociones de afecto se dirigirán en todas direcciones: hacia sí mismo, sus amigos, amigas, sus padres. No deja de llamar la atención el comentario de un Freud de comienzos de siglo: «¡Nuestro pequeño Hans parece realmente un dechado de todas las perversidades!». (Freud: 1909), aunque también muestra sus *diques anímicos*; la vergüenza y asco frente a las heces, a las que llama —en un personalísimo eufemismo— «lumpf».

En el plano del «amor», Hans se irá concentrando, irá dirigiendo sus intereses a los padres: hará constantes cumplidos a su madre, mientras la fobia se desarrolla y siente deseos ambivalentes —tiernos y agresivos— hacia el padre, a quien cela. Es aquí donde entran en juego las conjeturas psicoanalíticas y la dinámica del proceso terapéutico. Veamos cómo lleva la cosa el padre:

Yo: «¿Quieres a papi?»

Hans: «Oh, sí»

Yo: «¿Quizá también no?»

Hans juega con el caballito. En ese momento el caballito se tumba. Él grita: «¡el caballito se ha tumbado! ¿Ves cómo hace barullo?»

Yo: «Una cosa te enoja en papi: que mami lo quiera»

Hans: «No»

Yo: «Entonces, ¿por qué lloras cuando mami me da un beso? Porque estás celoso.»

Hans: «Bueno, sí».

Lejos de pensar en que el padre induce las respuestas en el niño, somos testigos de un procedimiento donde es necesaria la explicitación de algunas ideas que están a punto de hacerse conscientes. Esto tiene efectos terapéuticos, y hay una pronta mejoría en el paciente. El niño empieza a perder el miedo a la mordedura de los caballos y asistimos a desentrañar el núcleo de la neurosis: las referencias simbólicas que aparecen en el juego y el discurso de Hans. El caballo representará para él a la profantasía de un padre violento, agresivo que impide en forma hostil el acercamiento a la madre. El bozal de cuero que llevan algunos caballos se antoja como una metáfora del bigote paterno y el desplazamiento logra la trasposición de la angustia: «el material patógeno apareció refundido (trasladado) sobre el complejo del caballo, y los afectos concomitantes aparecieron uniformemente mudados en angustia». (Freud: 1909)

¡Papá hay un negro!

Perucho «halla» en el laboratorio de su padre una figura *ilusoria* que despierta una angustia similar a la de Hans. Según él, hay un negror escondido entre los útiles de fotografía de su padre. Este sujeto es grande, amenazador. Poco a poco, en la construcción de Perucho, se va haciendo más aterrador. Al principio es de gran tamaño, luego, junto con un gorro verde (?), apunta el narrador:

continuaba dándole forma a su negro. Le hizo brazos, cabeza, ojos y boca. El negro era un gigante **capaz de realizar todos los anhelos de Perucho y la única persona ante la cual sentía miedo y respeto...** (Bellán: 1926). (La negrita es mía).

Realizando una lectura freudiana del texto, podríamos pensar en un desplazamiento de la angustia hacia este elemento que cumple una función *sinistra*, que acecha en la oscuridad. Es además, ominosa —como veremos más adelante— la constante repetición de la expresión «hay un negro» en buena parte del relato: nos introduce en un ambiente particularmente enrarecido.

También destaco como logro del autor, el retrato de la triangularidad familiar, donde el padre ostenta un rol poderoso, activo, frente a una



madre contenedora y cariñosa con el receloso Perucho. En términos psicoanalíticos, la angustia inicial podría ser de raíz edípica, concomitante a la ambivalencia<sup>1</sup> amor/odio hacia esta figura paterna. Esta aflicción surge cuando aparece la prohibición paterna: Perucho *no ha de entrar* en un lugar reservado taxativamente para su padre. El valor afectivo de esta prohibición es inequívoco: el tabú, la proscricción de ingreso a un lugar especial, autorizado solamente para la figura paterna es el disparador de una fantasía angustiosa para el niño:

el cuartito era la cámara oscura, destinada, también cuando el caso lo requería, para realizar análisis químicos. Estaba llena de frascos, tubos, retortas y placas. Por precaución, para evitar que el nene hiciese sus experimentos, rompiendo y mezclando, la puerta estaba siempre con llave echada. Perucho sentía por ese cuartito una invencible atracción que manifestaba en mil preguntas (Bellán: 1926).

Curiosidad infantil a la que también el psicoanálisis prestó atención en «Tres ensayos de una teoría sexual». En la exposición de una teoría sexual que concibe a la infancia como uno de los períodos más significativos, apunta entre otros conceptos a la *pulsión de saber*:

su acción corresponde, por una parte a una manera sublimada de apoderamiento, y por otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver la pulsión de saber de los niños recae, en forma insospechadamente precoz y con inesperada intensidad, sobre problemas sexuales, y aun quizás es despertada por estos... (Freud: 1905)

Lo interesante es que este sentimiento de desazón es creciente, no solamente en Perucho, sino que se hace extensivo a la sirvienta, los padres al mismísimo lector, a través de un narrador que deja planteada la duda acerca de la existencia del negro; vale decir, si es un elemento animado, un personaje «real» en la historia. Ello despertará en nosotros el mismo sentimiento *ominoso* que actúa en Perucho. Hay que llamar la atención sobre un elemento central: en el relato es Marica -la sirvienta- quien *crea* al negro para asustar al niño. El «juego/fantasía» de un adulto es el disparador de la posterior creación infantil. Y en una suerte de ouroboros, podría aventurar que hay mucho de fantasía infantil en el juego del adulto.

### Lo *unheimlich*.

En un artículo de 1919, Freud aborda la temática de lo siniestro, de aquello que nos resulta inquietante. Apoyándose en ejemplos tomados de la Literatura (¡cuándo no!), el autor indaga sobre qué mecanismos —no estéticos, sino psicológicos— actúan en la recepción para lograr el terror. Luego de una serie de aclaraciones sobre el uso de la palabra *unheimlich* —

cuya traducción al castellano sería «intranquilizador, siniestro, inquietante»- llega a una interesante aseveración: «lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace tiempo» (Freud: 1919). También el animismo, entendido como una suerte de proyección de caracteres humanos en el cosmos formará parte de aquello *unheimlich*, como los aparecidos y cadáveres o figuras fantásticas. ¿Uno de los secretos de esta sensación de malestar e inquietud? La falta de fronteras entre lo real y lo fantástico: la duda es el camino de lo ominoso. El cine de terror también se apoya en esos límites difusos, donde lo extraño invade lo familiar en función de repeticiones que en otro ámbito hasta podrían ser absurdas, cómicas.

Freud señala que el carácter mágico de lo siniestro tiene que ver con vivencias primordiales que han sido desalojadas de la conciencia y reprimidas, pero que intentan aflorar de nuevo retornar a la conciencia:

acaso sea cierto que lo ominoso [*unheimliche*] sea lo familiar-entrañable [*unheimliche-heimische*] que ha experimentado una represión y retorna desde ella, y que todo lo ominoso cumpla esa condición» «lo ominoso del vivenciar se produce cuando unos complejos infantiles *reprimidos* son reanimados por una impresión o cuando parecen ser reafirmadas una convicciones primitivas superadas (Freud: 1919).

Hay que destacar dos aspectos más en función de la construcción literaria de lo siniestro. Por un lado, el factor «repetición»: el estribillo que encontramos en cuentos infantiles como «Los tres cerditos», el diálogo final entre Caperucita y su antagonista, o el enunciado acusador de Perucho aludido líneas arriba, generan ese efecto de extrañamiento siniestro, grotesco. Por otro, ciertos entornos —específicamente en el plano de la creación literaria— parecen ser favorables para este tipo de emociones:

acerca de la soledad, el silencio y la oscuridad, todo lo que podemos decir es que son efectivamente los factores a los que se anudó la angustia infantil, en la mayoría de los hombres aún no extinguida por completo... (Freud: 1919).

\*\*\*

«Yo no comparto el punto de vista, que hoy goza de predilección según el cual los enunciados de los niños serían por entero arbitrarios e inciertos. Arbitrariedad no la hay, absolutamente en lo psíquico; y en cuanto a la incerteza en los enunciados infantiles, se debe al hiperpoder de su fantasía, lo mismo que la incerteza en los enunciados de los adultos deriva del poder de sus prejuicios».

Sigmund Freud (1909)

En ambos relatos hallamos personajes definidos con parámetros muy claros; líneas definidas que caracterizan sólida y en pocas palabras a los protagonistas. Tanto Hans como Perucho son niños sanos y adaptados hasta el momento del estallido de la angustia; la figura paterna está representada por sujetos inquietos, autoritarios e incansables trabajadores, mientras que la materna, por ocupadas y cariñosas madres que se agitan continuamente por el bienestar de los chicos: son familias *tipo*.

Es la curiosidad por acceder a determinados espacios lo que une a ambos casos en sus orígenes. Espacios prohibidos que son el origen de un castigo posterior: el mie-

do, la angustia y la fobia al otro. Elementos simbólicos no faltan: desde el caballo representante del padre de Hans, hasta el rojo y el negro que rodean la tenebrosa (*unheimlich*) atmósfera del amenazador negro que habita en el laboratorio, son frutos de la fantasía humana; ése es el nexo que une ambas historias. Fantasía que podríamos hasta llamar arquetípica, ya que figuras ominosas de esta índole abundan en la historia de la literatura y en términos generales, de la Cultura, y siguiendo esta línea de pensamiento, hallaríamos el material reprimido que retorna, y volvería ominosa su representación posterior.

Me referiré a la curiosidad por los «espacios prohibidos» en un sentido también simbólico. Los «secretos de alcoba» de los padres de Hans y de Perucho obligarían a los chicos a inferir conceptos y aventurar hipótesis, así como a proyectar su angustia flotante en figuras creadas al uso o que catalicen los sentimientos ocultos. Poder ver el «hace-pipí» de la madre (¿y/o del padre?), poder acceder a esa región oculta en la oscuridad, son prohibiciones que apelan, que llaman a significaciones angustiosas posteriores. «Parece que la neurosis no deja a las pulsiones reprimidas otra dignidad que la de brindar los pretextos para la angustia dentro de la conciencia». (Freud: 1909). En ese sentido, el relato de Bellán es resuelto de una manera efectiva y no deja de tener sentido desde la óptica freudiana. Cuando los padres «aceptan» al negro dentro del plano de la «realidad», el negro deja de «existir» para Perucho, ya que no es *útil* a los efectos de la proyección de la angustia. En ese conjunto, la figura paterna absorbe al negro desde su discurso: padre y negro *fueron, son y serán* la misma cosa.

El mandato social, la sanción de la cultura es vital en la construcción de esta dinámica psicológica. Comienza en un caso por el precepto paterno de no tocarse el hace-pipí «porque es indecente» o por la fantasía de la sirvienta, que inventa la figura del negro para asustar y dar forma a las especulaciones de Perucho. En este último caso, esto es significativo, puesto que poco a poco, también los padres dudarán sobre el negro. ¿Habrán entrado alguien a casa? Sí, pero no en el sentido en que ellos lo suponen, ya que ese «alguien» siempre estuvo o estará latente. Los adultos, muestran de esta manera el niño que aún se agita en su interior:

El médico que trata psicoanalíticamente a un neurótico adulto llega al fin, en virtud de su trabajo de descubrir estrato por estrato unas formaciones psíquicas, a ciertos supuestos acerca de la sexualidad infantil, en cuyos componentes cree haber hallado las fuerzas pulsionales de todos los síntomas neuróticos de la vida posterior... (Freud: 1909)



Y así se entrecruzan los discursos racionales de los padres, de los adultos, con los *aparentemente* engañosos de los chicos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bellán, José Pedro. *Doñarramona*. (1917). Biblioteca Artigas. Montevideo, 1954.
- Bellán, José Pedro. *El pecado de Alejandra Leonard y otros relatos*. (1926) Arca. Montevideo, 1967.
- Laplanche, Jean; Pontalis, Jean-Bertrand. *Diccionario de Psicoanálisis*. Labor. Colombia, 1994.
- Freud, Sigmund. *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. (1909). Amorrortu. Buenos Aires, 1998.
- Freud, Sigmund. *Lo ominoso* (1919). Amorrortu. Buenos Aires, 1994.
- Freud, Sigmund. *Tres ensayos de una Teoría Sexual*. (1905). Amorrortu. Buenos Aires, 1994.

#### (notas)

<sup>1</sup> Hay que destacar que el negro tiene aspectos positivos, y que no es una figura estática en la fantasía del niño. Encarna ciertos ideales, a veces está de su lado – mostrando la misma ambivalencia que hacia el padre – haciendo alarde de su fuerza, lo que lleva a Perucho a alcanzar algunos logros en la medida en que hasta se identifica con él.

# literatosis

Face: Literatosis Revista Digital  
 Twitter: @literatosis  
 site: [www.literatosis.com](http://www.literatosis.com)

RADIO: Todos los miércoles a las 23.  
 en RADIO FENIX (am 1330)  
 audio: [www.cx40radiofenix.com](http://www.cx40radiofenix.com)



# Sangre en el Asfalto

MELAINIS

Aquella tarde no paraba de llover. Llovían gritos que inundaban el silencio. Llovían consignas que se ahogaban en el río Guaire, en su suciedad, en su color y en su olor. La gente llenaba las calles y avanzaba, avanzaba, siempre hacia delante. Ni un paso atrás, decía, y avanzaba hacia su propio final. Fueron a encontrarse con las balas, a inmolar-se, a sacrificarse por lo que consideraban la democracia. Fueron, pero no vinieron. Salieron, mas no volvieron. Quedaron bajo el puente, frente el liceo, cerca de la esquina, en plena avenida, ante la mirada indiferente de los peatones. Sus cuerpos quedaron allí, cubiertos con una bandera tricolor, de siete u ocho estrellas, que no pudo ser escudo para protegerlos. Las balas traspasan el escudo aunque el caballo gire a la derecha o a la izquierda. La muerte no está a los lados, está delante de cada uno de nosotros, esperándonos cada vez que marchamos, que nos expresamos, que protestamos. Ella nos espera para llenarnos de recuerdos, de lamentos por nuestros muertos, por los seres queridos que perdimos en aquella primavera sangrienta, en aquella tarde de muerte que nunca olvidaremos. Todavía conservo el recuerdo febril de aquel día de abril, cuando la mujer encinta, terriblemente sorprendida, con los ojos muy abiertos, se arrodilló, colocó sus dos manos sobre su vientre y gritó con todas sus fuerzas, mientras la sangre y la leche brotaban de su pecho. La sangre manaba a raudales y con ella se iba su vida y la de su hijo aún no nacido. Quedó en el suelo tirada esperando que alguien la ayudara. En la foto que publicaron en el diario pude ver la imagen que quedó grabada para siempre en su mirada : la imagen de Caracas y sus cerros pintados de rojo, la imagen de Caracas ensangrentada, de la sangre derramada en el asfalto, la sangre de los hombres y mujeres que, desgraciadamente, no pisaran sus calles nuevamente.

---

---

**María Josué Saintus, «Melainis»** (Caracas, 1984). Hija de inmigrantes haitianos que formaron parte de la segunda oleada que llegó al país como exiliados a consecuencia de la dictadura de François Duvalier. Pasó los primeros años de su vida en una zona popular cercana a la capital, donde la familia vivió el singular autoexilio político de los extranjeros que soñaban con un pasado glorioso que nunca existió. Realizó el bachillerato en Caracas y posteriormente cursó estudios universitarios en la misma ciudad. Sus inquietudes intelectuales la llevan a inclinarse al mundo literario. Ha recibido los premios Mejor Lector de la Biblioteca Pública Central Simón Rodríguez (Junio 2011), Primer Lugar en el III Concurso Literario Genero Ensayo de la ENAHP (Septiembre 2003) y Mejor Lector de la Biblioteca Pública Jacobo Bentata (Mayo 2001). Participo en el Taller de Narrativa «La imagen literaria y su expresión en el papel» dirigido por el escritor Julián Márquez en el año 2006 y realizó un Taller de Expresión Literaria en la ENAHP en el año 2004. Ha escrito cuentos, relatos cortos y ensayos. Su primer libro fue una edición propia titulada Mundo Inmundo publicada en el año 2008. Acaba de finalizar el libro de cuentos y relatos Laberintos y actualmente trabaja en un nuevo volumen de cuentos de anticipación titulado La zona intermedia.

---

---

# Antropófago por Evolución

ANDRES TORRES SCOTT

---

**Andrés Torres Scott** (México, 1973). Ha participado con incursiones intermitentes en la creación literaria –error que quiere corregir. Finalista en los concursos de cuentos de UNAM 1994 y 1995. En 2007 obtuvo el Premio Internacional de Novela Breve Rosario Castellanos por su obra *¿Y tú qué vas a hacer con tu millón?*. En 2011 ganó el concurso *Revolt* en PENTales por su cuento *Bazizi*, the Fruitseller. En 2013 gozó de una residencia artística en Banff. A la fecha, vive congelándose siete meses al año en Edmonton, Canadá.

---

El caso del enfermero de la morgue se perdería. Fue tomado por publicidad. Yo había sido abogado asistente en cuatro procesos y aquel fue el primero del que me hice responsable directo. Estaba a gusto en el despacho y esa asignación demostraba que los socios apreciaban mi labor. Firmé lo necesario para recibir el expediente.

Me sentía preparado para llevar un juicio solo y me atraía que fuera de ocho columnas. Me sorprendí cuando noté que no me asignaron un abogado asistente, supuse que fue por ser mi primer juicio. No averigüé y me entregué de lleno al caso a pesar de lo grotesco. Sabía que podría ganarlo. Sería difícil, no imposible.

#

El desarrollo del proceso judicial fue apabullante en mi contra, hice el ridículo. El enfermero de la morgue declaró todos sus actos sin remordimiento, confesó sin la menor pena y afirmó tranquilo que no podría arrepentirse jamás. Que tenía *el hambre* y debió comer.

La prensa comenzó a llamar al acusado el *enfermero caníbal*. Él venía de una familia conflictiva. La madre tenía problemas de alcoholismo y por parte del padre sufrían violencia física y emocional. En el caso de mi cliente, fuera de unas ligeras migrañas que desde niño aparecían cuando tenía hambre, era emocionalmente estable. Además, el enfermero no tenía antecedentes criminales, ni infracciones de tránsito ni robos menores. Él salió adelante por sí mismo y con esfuerzo y trabajo pagó sus estudios de enfermería. No fue alumno estrella, pero se graduó a los 21 y de inmediato consiguió trabajo en la morgue. Fue su primer trabajo profesional.

Después de dos décadas de trabajo sus excompañeros lo respetan y les es difícil creer que haya cometido tales barbaridades. El enfermero no era el más popular en su trabajo, pero ¿se puede ser el tipo más alegre de la morgue?, ¿se puede ser el más arisco? Averigüé que la mayoría de los enfermeros de la morgue toman el puesto al inicio de sus carreras y lo deja tan pronto encuentran trabajo en un hospital, aunque ganen menos. En la morgue nadie dura más de tres años. Separar vísceras, clasificarlas, guardarlas e incinerarlas no es algo que muchos deseen hacer por 20 años.

A primera vista, el enfermero se pasó los siguientes 21 años manipulando y preparando los cadáveres antes y después de las autopsias para los médicos a cargo. En alguna ocasión le ofrecieron un trabajo en una funeraria y lo rechazó. Con sus vecinos, el enfermero tenía una excelente relación y era famoso por las parrilladas que organizaba el primer domingo de cada mes. Los vecinos llevaban la ensalada, botanas, papas fritas y por supuesto cerveza. Ahora todos están en su contra, pero reconocen que era un tipo muy sociable y muy buen chef.

Hace tres años vivió una jubilación forzada. La morgue municipal fue transferida junto al nuevo hospital universitario y las instalaciones fueron cerradas y derruida para construir una guardería infantil. Se le ofreció un retiro adelantado ya que cumplía con 20 años de trabajo. Se jubilaría con una pensión decente y no volvería a la morgue. Vaya, salvo en su último viaje, como todos. Él no quería aceptarlo, pero no tuvo opción. A partir de entonces se desesperó por *el hambre*, por la abstinencia. Fuera de la morgue comenzó a asesinar personas con cuidado y al azar, lo que disminuyó las probabilidades de detenerlo y dificultó su detención por tres años.

A lo que el enfermero llama el *hambre* es a unas ansias tremendas de comer carne humana. Él dice que las ha tenido desde que tiene memoria, pero afirma que nunca había probado la carne humana hasta trabajar en la morgue. En el estrado contó cómo fue aquella primera vez.

A los dos meses de trabajar en la morgue aconteció un accidente en la interestatal 35 en el que estuvo involucrado un autobús escolar. Ese día llegaron varios cuerpos de niños. El enfermero acomodó los cadáveres de los infantes. Dice recordar que el último que recibió fue el de un chico de raza negra de unos ocho años que venía con el vientre abierto. Los intestinos colgaban de la camilla en la que lo trajeron los paramédicos. El enfermero lo puso hasta el fondo de la morgue y decidió arreglarlo. El cuerpo destrozado le dio tristeza, pensó que sus padres no deberían verlo así y acomodó los intestinos en la cavidad torácica. Mientras componía el desastre sintió los órganos calientes e identificó todos. Se quitó los guantes de látex y sacó el hígado del niño. Cupo perfecto en la palma de su mano, pequeño, oscuro, cubierto de sangre casi negra. El hígado sudaba y parecía palpar. No lo eludió, se lo llevó a la boca y lo mordió. Le costó desga-



errar la carne y creyó vomitar, pero su cuerpo lo evitó y al contrario le agradeció. Por primera vez sació *el hambre* y sintió una satisfacción plena después de comer. Mantuvo en su boca por varios minutos el pedazo de carne. Escondido en el fondo de la morgue masticaba despacio. El sabor de la carne cruda y caliente era un manjar. Fue la mejor merienda de su vida, un festín que siempre quiso probar y al cual nunca se había atrevido a hincarle el diente. Miró su brazo, había sangre escurrida por su mano y su muñeca. Tres hilitos rojos bajaban hasta el codo y se metió el resto del hígado a la boca. Dice haberlo disfrutado más que la primera mordida. En el rincón de la morgue, a oscuras, se relamió la sangre.

Esa madrugada se quedó a trabajar horas extra para atender la emergencia. Cada vez que podía retiraba hígados, páncreas, pulmones, riñones, corazones y pedazos de intestino de quienes habían sufrido traumatismos y que era obvio no requerirían autopsia. Guardaba los órganos en el cajón 23-C e incluso un médico que lo notó ajetreado le preguntó qué hacía. A él no se le ocurrió ninguna mentira y contestó que reunía todas las vísceras en un congelador. El médico se rió y volvió a sus asuntos. Tres veces por semana sacaba en bolsas de plástico que metía a su vez en bolsas térmicas las vísceras humanas para comerlas en casa. En su hogar las probó frías y no fueron de su agrado. Metió riñones y corazones al microondas para calentarlos, pero se cocían en partes, no se calentaban parejo y no tenían ni el calor ni la intensidad de un órgano recién retirado de una persona que acaba de morir. Decidió aprender a cocinar para sazonar y comer carne en diferentes estilos.

De acuerdo con su dicho, la carne humana le hacía sentir fuerte y asegura que las frecuentes migrañas que sufría desde la infancia se desvanecieron. Tres años después, a los 24, decidió hacerse exclusivamente carnívoro de carne humana. Nunca usa la palabra caníbal o antropófago. Salvo agua y en ocasiones yogur, el enfermero no comía nada que no fueran los restos de los cadáveres de la morgue mientras trabajó en la morgue. . Dejó cereales, frutas y verduras y asegura haberse robustecido. En sus fotos se nota que pasó de ser un chico enjuto y de mejillas sumidas a un hombre macizo sin sobrepeso. Añadió que su digestión mejoró, dejó de tener gases y de contraer esas recurrentes gripas invernales. Durante el juicio lo observé físicamente y se veía decaído, quizá por solo beber yogur y agua desde que fue detenido.

Pero no solo de vísceras humanas vivía el hombre. En su intervención el fiscal dijo que a los diez años de trabajar en la morgue mi cliente se aburría de comer vísceras. A la larga, el enfermero tuvo curiosidad de probar otras partes del cuerpo humano, otros cortes. La primera vez que degustó algo distinto a los órganos ubicados en el tronco humano fue gracias a los restos de un pintor que cayó de cabeza de una casa de tres pisos. El sujeto tenía el crá-

neo, roto, así lo dijo:

—Los sesos bullían deliciosos. No pude evitar succionarlos, lamerlos directamente del cráneo abierto  
—miró a los miembros del jurado. En su mirada no se leía el perdón ni la compasión, si no *el hambre*.

Se llevó los sesos a casa para prepararlos al estilo francés, quizá con vino tinto o brandy y por supuesto mantequilla, pero en Internet solo encontró recetas de tacos de sesos. Tuvo que comerlos con tortillas y una salsa pico de gallo que compró en la gasolinera de la esquina. Yo insistí contra la opinión del fiscal y afirmé que los sesos son también una víscera en el lenguaje coloquial de la carnicería. No dio resultado. El fiscal abordó el tema de los sesos para crear mayor distancia entre el acusado y el jurado y no para sustentar su argumento. Yo caí en su juego. Nunca debí comparar la carne humana con la de la carnicería.

Cuando el enfermero decidió expandir su dieta a otras partes comenzó por tajear rebanadas de los muslos y las nalgas. Él sabía que hay una capa de grasa, casi siempre amarilla, que se acumula entre la piel y músculo, pero después de rebanar las piernas de una mujer caucásica notó que la zona de grasa era más grande de lo que se imaginaba. La misma grasa le abrió el apetito y se preguntó como sería freír un músculo en su propia. La carne fileteada en la morgue la llevaba a casa y preparaba como chuletas, como si fuesen las de puerco. El enfermero afirmó que en más una ocasión para los eventos de caridad comunitarios hizo parrilladas en las que departió estas chuletas. Siempre fueron un éxito rotundo y no por la calidad de la carne, que es irregular, sino por su sazón personal.

En su domicilio particular del sur de la ciudad cocinaba verdaderos banquetes con diferentes especias. Incluso, señaló que un solo muslo humano sirve para alimentar hasta a diez personas y lo demostró al invitar a sus compañeros de trabajo a comer a su casa con motivo de su jubilación. Dice haber preparado los filetes de carne humana en no menos de nueve variedades a lo largo de estos años. Para mi defendido, la carne de los muslos es la mejor. Sobre todo para quienes gustan de los cortes tipo Angus con poca grasa o por lo menos eso fue lo que sus invitados le hicieron saber. Durante las comilonas que ofrecía nunca nadie inquirió acerca de algún sabor extraño. Por lo que supuso que podía compartir su experiencia con el resto de la humanidad. Esto lo motivó a hornear y servir un verdadero costillar humano en una de las comidas comunitarias de los domingos a las que invitó a todo el vecindario. No recuerda los detalles sobre cómo sacó el costillar de la morgue sin que nadie lo viera extraer un torso completo. Él insiste en que era el torso de un niño que nunca nadie fue a reclamar y de quién la policía había perdido el papeleo. Para esas alturas del juicio, el jurado ya no se sorprendía de nada. Era claro que no hablaba del arrepentimiento de sus crímenes. El juicio era como hablar de comida con un chef profesional.

A la tercera semana del juicio su semblante ya era decaído, escurrido, fatigado. El reporte de la cárcel indicaba que desde su detención no comía más que agua y leche. Una intervención mía logró hacer que lo abastecieran de yogur. Por supuesto, y a pesar de que él lo solicitó, nunca le sirvieron carne humana en prisión. Durante 21 años el enfermero satisfizo *el hambre* mediante el robo directo de carne escogida y saludable de la morgue municipal. Cuando cerró la morgue y lo jubilaron inició su martirio y el de la comunidad. El enfermero acusado tiene un poderoso



sentido común, pero no es superdotado. Supo, sí, que para no llamar la atención era preferible que las víctimas no lo conocieran y que pertenecieran a grupos vulnerables: prostitutas, adictos, personas sin casa y niños que se la pasan en las calles por días enteros. Su plan fue llevar de vez en cuando una víctima a su casa y satisfacer *el hambre*.

La primera víctima fue un niño de los que andan en el centro de la ciudad y se drogan con pegamento, thinner o cualquier tipo de inhalante barato y solo a veces usan marihuana. No sería la mejor carne, pero era su única alternativa para no morir de hambre. Como ya dije, había dejado de comer todo lo que no era humano. El enfermero ofreció darle tres churros de marihuana al chico de 15 años si lo acompañaba a su casa. Fumaron un cigarrillo en su casa y luego le dio a beber agua con una sustancia para adormecerlo. El niño se sintió mareado y se espantó, pero no alcanzó la puerta. En el sótano, el enfermero tenía todo el equipo de carnicería adicionado con algo de equipo médico que compró o robó de la morgue a lo largo de 21 años. Desnudó al chico y lo colgó de un gancho de acero que ensartó por el pecho para colgarlo de estereón. No recuerda si mató al chico antes de colgarlo, pero aseguró que el muchacho no volvió a estar consciente. Luego, colocó debajo tres cubetas para desangrarlo. No le gustó el sabor del niño, quizá por la droga que le dio para dormirlo, quizá por la marihuana que fumó antes, pero con todo logró satisfacer *el hambre*. Obtuvo poca carne, era un chico delgado. Destazó el cuerpo, guardó una parte de la carne en bolsas de plástico e hizo filetes con los muslos que envolvió en papel aluminio para prepararlos poco a poco.

La segunda víctima fue una mujer de 53 años que conoció en un centro comercial. Recuerda que ella tenía problemas en su matrimonio, pero no recuerda su nombre.

—¿Alguien sabe cómo se llamaba la vaca o el cerdo que se comió ayer? —cuestionó al jurado.

Cree que la señora comentó que se quería divorciar. Él la invitó a casa por un trago y ella aceptó. Antes pasaron por cerveza, él recuerda que ella pagó. Luego, repitió la técnica que utilizó con el niño, consiguió su comida, satisfizo *el hambre*.

Su tercer golpe fue más productivo. Conocía a tres hombres del bar al que acudía algunos jueves y viernes. Él no era asiduo, pero desde hace tres años iba por lo menos una vez al mes por un par de cervezas. Lo invitaron a ver la final de la NBA. Uno de ellos estrenaría su pantalla de LCD y fumarían marihuana. Aprovecharían que la esposa se había ido a California. El destino hizo que la pantalla no funcionara y para no desperdiciar la marihuana los amigos insistieron en ir a su casa, puesto que sabían que él vive solo. Querían quedarse después de la final a tomar cerveza y fumar hierba. Subieron todos a su auto, pidieron pizza y bebieron cerveza. La pizza ya no la comieron, él los durmió antes de que uno solo pudiese avisar por teléfono que vería la final en casa del enfermero. Después de matarlos tomó los celulares y fue tirarlos en tres diferentes puntos del río.

Pasó de carroñero a cazador. Todo siguió igual hasta la víctima 24 cuando una coincidencia en su contra lo delató. La última víctima fue una mujer que conoció en un café y que llevaba un celular con localizador GPS. El teléfono se le habría caído a ella a la entrada de su casa, entre los arbustos, quizá cuando sacó los cigarrillos de su bolso mientras él abría la puerta. El enfermero dice no

recordar cómo es que la convenció para ir a su casa.

La hermana de la víctima reportó su desaparición dos días después de no saber de ella e informó a la policía que había localizado con exactitud su teléfono celular. Puesto que el teléfono no era robado y la desaparición menor a 48 horas la respuesta procedimental de la policía fue pedirle que fuera al lugar donde estaba el teléfono y platicara con su hermana. Ella imprimió el mapa de la ubicación, no era exacta e identificaba un radio de cerca de 20 metros equivalente a dos o casi tres casas alrededor. Ella se estacionó cerca de la casa del enfermero y tocó el timbre más cercano. Dijo el nombre de su hermana a la mujer que abrió la puerta y preguntó si su hermana se quedaba ahí. Cinco minutos después tuvo que irse sin respuesta en medio de una trifulca entre marido y mujer. En la casa de al lado no hubo nadie, luces apagadas y ningún coche. Decidió no tocar el timbre. Caminó a la casa del enfermero y marcó el número de su hermana. Escuchó el tono del ring del teléfono de su hermana y lo encontró entre las ramas de un arbusto junto a la entrada principal. Su hermana debería estar en esa casa. Pensó en dejar el celular sobre el tapete de la entrada y marcharse, pero decidió asomarse por la parte trasera. Quizá la vería en la cocina y aprovecharía para decirle que si no iba a regresar por lo menos tuviera la decencia de decir adiós y pasar a recoger sus cosas. Al asomarse corroboró que su hermana estaba ahí. Sobre la mesa de la cocina, en una bandeja plateada con mangos de madera, estaba la cabeza y al lado, en un plato blanco de cerámica, estaban los globos oculares con los iris verdes listos para ser rebanados y preparados por el enfermero en un sartén que ya calentaba con mantequilla, cebolla y ajo.

A modo de defensa el enfermero insistió en que nunca hizo sufrir a sus víctimas y que nunca siguió los consejos de Internet que sugieren que antes de cocinar un cuerpo humano se tenga sin alimento ni agua por 48 horas. Él dice que jamás mató a nadie consciente, que no tuvo a nadie secuestrado y ayunando y que nunca torturó a sus víctimas.

Pero esas afirmaciones, a pesar de ser creíbles no aminoraron el disgusto del jurado por el enfermero. El momento cumbre de la fiscalía fue cuando se preguntó al acusado si él lo volvería a hacer y él dijo que sí. Que no moriría de hambre. El fiscal aprovechó para preguntar si tenía antojo especial de comer algo y el enfermero señaló con su índice a tres miembros del jurado y algunos dicen que hasta salvó. La cereza en el pastel fue cuando dijo en un tono natural y nada amenazante que daría una mano por comerse los muslos de la asistente del fiscal.

Mi cliente llevó a 24 personas a su casa y las mató. Gente de todas las razas y edades, de ambos sexos. Los durmió, tasajeó, de algunos devoró sus órganos crudos recién extraídos y de otros los cocinó. Disfrutaba narrarlo, como si añorara una deliciosa merienda y saboreara

el recuerdo culinario. Estaba feliz de acordarse cuándo y cómo se los comió, qué especies usó y bajo qué estilo preparó el platillo. El hijo de puta estaba loco, loco de remate. ¿Pero cómo probarlo? No era un asesino serial que mata por obsesión o trauma. No, él comía por instinto, para saciar *el hambre*. Tenía necesidad de comer carne humana, solo jugaba con las personas como si jugara con su comida, como las orcas con las focas, los linceos con las liebres, los bebés con la sopa. Matar era un impulso en él, me parecía que su cuerpo le pedía comerse al prójimo.

Desde un inicio quise argüir que estaba mal de sus facultades mentales, pero la fiscalía aplicó anteriormente los exámenes psicométricos y psicológicos y el resultado fue que estaba cuerdo. En cuanto se hicieran públicos los detalles del juicio ningún médico de Texas querría evaluarlo para concluir que legalmente está loco y así ayudarlo a librar la silla eléctrica. El tipo es el mal, no la locura.

Mi única posibilidad era solicitar conmutar la pena de muerte por cadena perpetua. Pedí al fiscal negociar antes de la sentencia, pero se mostró inaccesible. Tenía razón, yo hubiese hecho lo mismo. Los familiares de las víctimas se abrazaron y lloraron después del veredicto del jurado y la asignación de la pena por el juez. Al marcharse me miraron con rencor. El día siguiente la prensa criticó al despacho y a mí personalmente por defender al *enfermero caníbal*.

#

Esa mañana uno de los socios del despacho estaba en mi oficina cuando entré. Sonreía, pero su semblante me resultaba agresivo. Puso sobre mi escritorio un diario cuya editorial criticaba al corporativo por intentar conmutar la pena de muerte del *enfermero caníbal* por cadena perpetua.

—Renuncia al caso públicamente y explica que el despacho no lo defendió. Di que fuiste tú de *mutuo proprio*. Te apoyamos y conservas tu trabajo.

—¿Qué? El caso se me designó internamente. Yo no lo solicité a la corte. No entiendo

—Tomaste el caso bajo tu única y exclusiva responsabilidad. El corporativo no lo defendió, sólo tú.

—Es un error, me he dedicado al caso por tres meses y el despacho me ha pagado. Firmé todo el papeleo cuando me lo asignaron. Cuando me

—¿Leíste lo que firmaste?

Me arrojé a mi archivo. Yo supuse que tomé el caso a nombre del corporativo y no fue así. Lo hice a título personal. Está firmado por mi puño y letra. Era el seguro de vida para el despacho. Sí yo ganaba sería un éxito publicitario. Todos querrían la defensa del corporativo. Pero si las cosas no salían a modo dejarían al joven, inexperto abogado o sea a mí, morir solo.

Caí en la trampa. En tres días daría una conferencia de prensa junto con los socios para explicar que defendí al asesino a título personal y no a nombre del corporativo. Me prepararían un texto que yo debería de leer. Tenía que lavar la imagen del despacho embarrándome toda la mierda y tragándome los sapos para conservar mi empleo. De otra forma, me echarían a la calle donde nadie contrataría al abogado fracasado del *enfermero caníbal*. Acepté su oferta, sería absurdo joder mi carrera y perder mi empleo por ese maldito asesino.

Él era culpable y lo asumía sin arrepentimiento. Con esas agallas yo también debía hacerme responsable de mi imprudencia. Cuando me entregaron el caso debí leerlo y rechazarlo, no firmar y hacerme cargo. Quedé como imbécil al no leer y no hay nada más patético que un abogado que firma sin haber leído. El corporativo me dio la oportunidad y yo la rechacé al aceptar llevar el caso. Mi carrera quedó truncada, la prensa ya me apodaba *el defensor del caníbal*.

No había defensa alguna contra ese miserable ni contra mi pifia. El corporativo y yo lo mandamos al patíbulo. Y yo mismo arrojé al caño mi carrera. No me quedó mas que organizar el expediente para devolverlo. Al cargar los papeles para entregarlos al archivo quedó hasta arriba una hoja con el domicilio de los padres del acusado. No los había contactado y ninguno se presentó durante el juicio.

#

Una mujer gruesa de cincuenta y tantos abrió la puerta. Su vestido verde de una pieza parecía de los sesenta y viejo. Era un departamento pequeño y me presenté como el abogado de su hijo. No distinguí si rió o sollozó. Se limpió la cara con una servilleta y me pidió entrar.

—Mató a su hermano —dijo ella. Me asombré. A pesar de ser un dato inútil para la defensa no lo vi en el expediente.

—No lo sabía, ¿a qué edad?

—Antes de nacer. Siéntese.

Los sillones de la sala tenían unas manchas imposibles que parecían no estar secas así que me metí hasta la cocina para sentarme. Minutos después la mujer regresó con varios archivos sucios y fotos y carpetas manchadas. Bajo la luz de la lámpara me mostró una serie de fotografías y placas. Me llamó la atención una donde un hombre tenía el antebrazo

—Mordió a su papá. Le arrancó un pedazo de carne. Tenía tres años. Después de la golpiza que le propinó su padre nunca más volvió a acercársele. No fue a su entierro.

—¿Tres años?

—Mire, —retiró esa foto con el brazo y me extendió una placa de ultrasonido con dos figuras borrosas dentro de un círculo—. Iban a ser gemelos. Me dijeron que venían del mismo ovulo y que compartían la placenta y el cordón el umbilical. Mírelo, hay solo un hilito. Ese es el cordón —dijo ella y me pasó la placa. Bajo la imagen venían algunas anotaciones. Se establecía que eran dos productos de ocho semanas con actividad normal y que el saco estaba bien implantado.

—¿Tuvo gemelos?



¿Nos comunicamos?... escribimos  
produccion@literatosis.com

—Nunca nació —tomó otra placa y la puso a contraluz—. Esta es de un mes después. No crecieron igual —en el pie de la placa se leía que eran dos productos, un feto formado de trece semanas y un embrión de tan solo de nueve—. Su hermano no creció y él duplicó su tamaño.

—¿Alguna enfermedad?

—Vea —sacó otra placa—. Seis meses después, el grande está listo para nacer, brazos, pies, ojos, la nariz —señalaba la placa—. El otro ya no está.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Que el grande absorbió la comida del otro, de su hermano. Por ahí tengo el reporte. A los seis meses lo eché afuera y perdí ocho kilos, luego él me chupó. Le di pecho por tres semanas y perdí otros diez kilos. Me quería comer y me dejó en los huesos. Le di leche de soya pero la escupía, gasté una fortuna en fórmulas para que viviera. Como no comía frutas ni verduras siempre fue flacucho.

—¿Me daría estos documentos?

—Los iba a tirar. ¿Sabe que lo van a matar?

#

Deslindé al despacho como me lo ordenaron. Pagué un laboratorio médico especializado para que analizaran los documentos y las placas del ultrasonido. Se determinó que el enfermero acusado absorbió más sangre y nutrientes del cordón umbilical que su gemelo. En ocasiones, un embrión consume más nutrientes que la madre, incluso si ella es anémica, pero no existe competencia entre hermanos *in utero*.

En este caso, después de ganar el alimento a su gemelo, el embrión absorbió los nutrientes que conformaban el cuerpo y la placenta de su hermano mediante el cordón umbilical que compartían. Devoró a su gemelo a través

del ombligo antes de nacer y en los últimos meses incluso disminuyó el tamaño de su propia placenta. La placenta es parte del embrión, contiene el ADN del producto y no de la madre, por lo que de no haber nacido a los seis meses, mi cliente se hubiese devorado así mismo antes de nacer. Finalmente, gracias a que se alimentó con su gemelo y su propia placenta alcanzó las condiciones fisiológicas necesarias para nacer prematuramente.

Presenté mi renuncia al despacho. Nunca demostré que el acusado estuviera loco, pero fundamenté que era un antropófago por naturaleza desde antes de nacer. Sí, perdí el caso, pero logré que se permutara la pena de muerte por cadena perpetua.

En prisión, sus migrañas se hicieron frecuentes y sufrió desnutrición. Fue tal su desesperación por *el hambre* durante su cautiverio que en un ataque de ansiedad se comió a mordidas su propio brazo derecho y tres dedos de la mano izquierda. El médico de la prisión sugirió colocarle una máscara de protección permanente para evitar esas acciones. Dos días después la máscara tuvo que retirarse para atenderlo de emergencia cuando se comió su propia lengua y los labios. Posteriormente, se le colocó un protector dental que le impidió rasgar con los dientes y se decidió alimentarlo solo mediante nutrición parenteral total. Mi cliente murió por inanición en su celda cinco semanas después de iniciada esta hiperalimentación intravenosa.

## La Austeridad es un Error de Cálculo

LUIS MIGUEL RUBIO DOMINGO

*Pues el recorte drástico del gasto es el causante de la aguda crisis, vamos a recordar que algunas cifras de una hoja de cálculo de Excel eran falsas; llegar, decía Harvard, a un noventa por cien del PIB de deuda*

*impide el crecimiento y crea deuda. Los partidarios de menguar el gasto aprovecharon el error de Harvard para sacar partido de la crisis. Un estudiante, cuya novia en Excel era experta, cruzando aquellas cifras*

*descubrió el yerro y denunció las cifras que al noventa por cien del PIB de deuda empiezan a bajar, según el Excel. Últimamente es poco lo que gasto: me privo de los bares por la crisis y tengo amigos que han estado en Harvard*

*que no encuentran trabajo ni aún en Harvard. Seis millones doscientos mil, en cifras, es el paro en España, por la crisis, y un noventa por cien del PIB de deuda. Por cada punto que desciende el gasto el PIB encoge dos, lo dice el Excel.*

---

*Luis Miguel Rubio Domingo (Valencia, 1961). Actualmente residente en Benidorm, España. Miembro del Liceo Poético de Benidorm. Coordinador de los talleres de métrica castellana que el Liceo imparte en su localidad de residencia.*

---

*Quizás la creación se hizo en Excel y en una celda, un profesor de Harvard no tuvo en cuenta el verdadero gasto que causa el hombre al medio ambiente en cifras. ¿Será la vida la emisión de deuda de una conciencia humana siempre en crisis?*

*Nada tiene sentido sin la crisis en esta dictadura de hoja Excel. Como el pecado original, la deuda es sacra ley del que idolatra en Harvard y a pesar de lo errado de las cifras es muy probable que no aumente el gasto.*

*No tengo, en crisis, quien me cubra el gasto y las cifras aumentan de mi deuda por los yerros de Harvard con el Excel.*

# Contravioje

MAGDA OLIVIERI

Tarde de la noche, sentado junto a la lámpara, le llegaban todavía ruidos de copas, frases depedazadas, operario, descanso, siempre...

Se había jubilado y una sensación nueva, de alegría pero también de vacío lo golpeaba.

Parecía mentira que hubiera pasado tanto tiempo desde que chico aún, entró en la fábrica de alpargatas que entonces eran de yute y lona. Después aparecieron las zapatillas con unas máquinas que las trajeron de Italia con un gringo, Don Cosme, que las manejaba. A él lo pusieron de ayudante y ahí descubrió lo que habría de ser la fascinación de su vida: la electricidad-La electricidad era nada y era todo, como un milagro, no se la veía, no se la tocaba, pero las notas de un tango que tocaban muy lejos y andaban en bandadas por el aire se enchufaba una radio y ¡Zas! la electricidad las cazaba.

Fue la mejor época de su vida. Se hizo la casa, tuvo a Rosa y los hijos; después, de distintas formas todos se marcharon menos Antonio, casado con la Petra que se vinieron a vivir con él «porque no queremos que te quedes solo». No estaba solo pero ahora este tiempo estirado no le gustaba.

La hija sicóloga, que vino entre dos Congresos, le explicó la jubilación: tenés que hacer dos viajes, uno para atrás buscando todas las cosas que quisiste hacer y no pudiste y después otro para adelante haciendo esas cosas.

¿Pero cuales eran esas cosas?

En el viaje para atrás encontró al fin, muy escondidas, dos cosas: tocar el piano y viajar.

A la mañana siguiente pensando que ya correspondía empezar el segundo viaje, desarrolló su proyecto ante Antonio y la Petra.

Cuando recobraron el habla fueron terminantes; el piano, no había, la artrosis en los dedos, sí había, plata para viajar no había. - , no había.

—Pero, ¿y la plata que tengo en el Banco?

*Esa es para alguna enfermedad* – contestó la Petra que siempre pensaba mal del futuro.

— Dejemos eso -dijo Antonio- vení papá que te leo el horóscopo del día: «SENTIRA QUE ESTA EN EL MOMENTO DEL COLORIN COLORADO, PERO TODAVIA LE QUEDA MUCHO DEL HABIA UNA VEZ».

Se quedaron en silencio, cada cual con sus pensamientos hasta que la Petra irrumpió.

— ¿Por qué no se sienta en el patiecito del frente, toma sol en invierno y fresquito en verano?, además puede hablar con los vecinos.

Como a él tampoco se le ocurría nada, las 7 del día siguiente lo encontraron sentado en el

banco del patiecito. Aburría la mirada por la calle cuando vio que se abría la puerta de la casa de enfrente y un montón de escobas, baldes y trapos aparecía dejando ver finalmente una mujer que se puso a limpiar-. Antes de que llueva-dijo-

El no vio ni una nube pero esa noche al oír las primeras gotas se acordó de ella-

A la mañana siguiente la mujer sólo se asomó a la ventana.

— Viene viento-dijo-no vale la 'pena barrer, se va a llenar de hojas, mejor barro mañana que va a hacer buen tiempo.

Ese día Lorenzo abandonó temprano el patiecito, el viento es más triste en el atardecer.

Se encontró en medio de las novelas de la Petra, lo aburrían pero una vez más lo deslumbró la magia de la electricidad. Cuando el televisor estaba apagado las imágenes andaban por ahí, entre las silla, debajo de la mesa, arriba del aparador, pero una vez que la electricidad les daba la orden, se volvían Alfredo que abrazaba a Edelmira

Al otro día que estaba sereno preguntó

— ¿cómo sabe qué tiempo va a hacer?

— Será porque soy del campo y ahí el tiempo está a la vista. Aquí en la ciudad me gusta mirar los aviones como se hunden en el cielo.

— ¿Y usted cómo se llama?

— Demetria, ¿y usted?

— Lorenzo

— ¿Y qué hace acá, está jubilada?

No, cuido la casa de mi medio hermano, lo de medio es una cosa larga, si quiere otro día se lo cuento.

—Y está siempre sola cuidando?

—A veces vienen. Yo quería tener un perro, pero no quisieron-

— A veces es así.

Preguntó a la Petra si conocía a la vecina de enfrente

— ¡Ah sí!, la vieja del tiempo

— Se llama Demetria ¿por qué la llamás vieja del tiempo?

- Porque no habla de otra cosa, yo traté de buscar otros temas: de la modista que hace entrar hombres de noche, del zapatero que se compró un auto, infinidad de cosas, y al ratito estamos hablando del tiempo.

— Amaneció nublado.

— ¿Sabe que por tres días no podremos salir?, se viene un temporal de aquellos.

La lluvia lo encerró en su cuarto, arregló tres veces el ropero. La Petra, condolida le prestó un libro de su padre que era maestro, tenía 2016 páginas de papel finito.

— Es muy largo-protestá.

— Mejor, así le va a durar toda la jubilación, confortó la Petra...

Lo abrió en cualquier lado, sonaba lindo pero no se entendía casi., pero un verso le dio ganas de llevárselo a la Demetria porque tenía algo...lo copió en un papelito y al otro día se lo entregó sin palabras:



Yo decía «Tarde»  
Pero no era así.  
La tarde era otra cosa  
que ya se había marchado.

Cuando el tiempo estaba lindo, él cruzaba y conversaban. El tiempo, el otro, les fue llevando a ese lugar entrañable donde los sentimientos más auténticos olvidados o pudorosos esperan las palabras. Desde allí, él le contó muy en secreto que entre la electricidad y Dios, ¡gran parecido!, no se podían ver pero estaban, parecía que no hacían nada pero movían todo, y por más que uno quería entenderla, no podía.

Desde allí, ella le contó de las noches de la estancia, cuando se sentaba afuera a oír el canto de los grillos y cuando las estrellas estaban tan cerquita que uno no las tocaba por no descolgarlas.

Después, para bien o para mal hubo novedades en la casa, Antonio y la Petra tuvieron que ir a Jujuy porque Juana se había roto una pierna y había que operarla.

A Lorenzo le dejaron mil recomendaciones, la ropa lavada y el freezer lleno. .

Volvieron en una semana.

- Papá, llegamos

-nadie contestó

-¿Habrá salido? ¿y si nos vamos hasta el supermercado?

Mucha gente, pero nadie. Preguntaron a los vecinos, también extrañados de no haberlo visto. Alarmados fueron a la comisaría

- No se preocupen -dijo el comisario- estos viejos se

pierden a cada rato pero siempre algún agente los encuentra y los trae de vuelta. Yo les aviso.

Esperaron ahí mismo un rato muy difícil. Después que llamaron a los Hospitales la Petra pensó que había encontrado la solución.

- Ya sé, la vieja del tiempo debe saber donde está. Se lo pasan conversando.

Cruzaron rápido. El timbre rayó el silencio del atardecer.

Nadie abrió.

-¿No será sorda la vieja?

La mano de Antonio se durmió en el timbre, pero, sólo el silencio.

Golpearon la puerta. Casa deshabitada.-Al fin el silencio y la noche los derrotaron.

Incansable, la Petra encontró otra idea.

-Vamos a revisar su cuarto; tal vez encontremos algo. Revolvieron todo.

—Mirá Antonio: le dio por guardar aquel horóscopo ¿te acordás? Lo metió adentro del libro, y hay un papel. Los ojos ávidos cayeron sobre lo escrito:

Peligrosamente cerca de colorín colorado, emprendo

emprendo contraviaje.

Lorenzo

Mandaremos postales.

# El Hombre y el Senador

NEHEMIAS

---

**Fabián Gabriel Rapolla, «Nehemías»** (Buenos Aires). En el año 1999 publicó su primer libro *Un Águila de Nueve Vacas*, con Editorial Dunken. En el año 2000 resultó ganador del I Certamen Internacional de Poesía Homenaje a Jorge Luis Borges, organizado por Editorial Ateneo de Las Letras. En el año 2001 publicó *Los pueblos del alma*, por editorial Ateneo de las Letras. En el 2006, *A Voluntad de Dios*, Editorial Argenta. Ya en el 2008 resultó ganador del 3er. Premio Certamen de Poesía Homenaje al Amor. Editorial Gear. En diciembre del 2011 resultó galardonado con el 2do. Premio Concurso Anual de Literatura, organizado por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires.

---

«Son los principios del espíritu, son también los ideales forjados en nuestros sueños, son ellos los que nos guían tanto en tiempos de bonanza como de adversidad; son ellos los que nos motivan a construir una sociedad donde cada hombre pueda elegir ser una mejor persona y contribuir de ese modo al desarrollo del conjunto. Son esos mismos principios e ideales que nos inspiraron a dedicarnos a la política los que nos impulsan y dan luz al momento de tomar decisiones trascendentes para la nación. Transigirlos o eludirlos es negar nuestro propósito y nuestra razón de ser como representantes de un pueblo que al menos espera un mínimo de dignidad de sus gobernantes».

Al cerrar su discurso, Borgesi levantó la vista y miró a sus pares de la Cámara alta con cierta sensación de orgullo. Logró el aplauso ensordecedor de sus colegas.

Unos días antes de que el proyecto llegara al senado ya con media sanción, el encuentro con el presidente de la República generó un sin fin de rumores. Las aguas parecían divididas y convulsionadas; sin embargo el titular del bloque, luego de mantener una reunión con Borgesi dos días antes de la votación, salió a calmar los ánimos diciendo que el partido sostenía una postura unánime respecto a la ley a debatir.

Conforme al lineamiento que asumía el gobierno desde su llegada al poder, esta ley era determinante para consolidar su proyecto, pero se oponía, básicamente en sustancia ideológica, a la plataforma sustentada por el partido liberal.

Además, era el golpe de efecto necesario para revertir una serie de desaciertos gubernamentales y recomponer el prestigio disminuido ante la opinión pública.

Borgesi, había nacido en un pueblo del sur de la provincia de Buenos Aires. Hombre de costumbres sanas, amante de la reunión familiar interminable, heredero de la tradición con-



servadora, pertenecía a una acomodada familia ganadera.

Sin embargo, sintió desde siempre profundas divergencias respecto a las estrategias comerciales y posturas sociales que adoptaban sus familiares y amigos. Creyó desde pequeño en la igualdad del hombre más allá de las diferencias culturales o económicas; ello le trajo aparejados interminables discusiones, sobre todo con sus padres.

Carlos Freire, era uno de sus más cercanos amigos. Cuando Borgesí volvió al pueblo, el fin de semana previo a la votación, se encontraron para almorzar en el bar del Tata, reguero de recuerdos juveniles, cuyas paredes guardaban, immaculados, los gritos y risas de la adolescencia. Hablaron de sus familias, de los hijos ya crecidos, de los trajinados tiempos de la infancia hasta llegar al tema que anidaba, desventurado, en el aire de la República.

-Carlos, esto llegó a un límite, si sigue así, se cae todo. Nunca recibí tantas presiones como ahora; créeme que ya no aguanto más, me están dando de todos lados- dijo Borgesí.

-Amigo - dijo casi compasivo Carlos- vos conocés este camino; es así, hay que hacer equilibrio entre tanta mugre. Imagino que te agobia, sobre todo cuando las circunstancias parecen imposibles de atravesar. Votá lo que tu conciencia te dicte, beneficiá a la gente, olvidate de los idiotas que te rodean. La fe y la acción nos sostuvieron siempre; tenés que ser astuto, haceles creer lo que ellos quieren, dejalos contentos un rato y después hundilos, se lo merecen nunca dieron nada por nadie.

- No sabés lo que me alivia escucharte, no hay nada como volver al pago y encontrarse con los amigos de toda la vida- dijo Borgesí.

-¿Te acordás aquella noche, cuando estábamos peleando en la plaza con los galponeros? - preguntó Carlos.

-Sí, ¡Dios mío! ¡Que pelea!; me acuerdo que quedé hecho un trapo; eran tipos jodidos, hijos de camioneros me parece y bastante pendencheros- dijo Borgesí.

-Sí, sí, ¡Y como te dejaron el auto!, estaba abollado por todos lados, ¿te acordás? - preguntó Carlos.

-Como no me voy a acordar, si temblaba de sólo pensar en la reacción de mi viejo cuando lo viera.

-También con lo que lo pagó tu viejo, me acuerdo que fue uno de los primeros del pueblo, ¡lindo auto che! - dijo Carlos.

-Después de las piñas que nos comimos, nos tiramos en el cespel, no podíamos ni caminar un paso ya estaba amaneciendo y ¿hacía calor no?- preguntó Borgesí.

-Sí, Jorge, era pleno verano. Me acuerdo que a Pedro le partieron dos dientes. ¿Por dónde estará Pedro?

-Me habían dicho que vivía en México.

A Pedro le partieron los dientes y a mi me dejaron los ojos negros como una morcilla, ja, ja, ja! -rió Carlos.

-Entonces pasó una señora y nos dijo algo, ¿te acordás?,-preguntó Borgesí

-Como no me voy a acordar. No teman chicos, todo pasa y al que cree todo le es posible, eso dijo. Fue impactante - aseguró Carlos.

-¿Cómo se llamaba?, preguntó Borgesí- ¿Te acordás como se llamaba?

-Clarisa-dijo Carlos, vivía en el barrio de Las Cerranías; me acuerdo que sacó un pañuelo y limpió la cara de los tres.

-Sí y también nos acarició la cabeza, nos bendijo y se fue - dijo Borgesí.

-Sí, pero recordá que no entendimos mucho; ¿qué tenía que ver esa paliza con que todo fuera posible?, honestamente, yo pensé que estaba loca- dijo Carlos, y sin embargo fuimos a verla dos o tres veces.

-Y siempre nos hablaba de los evangelios-completó Borgesí. Hablaba del mismo Dios y del mismo Cristo de nuestra Iglesia, pero todo parecía más auténtico, más real de lo que nos habían enseñado.

-Cierto y ahí por fin entendimos la relación entre lo que nos dijo y el momento en que nos conoció- aseguró Carlos.

-Cierto con el tiempo abrimos los ojos- dijo Borgesí.

-Ese fue el principio, por eso te lo recuerdo. Ahí vos empezaste a laburar en política. Lograste que los viejos del partido se sacaran los algodones y empezaran a escuchar a la gente.

-Sí, en ese momento, éramos muy jóvenes, hicimos mucho por esta ciudad.

-Sí, hicimos mucho, repitió Carlos. Miró fijo a su amigo y preguntó:-¿Qué dice tu familia de las presiones que recibís por el proyecto de ley Jorge?

-Mirá, traté de esquivar el tema y no preocuparlos hasta que tuve la charla con Juan Manuel. Cuando me llamó, la cosa cambió por completo.

-¿El propio presidente te llamó? ¿Qué pasó?, ¿Que cambió tan bruscamente?- preguntó Carlos.

La situación se hizo insostenible, vos lo viviste por los medios. Ahí sí, hablé con mi familia. Emilia me banca, aunque está cansada. Con mis hijos nos debemos una charla mas profunda. Están preocupados, se les nota, creo que es la primera vez que se meten en lo mío.

---

Estoy angustiado- dijo Borgesí.

Su esposa pareció no haberlo oído. Estaba levantando los platos de la cena.

- ¿Azúcar o sacarina?, preguntó ella.

-Sabés que tomo siempre con azúcar-dijo Borgesí.

-¿Oíste que estoy angustiado? preguntó él.

-Sí, te oí -dijo ella. No creas que soy indiferente a lo que te pasa, nunca lo fui- dijo ella.

Borgesí se acomodó en su sillón victoriano, como si fuera a leer plácidamente.

-Nunca lo puse en duda- dijo. Estoy frente a una decisión de consecuencias jodidas; además me expongo a un cimbronazo político qué, francamente, no se si estoy en condiciones de aguantar.

-¿Aguantar?

-Sí, tal vez sea tiempo de retirarme, tal vez esta tenga que ser mi gran jugada, la última, y dar luego un paso al costado- reflexionó Borgesí.

-No lo sé, lo que si se es que vos tenés que preservarte, estás muy expuesto y no me gusta nada. Estamos nosotros, tu familia, también te necesitamos.

Contame un poco tu charla con Juan Manuel, «el presidente»- dijo ella con sorna.

-No fue fácil, me arrinconó como pudo, pero sabe res-

petar nuestra amistad. Lo veo muy comprometido, no es fácil para él este momento.

-Seguro que no es fácil-dijo ella-, voy a hacer más café.

Borgesí se recostó en el sillón, cerró los ojos y como si estuviera frente a una pantalla cinematográfica comenzó a recordar la charla con su amigo. Había llegado diez minutos antes de lo pautado. Se anunció e inmediatamente lo hicieron pasar.

-Hola Jorgito, dijo Juan Manuel. «Que alegría verte».

Y se unieron en un abrazo de esos que nos recuerdan una vida compartida.

-Hola Juan, ¿Cómo estás?; es cierto, es bueno volver a encontrarnos, siempre es gratificante, aunque las circunstancias no sean las mejores, ¿no?- dijo Borgesí.

-No son las mejores porque tu gente está desesperada, les estoy cortando el negocio y no me lo van a bancar así nomás.

-Me parece que estás un poco apurado y un poco resentido - dijo Borgesí.

-No me jodas, se robaron todo, llevan años cagándose en la gente, ya se acabó, no da para más, te lo digo como amigo y como presidente.

-Créeme que te entiendo-dijo Borgesí-, se que la situación es difícil, por eso estoy acá, pero sólo vine a escucharte.

- Jorge, te pido por favor que me acompañes en esto, necesito tu voto y el de los que te siguen para que esto salga.

-Pero si sabés que estoy del otro lado, aunque coincida con vos en muchas cosas.

- Olvidate de los partidos, eso es para la tribuna. Hoy ya estamos grandes para esas boludeces. No podemos seguir privilegiando intereses personales. Creo que es la última oportunidad que tenemos de hacer algo que justifique nuestra carrera. Vos y yo ya estamos hechos, pero

nos falta esto- dijo Juan Manuel.

Borgesí estaba conmovido. Se reencontraba con el amigo de la infancia, con ese muchacho apasionado que le mostraba las primeras poesías que había escrito para ese primer amor, siempre imposible, que hoy, seguramente, se resume en el furgón de los olvidos necesarios. Pudo ver la pasión intacta, mas allá de las amarguras de una vida que no le fue fácil, y en el caminar pausado alrededor del salón, pudo ver al amigo que siempre admiró.

-Juan Manuel, no me pidas algo que no te puedo asegurar, no me comprometas más de lo que estoy- dijo Borgesí y agregó:- «Mi respuesta la vas a conocer el día de la votación».

Se fué, sin mirar atrás, tal vez porque la amistad empezaba a poder mas que las posibles diferencias. Ante un amigo no hay secretos, los dos lo sabían muy bien.

---

El día amaneció oscuro, gris, húmedo. Los discursos eran casi letárgicos, monótonos, el recinto, en sus gradas, estaba vacío. La seguridad dentro y fuera de la sala y en diez cuerdas alrededor se había quintuplicado. Hubo amenazas de todo tipo. Borgesí llegó en un auto blindado, y con un chaleco anti-balas. Eso se supo años más tarde.

Llegó el momento de votar. Borgesí parecía sereno, escribió algo en un papel, levantó los ojos como buscando el cielo mas allá del techo del recinto y pulsó el botón.

Al día siguiente salió el sol.

## Turno Noche

JOAQUIN YAÑEZ

---

**Joaquín Yañez** (Rosario, Argentina). Joven escritor de 25 años, estudiante de derecho en la Universidad Nacional de Rosario. Participó del taller de escritura a cargo del escritor Marcelo Scalona.

---

Cerró el casillero. Después de chuparse el calor de los hornos durante ocho horas el frío matinal no representaba ninguna amenaza, más bien deseaba salir a respirar la helada.

A la Mirta le dicen caballo de calesita, dijo un operario a otro, la montan todos menos el dueño. Mirta es su mujer. Daniel sonrió sentado en el banquito de madera, levantó la vista sin dejar de hacer el nudo en los cordones y comentó algo similar sobre la esposa de otro operario. Entró El Gori, un morocho que mide uno noventa y pesa 110 kilos, apago la luz y agarro a Ulises, el más pequeño de edad y estatura de toda la fábrica: fingió que iba a violarlo. Todos los principios y finales de turno eran iguales, chistes sobre las esposas, chistes pervertidos, y tentativas falsas de violación.

Salió primero del vestuario, por su antigüedad le estaba permitido dejar el turno unos minutos antes para poder marcar la salida justo a tiempo, los nuevos se tenían

que quedar hasta que les llegue el relevo.

Se acomodó el casco cuidando de no irritarse el mentón con la correa, se puso los guantes, y se subió el cierre de la campera inflable todo lo que pudo. La moto prendió enseguida.

Cuando llegó a casa preparó mate y esperó a que se haga la hora para levantar a Miguel, en verdad, la hora de levantar a Mirta, era ella la que preparaba el desayuno y azuzaba al púber para que se higienice a tiempo para ir al colegio.

La llamó con el horario justo, quería interrumpirle el sueño lo menos posible, la besó, le informó el horario y el clima, y se metió a bañar. Después iba a salir de la ducha se iba a cambiar al lado de la estufa, en la pieza, le iba a dar un beso a los dos: madre e hijo, y se iba a ir a acostar. Al despertar Mirta no iba a estar, se habría ido a su trabajo, iba a comer lo que fuera que hubiese en la heladera, a veces restos de otras comidas, a veces algo que Mirta le dejaba especialmente, después se fumaba el primer cigarrillo del día y tomaba otra vez mate,

algunas veces mirando la tele, otras escuchando música, no usaba la computadora, no encontraba ningún entretenimiento en ella. En invierno tampoco iba al club, no le daban ganas de caminar con el frío, ni siquiera esas tres cuadritas, aparte no era muy aficionado al truco ni al escabio, así que no sentía que se perdía de mucho. Fumaba, eso sí, 15 o 20 cigarrillos al día, y tomaba mates, primero solo, hasta las seis de la tarde que volvía Mirta, entonces tomaban los dos, pero casi no hablaban, tomaban mates en silencio hasta que ella se ponía a preparar la vianda del descanso y él se empezaba a preparar para volver a la fábrica, a operar la máquina, a fingir que estaba muy ocupado cuando pasaba el ingeniero, a evacuar las dudas de los operarios nuevos, a mirar el reloj cada hora: para saber cuánto faltaba para el descanso primero, para calcular el tiempo que restaba para la salida después, a mirar las ventanitas, altas y enrejadas, tratando inútilmente de captar un cacho de negrura, a escuchar el silencio que viene desde el exterior, el contraste de aquel silencio con el bullicio a fierro, a gas, a engranaje, que hacía la fábrica, ese ruido, que era muy parecido, casi igual, al ruido de la soledad.

A Lisandro, el mayor, no lo veía nunca los meses que le tocaba el turno noche, al menos no ese año, el muchachito había dejado la escuela y no conseguía trabajo, de todos modos no parecía estar muy empeñado en empezar a trabajar. Salía prácticamente todas las noches, volvía cuando él ya se había acostado y se levantaba cuando estaba a punto de irse, a veces Daniel entraba a la pieza durante la tarde para sugerirle hacer algo juntos, algo como tomar mates en silencio y escuchar música, pero lo veía enroscado en el acolchado, respirando agitado, con la cara colorada, como sufriendo, percibía el olor a alcohol de la pieza, el olor que su hijo exhalaba durante el sueño, y pensaba que despertarlo lo iba a poner de mal humor, que iba a tener que lidiar con él, así que lo dejaba dormir.

Era martes 4 de julio, el miércoles o jueves iba a estar cobrando, su mujer también, esos días sí hablaban durante los mates; se ponían de acuerdo sobre los gastos que iban a poder hacer y los que no, deducían las deudas de los sueldos para saber con cuánto dinero neto contaban.

Como terminaban de pagar un crédito, y habían reducido el uso de las tarjetas, era probable que pudieran, vendiendo la moto y sacando un nuevo crédito, comprar otro auto. Hubieran preferido mejorar el modelo del que tenían, pero un solo auto implicaba incomodar a alguno de los dos: por los horarios de trabajo que manejaban era imposible que salieran o volvieran juntos a la casa, así que Mirta manejaba el auto y Daniel la moto. Aun con el nuevo préstamo que pensaban pedir iban a estar holgados, así que también pensaron en cambiar la televisión del comedor, comprar un plasma grande, llevar el del comedor, que estaba bueno, a la habitación matrimonial, el de ésta al

dormitorio de los chicos, y el de los chicos iba a ser vendido, regalado, o simplemente tirado a la basura.

Se cerró la campera antes de salir, saludó a Mirta con un beso en la boca mientras se ponía los guantes, tomó otro mate, agarró un biscochito de grasa y masticándolo salió de la casa.

Marcó con el pulgar a las 21:50 y relevó cinco minutos antes al pibe que operaba la máquina en el turno tarde, Ezequiel, se llamaba el pibe, no era maquinista sino aprendiz, pero se la rebuscaba igual de bien que él, en realidad el aparato no era nada complejo, la categoría se gana con disciplina y antigüedad más que con pericia. Son equipos alemanes, cuando tienen algún problema serio ni Daniel ni Ezequiel lo pueden resolver, tienen que llamar al mecánico, y si es muy grave, al ingeniero.

Ezequiel dijo que la máquina había funcionado perfectamente toda la tarde, como casi siempre, y la noche también transcurrió sin sobresaltos, alguna paradita que no era nada inhabitual, ya que es una envasadora, como los pibes que ponen los jabones en la cinta son por lo general descartables, nunca alcanzan la habilidad suficiente para completar la demanda del sistema, por lo que se empiezan a acumular papeles en los engranajes que terminan trabándose y obligando a parar la producción. Pero eso es normal, se limpian los papeles y se empieza de vuelta enseguida.

Antes, la noche tenía como atractivo que no había ingenieros hinchando las bolas, sólo encargados, que son más cercanos a los operarios que a la patronal, lamentablemente desde hacía un año y medio habían incorporado nuevos ingenieros para que controlen la producción de todos los turnos. Fue por culpa de unos pendejos que, para divertirse, habían deformado un jabón hasta que pareciese un pene, con la mala suerte de que la mujer que lo compró no tenía sentido del humor y llamó para hacer el reclamo, cuando la empresa recibió el jabón con forma de pene hizo hacer una gigantografía y la colgó en la entrada de la planta. Por el lote y hora del empaque podían saber quien o quienes eran los responsables, quisieron despedirlos, pero ya los habían despedido sin causa antes del suceso. En limpio, lo que quedó fueron los ingenieros en todos los turnos.

Damian, el ingeniero al que le tocó el turno noche en julio, es un tipo más bien distante, le dispensa el mismo trato impersonal a todos los empleados, es raro que se enoje, y prácticamente imposible que se ponga de malas con un empleado de antigüedad como Daniel. Camina con la frente en alto y el ceño fruncido, tiene la voz y el andar muy particulares, camina como Tribilín, pero más lento, y habla como Droopy, tiene mucho de dibujito animado en realidad, con esa expresión ausente y esa piel tan blanca, uno no se sorprendería de enterarse que sufre disfunción eréctil. Daniel no entiende que hace trabajando ahí, tiene casi 50 años, mucha plata en el banco, un cero kilómetro, casa propia, es soltero desde siempre y para siempre, sin hijos, la vida social del hombre prácticamente no existe, encima tiene un título universitario, con un trabajo de 6 horas o uno de 8, pero sin necesidad de hacer horarios rotativos podría satisfacer con holgura todas sus necesidades vitales. En cambio él, si no trabajara tanto como trabaja, caería en la desdicha, no tendría chances de cambiar el auto, no podría comprar el nuevo televisor; vería absolutamente coartada toda posibilidad de progreso. *Dios le da pan al que no tiene dientes*, concluyó.

En invierno no amanece hasta las siete de la mañana, a las seis es noche perfecta todavía. Esa mañana Daniel

salió de trabajar distraído y anduvo con las luces de la moto apagada, se dio cuenta recién a las varias cuadras, pensó en lo inesperadas que pueden ser las desgracias; una simple distracción fruto del cansancio y todo se va a la basura.

Antes de llegar a la casa pasó por el cajero automático: ya le habían depositado el sueldo. Al momento de despertarla, le informó aquello a Mirta. La volvió a besar en la boca, y sin cruzar otra palabra se acostó, ya bañado, a dormir. Antes de que pudiera conciliar el sueño llegó Lisandro, lo escuchó intentar una conversación con Mirta, estaba notablemente borracho, casi se levanta a reprimirlo, pero sintió la puerta de la pieza cerrarse y decidió dormir. Esa mañana soñó que estaba en un campo de concentración con otro montón de gente a la que no conocía, unos soldados los iban llamando uno a uno por el nombre y apellido, luego los tabicaban (ese era el término que utilizaban los gendarmes para referirse al vendaje que le hacían a los presos en los ojos) y los obligaban a tirar bombas molotov en una determinada dirección, sobre un muro, sin ver el objetivo. Daniel se desesperaba y buscaba un hueco donde poder observar dónde caían las bombas, lo encontró: del otro lado del muro vio una cinta transportadora en la que iban cargando bebidos recién nacidos, o de pocos meses quizás, los cuales eran quemados uno a uno por obra involuntaria de los reclusos. Intentó escapar, pero el perímetro del campo estaba custodiado por osos pardos de una enfermedad absurda.

Se despertó sobresaltado, miró a Lisandro desde la puerta del cuarto y ya no se volvió a dormir.

El jueves llegó de trabajar y no se acostó. Dejó que Mirta descansa un rato más, se encargó de levantar a Miguel y llevarlo a la escuela. Para cuando volvió su esposa ya estaba despierta, desayunaron juntos, prácticamente en silencio, esperando que se haga la hora de ir al banco. Pudieron gestionar el crédito rápidamente. Como era temprano y Mirta se había pedido la mañana libre en el trabajo, aprovecharon para ir a la casa de electrodomésticos y elegir la nueva televisión, pagaron con tarjeta de crédito y concordaron el horario de la entrega en domicilio.

Esa noche el turno se le pasó rápido; Ezequiel le avisó que la máquina había estado jodiendo, que le parecía que estaba por romperse. Efectivamente, a las dos horas de empezado el turno noche, dejó de funcionar, le tomó cerca de una hora al mecánico repararla, hubo que cambiar un repuesto, o algo así. El parate atrasó de manera considerable la producción y debió aumentar la velocidad de la empaquetadora lo que hizo que el horario vuelle, al menos para Daniel.

Volvió con el horario justo para despertar a Mirta, había decidido bañarse en la fábrica, cosa que era bastante inusual, pero no insólita. Durmió hasta las tres de la tarde, horario a partir del cual podían llegar los de la casa de electrodomésticos, se preparó el mate y puso música no muy fuerte para evitar despertar a Lisandro.

A las cuatro de la tarde, minutos más o menos, llegó el tele. Para las cinco había hecho las dos primeras conexiones previstas y estaba probando la televisión nueva.

El viernes lo encontró sin ganas de trabajar, lo consolaba un poco que los de la noche no tenían que ir los sábados.

Ezequiel le entregó el turno sin novedades, la máquina anduvo bien pero, aun así, padeció bastante el último día de trabajo; en la línea de control de calidad, que está justo atrás de él, había faltado uno de los pibes, lo que provocó que el ingeniero estuviera prácticamente las ocho horas en ese puesto, sobre su espalda, situación que le resultó de lo más incómoda.

Salió puntual de la fábrica, como siempre, llegó, se dio una ducha y tomó mate hasta que se hizo la hora de despertar a Mirta, la llamó, le informó del clima y la besó. Después se acostó y cerró los ojos. *Por suerte es sábado*, pensó antes de dormirse



**Literatosi!**

Revista Latinoamericana



# Los Hermanos

ALVARO LEMA MOSCA

El hombre llegó a la casa de las hermanas un verano viejo, hace tantos años que esta historia es casi inenarrable. Golpeó en la puerta de fiambra y esperó en silencio a que alguien le abriera, pero nadie salió a su encuentro. Fue entonces que escuchó los gritos y movido por la curiosidad, el calor y quién sabe qué más, se arrimó a una de las ventanas y espío agazapado. Allí las vio. Eran dos. Idénticas. Iguales. Tan jóvenes y bellas como solo dos adolescentes pueden serlo. Estaban discutiendo a los gritos y se movían por la casa, apareciendo de vez en cuando en el cuadrado que dibujaba el espacio de la ventana. Vestían poca ropa y llevaban el pelo suelto. La discusión iba en aumento, hasta que se fueron a las manos. Se trenzaron a golpes y se tiraban el cabello, siempre gritando enloquecidas. El hombre las observaba, en silencio. Ellas continuaron pegándose, rompiendo sus ropas, arrancando sus mechones de pelo y fueron quedándose desnudas, pero además hipnóticas, como sumidas en un sopor extraño, ambivalente, y poco a poco, los golpes fueron amainando en su intensidad y pasaron a ser caricias y los gritos dieron lugar a sonrisas cómplices, los jaleos se convirtieron en frotaciones y lentamente todo se amansó y las bocas comenzaron a acercarse, suave, muy suave, hasta rozar los labios y luego siguieron besando el resto de la piel, de una punta a la otra, acompañando el recorrido que los dedos ágiles trazaban sobre los muslos. La desnudez de los cuerpos reveló la única diferencia entre las hermanas. Una sola tenía senos. La otra arrastraba con disimulado pesar y fanático estoicismo dos pezones chatos que casi la volvían un hombre, a no ser por el triángulo velludo que aparecía más abajo. El hombre las espiaba desde fuera, agradeciendo a dios y todo el santoral el privilegio de ser el elegido para tal ocasión, rezando en el silencio de su mente para que esta se extendiera y él no fuese descubierto. Pero el destino es sabio y le tenía una jugada mejor. Por esas cosas del destino, las hermanas notaron su presencia, o quizás siempre supieron que él estaba allí, así que detuvieron su ritual y así desnudas como estaban lo invitaron a pasar.

Para qué decir lo que sucedió en aquella casa. Baste con decir que no quedó rincón donde no se hayan revolcado esos amantes, presos de la más salvaje de las pasiones. Todo el magnetismo del universo salió estallado de aquel falo y se derramó en los arcos abiertos de aquellas piernas. Fue una explosión de sen-

---

**Álvaro Lema Mosca** (Florida, Uruguay, 1988). Desde 2007 reside en Montevideo, donde ha estudiado literatura y ciencias de la comunicación. Integrante fundador de la Generación Once. Ha publicado artículos de investigación literaria y semiótica tanto en su país como en Brasil, España, Argentina y Alemania. Algunos de sus cuentos y poemas aparecen en diversas revistas y webs. En 2012 publicó el poemario *De esta manera tan inusual* (Melón Editora) y al año siguiente *Un mundo de nada* (ONCE plaquetas).

---

saciones orgásmicas la que empañó los vidrios de aquella casa, ablandó las paredes y reventó un par de lamparillas.

Para cuando el padre de las adolescentes llegó, el hombre (que había ido en su búsqueda) ya estaba de piernas cruzadas en el sofá del living, tomando un refresco y charlando animadamente con las jóvenes, como si nada hubiera sucedido.

Eran tan parecidas físicamente que las similitudes amedrentaban, aunque en lo personal una de ellas era más dócil y callada y la otra más rústica y decidida. Siguieron viéndose en secreto por un tiempo, pero ese tiempo, primo hermano del destino, hizo que el hombre se decidiera por una de las dos y esta fue, como es de esperarse, la que tenía mejores senos. Era además la más educada y sumisa y aunque ambas le gustaban mucho, hasta lindar con la locura y el arrebató, no le hacía gracia la idea de estar con dos mujeres al mismo tiempo y encima, hermanas. Así que formalizó la relación con una de ellas, no sin antes enfrentar el escándalo que la otra le hizo por haberla desechado al rincón de los perdedores y sobre todo en beneficio de su gemela (ya es sabida la rivalidad que tienen esta clase de consanguíneos). Pero todo era extraño en ellas, así que esa furia que duró tan solo unos meses devino luego una seducción constante que la cuñada mostraba en las sombras al hombre. Aprovechaba cada rincón oscuro, cada momento a solas, cada ida al baño del piso superior para ultrajarle un beso, un apretón, un toqueteo, como si la diversión le renovara las energías para que cada próximo encuentro fuera un poco más osado, un poco más violento, un poco más erótico.

Es comprensible aunque no justificable que el hombre se rindiera a los encantos de la cuñada, de la mitad menos femenina de su esposa y que se pasara los días esperando un nuevo cruce con ella para hacerle las cosas que a su mujer ya no podía hacerle, porque la seriedad del compromiso le avergonzaba la mirada a la mañana siguiente. Así que cuando su señora se enteró de lo ocurrido ya hacía varios meses que los amantes desparrramaban besos y flujos por las habitaciones de la casa, los

baños de los bares y las camas de los moteles.

Tampoco es necesario contar aquí la reacción de la esposa al enterarse de la infidelidad. Ya todos conocemos algún caso y si no es así, podemos imaginar cómo sería. La violencia estuvo presente. Eso denlo por hecho, queridos lectores. Primero de forma escandalosa, en la primera noche, luego en el mutismo más inquebrantable, después a través de los insultos, los reclamos, el sarcasmo y por fin, materializado en el pedido. Este fue concreto, claro y consistente. Quiero que la mates, dijo ella. El hombre se quedó masticando las palabras, trabajando la idea, tratando de visualizar la escena. Por fin contestó: estás loca. Ella lo miró lo suficiente para que él supiera que aquello era una decisión tomada y que él no tenía otra opción que acatar la orden como forma de redimir sus excesos. Pero matar es algo serio, sobre todo para aquel que nunca lo ha hecho. Y además significaba eliminar a la otra parte, a la cuñada-amante, a la segunda destinataria de sus sentimientos. No se trataba de un desconocido, mucho menos de un enemigo. Era un asunto serio, no cabía dudas.

Pero la esposa ya tenía todo resuelto. El plan había sido ideado en años de pura rivalidad, en noches de profundo deseo de aniquilación, en litros y litros de hiel corriendo por sus venas. Tenía todo calculado, diagramado en hojas blancas, en listas con los útiles necesarios para el homicidio y la posterior desaparición del cuerpo. Él solo tenía que acatar las dirigencias.

Una noche la invitaron a dormir a su casa con el pretexto de que él estaría afuera y la esposa temía dormir sola. Él llegaría de madrugada, en profundo silencio, se metería al dormitorio y la asesinaría, primero asfixiándola con la almohada y luego degollándola para que no quedaran rastros de vida en aquel cuerpo. Eso era lo acordado.

La noche llegó y él se fue hasta un bar cercano para juntar valor en cada trago que se llevaba a la boca. Cuan-

do ya estuvo lo bastante húmedo de coraje, caminó hasta la casa, subió las escaleras, entró al cuarto y se detuvo frente a la mujer. Era triste tener que deshacerse de tanta belleza. Las lágrimas mojaban la almohada que ya estaba pronta en sus manos, pero el momento era ese. El ahora. Hundió el cojín en el rostro perfecto y cuando los brazos comenzaron a moverse nerviosos, sacó el cuchillo y comenzó a clavarlo en el abdomen blando, en el pecho, en las piernas, una y otra y otra vez hasta que todo quedó quieto y cubierto de sangre.

Estaba cansado. El pecho le latía con fuerza. Tenía el rostro y el cuello empapados en sudor. Tomó la sábana y cubrió el cadáver. No quería verlo más. Salió con dificultad del dormitorio, luchando con las piernas y la conciencia y caminó hasta el cuarto donde lo esperaba su mujer. Entró y profirió un alarido. Estaba vacío y en orden. La esposa no estaba allí. Corrió hacia la otra habitación pero se detuvo ante el bulto blanco. Destapó con cuidado. Tampoco en aquella cama había mujer alguna. La cabeza le ardía en puntadas agudas, le faltaba el aire. Salió de la habitación. Las ideas se mezclaban confusas en su mente. De pronto, todo se volvía un recuerdo nebuloso, una alucinación espeluznante. Necesitaba encontrar un registro, una nota, una fotografía, algo que le aseverara que todo era palpable, tangible. Recorrió la casa de punta a punta, abrió puertas y placares, subió y bajó escaleras, miró todas las paredes, pero no halló nada. Solo el sabor amargo del crimen que repetiría en su cabeza una y otra vez, cada noche.

## Pink Froud

### MARIANO CONTRERA (BUENOS AIRES)

El Dr. Zamudio estaba contando otra de sus inverosímiles historias en el bar, cuando me acerqué a la mesa. Me saludaron los parroquianos, para luego continuar con el relato. Afortunadamente recién había comenzado, por lo cual podía llegar a tomar el hilo de la anécdota. Aparentemente se trataba sobre un extraño caso que había tenido, con un joven paciente, de unos seis años de edad. Me llamó la atención, e incluso me pareció poco creíble que atendiera niños en su consultorio, dado que es psiquiatra sin ningún tipo de especialización en esa área, pero decidí darle el beneficio de la duda y seguir creyéndole.

Sería allá por el año 84, 85 más o menos. Puedo calcular la época por que andaba en el Peugeot 504, y lo compré cerca de ese año. Cero kilómetro, *full*, asientos de cuero... un maquinón. Verde oliva era el color, con caja de quinta. Una breve pausa, y la mirada del relator se perdió por un instante en la vidriera, tal vez rememorando el auto que tanto añoraba, o tal vez mirando algún culo que pasara por afuera.

Bueno, volviendo al tema. Aún puedo ver en mi memoria la desesperación de sus ojos. Esos padres primerizos al borde de las lágrimas, rogándome que los ayudara, y que ayudara a su hijo. Me comentaron que el pobre niño sufría algún tipo de autismo, no de los más graves

pero tampoco de los más leves. En ese entonces, este desorden no estaba completamente estudiado y había pocas certezas sobre los tratamientos a seguir. No se sabía mucho del tema. La señora estaba bastante buena, rubia con rulos, tez bastante clara y un buen cuerpo. El tipo por otra parte tenía una reverenda cara de pelotudo a pedal. Muy buenas personas los dos. Concertamos otra cita, pero en la siguiente debían concurrir con Tomasito, el nene en cuestión.

Alcides se llamaba, lo averigüé luego de un tiempo. En ese entonces solo se lo llamaba como *El doctor*. Cerca de los 60, el tipo ya estaba retirado de todo consultorio psicológico y psiquiátrico. Solía darle recreo al secreto profesional dentro de la confianza del bar, y comentar locuras y chusmerías de los vecinos. Ya estaba jubilado por lo que todo le chupaba un huevo. Éramos cuatro aparte de él en la mesa. *El flaco* Ramírez, *el Tero*, Lucho y yo, todos expectantes del relato.

A la próxima aparecieron con el pendejo.

Hablé un par de pavadadas con los padres y los saqué afuera. Estando solo con el pibe nos sentamos en el piso a jugar con unos autitos que llevé para la ocasión. Parecía bastante normal en la manera de jugar, solo que no me registraba para nada. Le hablaba y nada, no respondía ni con un gesto siquiera. Si apenas le tocaba el brazo o lo rozaba en lo más mínimo se ponía inquieto, pero tampoco se desesperaba. Directamente me ignoraba. Transcurrieron así varias sesiones, tal vez siete u ocho meses. Había poco avance pero es normal. Encima yo iba como a la deriva, ya que jamás había tenido un caso similar.

Tomó un sorbo de café del diminuto pocillo. Noté que el tamaño de los mismos disminuía cada dos o tres años. No solo en el bar de Manuel, sino en todos los lugares en general. Es una vergüenza pagar quince mangos por un dedal de café, pensé. El doctor y licenciado lo pedía regularmente con una medida de JB, luego de hacer una especie de fondo blanco con el café ya frío, hacía durar el whisky una media hora aproximadamente. Siempre de impecable saco marrón a cuadritos, y camisa desprendida debajo. Acostumbraba vestir formal, conservando una impronta y una presencia impecable, solo que un poco pasado de moda, pero entendible considerando que ya estaba entrando en los 60 años de edad.

Empezaron temprano los caloritos ese año, por lo que sugerí a los padres que se tomaran un fin de semana en la costa o en algún lugar descampado, como para que se relajaran un poco y a la vez el niño tuviera algo de esparcimiento. Estábamos teniendo sesiones dos o tres veces por semana, la mayoría de ellas *ad honorem*, estaba intrigado y a la vez emperrado en buscar una solución o una ayuda, ya se había vuelto un desafío personal; pero todos necesitábamos un descanso. Yo me quedé en mi casa con la que en esa época era mi señora, ellos aprovecharon mucho más el receso, fueron a Aguas Verdes, un lugar en la costa de lo más tranquilo y decadente.

Hizo una pausa para prender un cigarrillo. Pidió fuego a uno de los oyentes, aspiró profundamente mientras una espesa y lechosa nube envolvió su rostro arrugado. Los bigotes canosos pero amarillentos por la nicotina revelaban su adicción. Aclaró su garganta y la aceitó con algo más de whisky. Sostenía el cigarrillo, de una forma particular, entre el dedo mayor y el anular, éste elemento en su mano izquierda era el complemento ideal para darle más énfasis y seriedad a los aparatosos gestos que acompañaban su relato. Continuó:

Al regresar de su viaje, inmediatamente me llamaron a mi casa, en esa época no existía el celular, con una emoción desmedida y luego de un par de intentos por hacerse entender a pesar de los llantos, me contaron sobre su excursión. La emoción les impedía expresarse bien. Luego de unos minutos lograron calmarse, y los jóvenes padres narraron detalladamente su travesía. Era domingo a la noche, y a pesar de que me había clavado un vinito con la

cena, hice un esfuerzo por seguir el hilo de la noticia que me contaban. El viaje había sido normal, el niño en el asiento de atrás, con la vista perdida en la ventanilla, sin hablar una sola palabra ni expresarse de ninguna manera, ni un grito ni un quejido siquiera. Durmió solamente una hora en el interminable viaje de cinco horas en el Fiat 128 turquesa. Al llegar al pueblo, se dirigieron directamente a la playa. Ante la desesperación de la joven pareja, ni bien se detuvieron el niño abrió la puerta y salió corriendo delirante de felicidad. Según ellos el nene había jugado durante horas e incluso había interactuado con sus progenitores de una manera demasiado afectiva para él, llegando incluso al grado de abrazarlos. No era que yo desconfiara de la buena fe de ellos, pero quería comprobarlo yo mismo, quizá sus grandes deseos de ver una mejoría los habían engañado y los hacían ver cosas inexistentes o no tan trascendentales. Les dije que lo tomaran con calma, que a pesar de haber experimentado ese supuesto cambio drástico el niño estaba lejos de una cura completa y definitiva, pero que todo avance era positivo. Yo quería verlo con mis propios ojos, por lo que pactamos un viaje a la costa todos juntos.

Alcides dio la última pitada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero con enérgicos movimientos. (Me cuesta llamarlo por su nombre de pila, Dr. Zamudio conlleva otra investidura). Casi ni lo fumó, de hecho lo prendió al pedo, pero hay ciertos fumadores que disfrutan el solo hecho de sostenerlo en sus dedos, por costumbre; se sienten como desnudos, o no saben qué hacer con las manos si no sostienen a su incondicional amigo en brasas. Se rascó el bigote, y se pasó la mano por sobre el canoso y engominado pelo. Lo tenía extremadamente blanco, y el gel berreta que usaba (o tal vez las grandes cantidades del mismo) le producía una desagradable y cuantiosa caspa, parte de la cual cayó como copos de nieve sobre los hombros del ruinoso saco a cuadros, estilo príncipe de Gales.

Tuve una sesión con el niño antes de la excursión costera, sinceramente no noté mejoría alguna, ni se dio cuenta que estaba conmigo, pero ante la insistencia de la pareja acepté viajar. Fuimos en mi auto, salimos bien temprano la mañana del sábado para llegar a la tarde y aprovechar el día en la playa. A eso del mediodía estábamos allá. Dejamos las cosas en el departamento que habían alquilado y fuimos directo a la orilla del mar. La reacción de Tomasito fue tal cual me habían dicho ellos. Juro por Dios que no lo podía creer. Agitaba la mano enérgicamente, sosteniendo el vaso de whisky en su mano derecha, con los tintineantes trozos de hielo sin que una sola gota se derramara ¡El pendejo salió corriendo como gato quemado, se metió en el agua y no salió como por cinco horas! No lo podía entender. El domingo arrancamos el día de playa desde temprano. Le compré un barrenador de telgopor al niño para que juegue con las olas, y de paso usarlo como excusa para poder meterme a jugar con él en ese extrañamente calmo mar. Paramos solo para almorzar y merendar, luego estuvimos horas y horas en el agua. Ya cerca del amanecer, el sol caía y la marea crecía. Quedamos exhaustos los dos y nos sentamos en la arena húmeda observando el paisaje. Los dos ahí tendidos, frente a la inmensidad del mar y el hipnótico sonido de las olas, era el momento perfecto para retomar la terapia. Sin quitar los ojos del horizonte le pregunté si realmente sabía lo que le pasaba. No esperaba respuesta alguna en realidad, por lo que la sorpresa fue mayor al oírlo. Giro lentamente la cabeza para poder mirarme. Con la voz más suave y tranquila imaginable, pero a la vez

con la precisión de un hombre adulto y sabio me dijo algo más o menos así: «Mire doctor, yo sé que ustedes creen que soy autista, y tal vez lo sea en alguna medida. También sé que tengo una inteligencia superior a lo que corresponde a mi edad, pero yo estoy bien, no se preocupen por mí.»

Me quedé paralizado, fue una mezcla de temor, de sorpresa y hasta de vergüenza. No sé, pero fue de lo más sorprendente que me haya pasado. Pasaron unos segundos o tal vez algunos minutos no lo recuerdo, permanecí mudo, no sabía qué contestarle a esa persona adulta dentro del niño. «Escuchame nene, ¿por qué entonces no te comportás como todo chico? ¿O por que tenés problemas para relacionarte si sos tan inteligente? ¿Qué tiene el mar que te deja liberarte? El pibe la tenía re clara. ¿Sabés lo que me contestó? Me dijo algo así: «Es que a mí no me interesa relacionarme con nadie, entiende. Que el ser humano es un ser social y que no puede vivir aislado de la sociedad es mentira, es un invento de la modernidad que intenta bombardear nuestra vida a través de los medios de comunicación. Yo disfruto estando aquí, siento que Aguas Verdes es mi lugar en el mundo, ¿entonces por qué debo mantener una vida en la cual soy infeliz? No me interesa nada más que el mar, porque solo aquí soy yo, soy libre.»

No sabía qué decirle al pendejo. ¿Que cuando uno llega a la adultez debe vivir sometido a una vida socialmente aceptable y preestablecida, aunque no es la que uno quiera? ¿Que es de gente seria y grande trabajar todo el día como esclavo, vivir en un lugar contaminado de mierda y encima no disfrutar ni un segundo de paz? Era muy cruel decirle que la felicidad era un cuento de niños, que en realidad no existe, que solo pasa en las películas. Alcides Zamudio estaba al borde de la silla, apoyando los codos en la mesa. A pesar de haber contado varias veces la anécdota todavía se posesionaba y tensaba al punto de emocionarse de la forma más pro-

funda.

Ante el silencio atónito que el doctor dijo mantener frente a las declaraciones del niño, éste reafirmó su postulado:

¿Acaso usted no tenía sueños en su infancia? ¿O un lugar en el que simplemente fuera feliz sin la necesidad de nada ni de nadie más? Tal vez un rincón de la plaza, una calesita, o simplemente la cima de un árbol al cual trepaba. No creo que sea necesario abandonarlos.

“Pobre niño tonto» pensó el psicólogo, no sabe lo que le espera en la vida, cuantas desilusiones tendrá por delante.

Hice un pacto con el infante para que tratara de ser más sociable, en especial con su familia, a cambio yo debía convencer a sus padres de mudarse a Aguas Verdes. Nunca lo volví a ver al pibe, ya debe ser todo un hombre. Yo por mi parte tomé parte de la enseñanza del pibe sobre no abandonar los sueños de niño, y aprendí a tocar la guitarra. Junto con otros dos médicos del pabellón psiquiátrico del hospital formamos una banda de rock, «Pink Freud».

Se recostó en la silla al terminar la oración, mirando hacia el ventilador de techo del bar. Parecía estar aliviado de sacarse la anécdota de encima. Prendió un segundo cigarrillo, pero esta vez con una expresión de placer como si hubiera finalizado de hacer el amor.

Reinó el silencio en la mesa, y por un par de segundos todos pensamos y recordamos esos deseos de temprana edad, esos anhelos más básicos y esenciales, esos sueños inconclusos de la niñez; pero hubo un gol de Chacarita en el televisor que nos hizo volver a la horrenda realidad.

## Rumiantos

ROSARIO FERRARI

---

**Rosario Ferrari** (Montevideo, 1979). Profesora de Literatura. Estudiante de Comunicación Social en la Universidad del Trabajo. Colaboradora honoraria en Culturactiva. Publicó junto a Diego Licio, Ricardo Klein y Jimena Márquez un conjunto de cuentos titulado Por ejemplo, editado por Talleres de Don Bosco (2006). Formada en la técnica del clown junto a Andrea Martínez y Luis Regalía, participó de diversas variedades con su espectáculo Trío ChChCh. Fundadora e integrante de la murga de mujeres Cero bola, desde el año 2007.

---

Un tiempo atrás me tocó ayudar a mi primo -como tantas otras veces -a hacer algunas mudanzas.-»Van a ser pocas»-me dijo, aunque estuvimos todo el día de arriba para abajo: cinco apartamentos y dos casas. Heladeras, cocinas, lavarropas, bibliotecas, mesas, sillones, e infinitas cajas que ostentaban la palabra *frágil* en su exterior. Quedé exhausto. Cuando estábamos haciendo el último chequeo, nos encontramos en la caja de la camioneta

con un cuaderno de tapa violeta. No supimos a cuál de los siete clientes correspondía. La mayoría de las veces nos encargamos de transportar los objetos, pero no profundizamos más que en eso; no investigamos a qué se dedica la persona, por qué razones se muda, con quién, por qué abandona ese hogar, por qué se va a otro barrio

Y, así como la curiosidad mató al gato, a nosotros se nos dio por abrirlo y ver de qué se trataba. Transcribo a continuación con lo que nos topamos dentro. Los invito a que sean lectores- como lo fuimos nosotros- de unos testimonios un poco extraños, pero bastante humanos, por cierto.



*Queriendo ganarle al destino  
con una camisa tropical que  
ocultara tu nombre  
o ganarle a la marea de mierda  
la última ola que te aleje  
de esta ciudad de este cáncer...*  
«Coco» Domínguez

Quién iba imaginarlo así, más acabado que Brian Wilson a fines de los 60', barbudo, pelucón, uñas de mandarín, pero sin aquella capacidad o «guita» para mantener una bata blanca, como aquél en su cuarto-castillo.

La cadencia suave, sin prisa o afán innecesario, fue siempre su marca. Como Premier, uno tras otro

— ¡Por fin, carajo!, un cigarro de hombres.

A pesar que ya estaba el Inca.

— No; esa huevada es para cholos.

Y la chiquillada expectante, aunque pocos se atrevían a imitar sus gustos

— Cooff, cooff...

Qué fuertes son miles de cosas, que en realidad no lo son tanto, cuando se tiene 16 años.

Fumando Premier en el malecón, ocultos, verdes, soportando presión baja: sudor frío, manos heladas.

— ¡Pedro, Pedro!

Sorpresa multiplicada por redoblados Cooff, cooff...

— Puta madre, te llaman.

Sebastián cabeza fuera, mejor sistema ni los suricatos

— ¿Y, quién es? —intrigado Pedro.

— ¡Tu hermana!, ¿cómo supo que estábamos aquí?

— Ya ya, voy a ver, qué cosa quiere...

Se alejaron un poco más, y conversaron y mamá te está buscando desde hace rato ¿Qué hay? Parece que ha peleado con papá y Sebastián observando, aunque discreto..., el «Pollo» sigue tratando encontrarle gusto a los Premier, ajeno a todo: *al pincho*. Dos sombras casi azules, a esta hora natural para que lo sean, recortadas contra el mar inmenso, era lo que Sebastián lograba ver pues el viento no le traía nada. La conocía desde que nació 1 año después de Pedro, la hermanita menor, infaltable cuadro, enseñándole a jugar trompo, bolitas, algo de fútbol.

— Sandra al arco.

— No —ella quejándose en adorables escenas, rodillas nunca intactas, arañones en codos también y esos grandes ojos marrones observado desde abajo, desde la mugrosa y tan blanca cara, o al menos así Sebastián la recordaba—. Arco o mantequilla amenazaba Pedro, Sebastián quería intervenir pero no, imposible quedar mal ante los amigos, Sandra apretaba los puños, brazos junto al cuerpo dirigiéndose hacia el arco de

---

**Francisco Adriano León Carrasco (1975).** Escritor, poeta, editor, historiador, presidente de la asociación cultural Red Artística Sudamericana, director de la revista literaria *La City* (La Muerte del Silencio Expreso), promotor cultural. Presidente de la Casa del Poeta Peruano filial Salamanca de Monterrico. Publicó la novela corta *Resplandor Púrpura* (Lima, 2004). El año 2005 obtuvo mención honrosa a nivel nacional en el concurso de Poesía Iberoamericano, Cuento y Dramaturgia 500VL, organizado por el Boulevard de la Cultura de Quilca y la Municipalidad de Lima. Aparece su primer poemario titulado *Ad Gloriam* (2006, Arteidea editores). Publica además con su propio sello editorial (grupo editorial RAS) el trabajo de investigación: «La historia de Salamanca de Monterrico tomo I» (2006), «La historia de Salamanca de Monterrico tomo II» (2008). Obtiene segunda mención honrosa en el concurso mundial de poesía erótica *Bendito sea tu Cuerpo* (2008). Aparece en el compilatorio del mismo nombre. Aparece su plaquette *Sandra*, con Maribelina editores (2009). Publica su poemario temático *Summer Screams* (2009, Hipocampo editores). El 2011 cursa estudios literarios en la UBA (Universidad de Buenos Aires). El 2012 presenta *La historia de Salamanca de Monterrico tomo III editado por el Municipio*. Edita el compilatorio de nueva poesía ecuatoriana *¡Y quién dijo silencio!* de Cristian López. Publica *Historia de Sangallaya* (2012). Este año (2013) publica con Altazor editores su segunda novela *Tigres de Papel* y con la Universidad Alas Peruanas el libro de investigación *Vitarte Semilla del Aprismo*.

---

pedras, la negra pista ahogará hasta ese mañana sus voces, risa, tarde fresca que nunca lo cogerá en un ahora y Sebastián intuyéndolo solamente; aún es muy joven para nostalgias tan abstractas: pista, voces, risa, tarde fresca.

— *Si me viera* —piensa, agrandándose en el humo, con el humo, sintiendo lo que cree debería sentir «Carlitos» Risualdi, en situación parecida. Decide acercarse, pero ella se aleja rápido. Pedro regresa.

— ¿Qué fue? —pegándola de indiferente.

— Nada.

— Umm... —el «Pollo» saca otro Premier.

La familia Risualdi había llegado de La Punta

—...la última casa que teníamos por venderse...

una generación antes que esta, floreciendo entre oídas, para que Risualdi ejerciese su dominio, anclado sin querer en una clase media, insuficiente, y lo sabía, para atraparlos. Pero aun así, desde aquellos duros y estratégicos torreones mentales, llamados bodegas por algunos, que vigilan la entrada a todos los barrios, empezó a sembrarse su leyenda para que futuros acólitos recojan esa cosecha, infestada de y excéntricos seres, dejados allí, pues eran accesorios de este muy pero muy necesario mal.

—...sí, huevón, incluso estuvo por casarse con unaembra que conoció en el Regatas...

— ¿ésa que estuvo con Carlos Dogny?...

— Claro, un poco mayor que él pero todavía buenaza.

— se la quitó a ese cojudo, «teléfonos malogrados»

hasta llegar a un rotundo y bigeneracional «Rival» de Carlos Dogny, ya sin saber quién era, salvo en círculos selectos—, y socio del Waikiki.

—... cómo no. Si es surfista.

La long board, tirada en la azotea, una Hawaiana original, iba a dejarla allí, pero su viejo intervino.

— Llévala —con una nostalgia que él no compartía, menos el excusante— nos pueden dar algo... y bueno a cargarla.

A pesar de ser buen nadador, Risualdi nunca tuvo interés en ese «deporte».

— Mariconadas.

Pero el ascendiente que le otorgó sobre todos lo descubrió desde el primer instante, cuando:

—...mira

— ¿Parece una tabla?, curiosos y curiosas

— Dicen que se paran en el mar c...

— riiinggg, riinnggg...

—..., sí; ahí encima del jeep...

—...ahorita te digo... estacionado afuera...

— ¿Y él?

— No sé, adentro debe estar...

—...crees que vaya a correr?...

Allí están, como flores pegadas en anda de pueblo, ropa de baño dentro, otras no tan atrevidas llevan un bolso, «casualmente playero» para esa «ocasión», a pesar que la temporada oficialmente no ha sido abierta.

Salió disparado en el jeep, dejando tras de sí una odiseaca aventura de excusas, total y plenamente satisfactorias, pues ellas así lo querían, para no sentirse tan defraudadas.

Volver a su antiguo barrio nada le significaba ya. Su partida no fue la mejor posible, menos para una familia *fundadora*, sin embargo era Él, y volvía.

— Huevadas...

Pero cada vez, el recibimiento más frío, los satélites de antaño estaban empezando a generar sistemas propios, sus viejos sí habían logrado mantener los negocios, no eran tan cojudos o desafortunados y eso pesaba sobre el «gusto» de las hembras, y él iba notándolo en el deterioro irreversible del jeep frente al color-nuevos-aros-cromados que brillaba donde fuera. Hasta que no volvió más, y prefirió reinar en un contraste claro, marcado. Verano a verano con la long board apoyada cual grímpola en una pared de la esquina. El actual ya sin vergüenza, sentado sobre una caja de cervezas, fumando un Premier tras otro.

Rebeca frente a la ventana, desnuda, culo hermoso/rosado, espalda de rutinas, puso el disco aquel, excelente grupo inglés que «Pipo», su primo, le trajo de allá. En la cama Risualdi dormido. Se habían amado como animales, *Nights in white satin*, el acto de vestirse, mirándolo; cogió las llaves del auto, hora de irse, aguja de diamante nuevamente en el surco inicial. Risualdi despertó, la música dejaba un rastro ahora inexistente.

— Puta madre —sentado en la cama, nada que hacer: era su última oportunidad, y se queda dormido satisfecho, egoísta en el orgullo de su feroz performance; y... la panza cervecera, para traerlo a suelo definitivamente. Antes ni la hubiera imaginado, tan pronunciada.

— ¿Se habrá dado cuenta?... claro... pshh. Claro; ella no era cojuda, a lo mejor sólo quiso recordar algo.

Sentirla hasta el fondo, probar cómo era lo que de joven no pudo tener, y ahora con creces pagaba. Risualdi pensó que incluso su ropa olía a clase media, como si

fuera un crimen. Lo encontramos bajando a recepción, reconstituyéndose en cada peldaño, hasta lograr algo similar al aplomo, pulido tiempo atrás. Sin dinero y:

— ¿Cuánto es?

— La señorita Rebeca canceló todo, señor, dijo que usted... —y bla, bla, bla, haciendo hincapié en De parte suya. Absuelto, él.

— Hasta luego —se acomodó los lentes, salió, maldiciéndose interiormente.

A punto de tomar un avión, ella seguía recordando *Nights in white satin* y después de todo — no era tan buen amante.

Debió hacerle caso a sus amigas, —..., imagínate, se ha vuelto corriente... —pero tenía que comprobarlo; lejos tanto tiempo y..., cuando se fue, él aún era húmedo sueño de todas

Risualdi manejando su jeep pensaba en los planes recién gestados, luego de encontrarse sin querer, eso creía, ella hace mucho había averiguado dónde vivía.

— heredera, única hija mujer...

Molesto buscó sus cigarros, sacó uno, quería destruirse, curva rápida, se lo puso en la boca, frenada de película y la vio, pálida, aterrada como un animal salvaje, iba a putearla, pero realmente la «vio» y el cigarro aún estaba en su boca

— Huumm

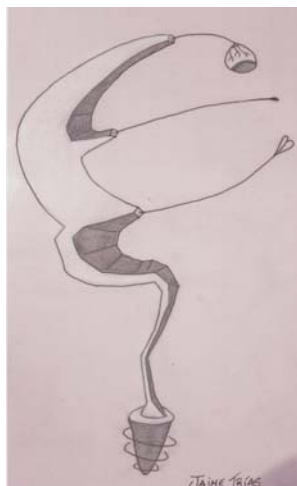
Ella muda a unos cm del jeep, paralizada, bajó, la tomó del brazo y luego lo recordaría todo *¿estás bien? Disculpa un ¿te llevo?... ella por fin noo... no, eh, gra gracias ¿tú eres la hermanita deee? ¿Pedro? ¿No?, un sí pequeñito claro confiado ya, te llevo nuevamente, galante, peligroso no x sí y él chau ten cuidado y gracias definitivos poniéndose sin darse cuenta demasiado roja. En el fondo a Risualdi le llegaba al pincho; no pasaba de un:*

— Cómo crecen estas chiquillas

Punto, a seguir su jodida existencia que ni 20mil tablas de surf podrían mantener a flote, casi todo se vendió, amenazando hasta las *pocas huevadas que aún quedan, el jeep, la vajilla importada, el carro de mi viejo, los trapos puta madre..., a la vieja está por darle un ataque;* no hay adónde ir, las esquinas hoy más que nunca le son tan poco, pues sabe quién es el paria, el desclasado, y entre orines de perro, conversaciones desiderativas y nunca realizadas, explosiones matonescas, sólo aquí puede reinar, pero le es tan poco

— *La última oportunidad y la cagas, te quedas dormido, ¿ahora?*

No recuerda habérselo preguntado antes. En la esquina, el point, esa gavilla de mocosos tratando de imitarle, algunos incluso el gusto por los Premier. Los contempló un instante y siguió raudo. Frente al malecón, cuadró el jeep, prendió la radio, *Surfing U.S.A.*, comenzada: *We'll all be gone for the summer We're on surfari to stay Tell the teacher we're surfin' Surfin' U. S. A. Haggerties and*



*Swamies Pacific Palisades San Onofre and Sunset Redondo Beach L. A. All over La Jolla At Wa'imea Bay. Everybody's gone surfin' Surfin' U.S. A.* mano a la cabeza, sacó un premier, solo, mirando el mar. Ajeno éste a todo en su imperceptible cambio planetario, año tras año, verano sobre verano y ¿qué será de ellos? Risualdi sentado en su jeep hasta que llegue el sunset, todavía "ganador", surfista, rey entre los misios, ¿quién iba imaginarlo, no?, más

acabado que Brian Wilson a fines de los 60', barbudo, pelucón, uñas de mandarán, pero sin aquella capacidad o «guita» para mantener una bata blan..., Sebastián dominando los Premier, el próximo año estará en marihuana, y tomará el lugar inexistente que cree le corresponde, el «Pollo», Pedro siguiendo «sus» vidas iguales a tantas, como Rebeca cambiando de aviones, como Sandra entregada a algún patán que la llene por un tiempo, un tiempo que corre y nos deja. Entre las escasas palmeras...

*Everybody's gone surfin' Surfin' U.S. A. Everybody's gone surfin' Surfin' U.S.A.*

## El mejor Amigo de un Hombre

CRISTINA OCCHIPINTI

El Pocho descansaba en el mismo lugar de siempre como parte del paisaje del barrio. Seguía en pie, cubierto con su lona verde original. Algún gracioso le había colocado un cono en el capó. Pero no estaba en venta: con óxido en la carrocería y las ruedas desinfladas, esperaba a Amílcar.

Amílcar lo compró en el '78, cuando dejó su trabajo de cartero por culpa de unos callos plantales que le dificultaban caminar. Quiso que tuviera un nombre, y le puso Pocho.

Los dos cargaban con una punta de años. Y a los dos les faltaba un poco de pintura. Amílcar no quiso saber qué modelo era, le daba lo mismo. Con una cabina chica y un chasis corto, le alcanzaba para vender frutas y verduras en la feria de la isla Maciel.

Desde el primer momento fueron el uno para el otro. Al Pocho, Amílcar lo tenía muy austero. Nada de chirimbolos colgados ni luces de colores. Su amor quedó marcado a fuego cuando lo llevó hasta Lanús a lo del gran Martiniano Arce. Y un filete bordó la trompa de lado a lado. En el medio, el Pocho. A los costados: la bandera del Ciclón, y rodeándolo todo, la de Argentina. No quiso *Gracias a la vieja* ni frases similares. Era parco y presentía que el Pocho también. Tampoco la cara del Zorzal, no le gustaba el tango.

Por primera vez Amílcar le habló:

—Nunca supe por qué el tango no me llega —dijo titubeando y con un poco de vergüenza—. Y eso que me crié en las orillas de la ciudad. Debe ser que ya cargo con suficiente melancolía.

A Amílcar le decían el Gallego. Era raro el Gallego. Si hasta tenía un nombre italiano. Había nacido acá mismo, en la Boca, y ni siquiera era bostero.

Se levantaba a las cuatro de la mañana. Antes de lavarse y peinarse, salía a la puerta, se sentaba en el lugar del acompañante y se tomaba unos amargos, mientras le contaba al Pocho las novedades. Al descuido le pasaba una frañela al volante, que siempre relucía, entraba a cambiarse y después rumbeaban para la feria.

Una o dos veces por semana iban primero al Mercado Central a comprar las frutas y verduras. A veces el Pocho se negaba a arrancar.

---

**Cristina Occhipinti** (Buenos Aires, 1950). *Escribe en forma pública desde el año 2009, concurrendi ese año y el siguiente al taller de escritura creativa del escritor y docente Sebastián Barrasa. En mayo del 2010, su relato Melina enamorada del mundo obtuvo el tercer premio en el concurso Relatos de Inmigrantes organizado por Metrovías e integra la antología de 30 autores premiados, editada por Subte Vive/2010 Programa Cultural. En el año 2011, varios textos de s autoría fueron seleccionados por el grupo Cruzagramas para integrar una antología de microrelatos denominada Coma, Micros para viajar donde quieras/3, Editorial Artilugios. En junio del 2011 fue seleccionada para integrar con el texto Villa Crespo, mi barrio un libro de cuentos de todos los barrios porteños. Y el 24 de octubre del 2012 su cuento Un buzón a la hora de la siesta fue seleccionado con el tercer premio en el concurso Escenas de la infancia organizado por la Reunión de Escritores Independientes de la ciudad de Avellaneda y el Instituto de Letras de dicha ciudad. En abril de 2013 fue seleccionado su cuento Una caja mágica allá por los 60's en el concurso Prendí la radio y se encendió el aire de la radio de la Universidad Nacional del Comahue, que será editado en un libro al cumplirse 25 años de la creación de la radio. En el mismo mes su texto Arrepentimientos obtuvo una mención de honor en el Concurso Literario del Primer Congreso Ecológico Internacional realizado en la ciudad de Pehuajó. Actualmente concurre al taller literario que coordina la poeta y escritora Susana Murguía. Y participa en el grupo literario Buenas Noticias, con el cual estarán editando un libro de cuentos que será publicado en el mes de julio de 2013.*

---

Amílcar entendía, y bajaba lo que había comprado de más. Cuando llegaban a la feria, levantaba la lona verde y exponía los cajones con la mercadería. A las cinco de la tarde estaban de vuelta. El Pocho deslumbraba en la vereda, mientras Amílcar comía y arreglaba la casa. Siempre había vivido sobre la calle Olavarría, en la casa que había sido de sus padres.

Al poco tiempo de haber encontrado al Pocho, su único hermano —al que veía poco y nada—, mató a la mujer y se suicidó. Había sido un tipo difícil, un jodido, enfermo de envidia y de celos. Se casó bastante mayor, y tenía un hijo. Amílcar no tuvo más remedio que llevarse a su sobrino a vivir con él, a pesar de no haberlo visto en su vida.

Juancito era un chico de pocas luces, callado. Amílcar



no lograba entenderlo. Pero al volver de la feria, aunque estuviese muy cansado, se ocupaba de revisarle el cuaderno para ver si había hecho las tareas de la escuela, darle de comer y obligarlo a bañarse. Cuando no iba al colegio se lo llevaba con él. Algunos fines de semana jugaban al fútbol en el campito de la esquina. Lo único en que Juancito se destacaba.

Fue duro criarlo, hacer de padre. Él, que ni mujer tenía, se las fue arreglando. Nunca se casó. No quiso, no pudo. Primero tuvo que cuidar a sus padres, viejos y enfermos, después a su sobrino. Y ahora ya estaba mayor.

En sus conversaciones con el Pocho, le contaba que el Riachuelo era un arruinador de vidas. Con la mugre moviéndose lentamente en la superficie, y acumulándose en las orillas.

En el Doque había visto demasiado. Todavía recordaba a aquel bebé jugando con una rata muerta. Y al gracioso que tiró un perro al agua para ver cómo nadaba entre la roña y nunca apareció en la superficie. Tantas mujeres niñas con niños en sus brazos, tantas mujeres prostituidas.

Fueron algunas de esas mujeres las que lo ayudaron cuando no tenía dónde dejar a Juancito. Todas eran sus clientas en la feria, y él siempre les guardaba en la bolsa alguna fruta de más.

—Estas minas son unas lobas con los chicos —le decía al Pocho—. Solas con hijos a cuestras, algunas bastante entradas en años, sin ningún conocimiento, ¿dónde van a conseguir trabajo? Muchas son esclavas del fiolo de turno. No es un buen mundo este para las mujeres —se lamentaba, y luego se quedaba con la vista fija en algún punto.

Con Juancito cada vez se le hacía más difícil. Muy pocas veces lo ayudaba a lavar al Pocho, y menos con los quehaceres de la casa. Por suerte, cuando cumplió quince años pudo hacerlo entrar en San Telmo para jugar al fútbol. Ahora entrenaría formalmente en un club. Saldría de las calles y de la mala junta.

Ya había repetido dos años de la secundaria. Y varias veces lo encontró, en horario escolar, tirado en la vereda fumando y tomando cerveza.

La última vez que lo enfrentó se dio cuenta de que estaba drogado. Nunca creyó que llegaría a eso. Recordó a aquella mujer que le dio un cachetazo al Juancito cuando andaba por los diez años, porque le había dicho al hijo que ella era una puta barata y que él en su casa tenía una puerta de verdad y no tiras colgando. Amílcar lo obligó a pedir perdón, pero el cachetazo le dolió como si le hubieran pegado a él. Le dolió tanto como lo que la mujer le dijo:

—Usted debería enseñarle a respetar a los demás. A ese chico el ejemplo no le sirve. Tiene mala entraña.

A partir de ahí, él intentó, con sus escasas palabras, contarle sobre la vida dura de la gente del Doque. Que esas mujeres no tenían otra salida y que había que respetarlas.

No dio resultado. Pensó que quizás había llegado el momento de encajarle al Juan unos buenos cachetazos, pero recordó a su hermano pegándole a la madre, y se contuvo. Le dijo que, ya que no estudiaba, iría a hacer el reparto con él.

Juan se encogió de hombros:

—Lo único que me falta es oler el agua podrida del Riachuelo. ¿Qué querés? ¿Convertirme en un pobre verdulero que le regala mercadería a toda puta que se le cruza? ¿Cuidar un camión destartado que no sirve para nada?

—Este pobre verdulero es quien te alimenta, te viste y te manda a la escuela para que estudies y no seas un «pobre verdulero». Las «putas», como decís vos, más de una vez te dieron de comer. Y te respetaron... pero vos no sabés de respeto. Solo te interesa estar tirado sin hacer

nada. Hay que estudiar y trabajar para ser alguien —le gritó Amílcar con un nudo en la garganta y a punto de explotar.

—Vos no sos mi viejo, y a mí nadie me va a decir lo que tengo que hacer. Yo voy a ser alguien cuando me vaya de esta casa.

—Mientras estés acá, vas a laburar. Este es tu último día de vago. Preparate para levantarte mañana a las cuatro a hacer el reparto conmigo —dijo tajante Amílcar y salió dando un portazo.

El Pocho, como siempre, lo esperaba en la vereda. Ese día se negó varias veces a arrancar. Lo veía a Amílcar con la espalda encorvada, apesadumbrado.

Cuando consiguió hacerlo arrancar, manejó un rato en silencio. Cada tanto se miraba los surcos de las manos y el plástico descascarado de la funda del volante. Después lo paró en el medio de Olavarría y Necochea. Su mentón descansaba sobre el pecho, y un llanto incontenible le zamarreaba los hombros.

—Es lo último que me hace el Juan —dijo—: se quedó libre en el colegio, y lo echaron del club porque no va a las prácticas. Todo por esa droga de mierda. Ya no me pide plata, me la roba. Vendrá a trabajar conmigo le guste o no le guste, y si no, se tendrá que ir a vivir a otro lado. Hoy estuve a punto de cagarlo a trompadas. No aprendió nada, Pocho, no aprendió nada.

Por suerte el Pocho conocía bien el camino, porque ese día se tuvo que manejar solo para volver a la casa.

Juan no volvió esa noche ni las siguientes. A las pocas semanas, Amílcar se despertó con los gritos de la policía adentro de su casa. Lo sacaron a la rastra de la cama. No era a él al que buscaban. El pibe no sólo consumía, también vendía.

A Amílcar hubo que internarlo con un infarto. Los vecinos y las chicas del Doque se turnaban para cuidarlo. A ellas les pidió que lo buscaran al Juan y que lo ayudaran. No quería, también él, abandonarlo. Creía que el pibe todavía podía cambiar de vida. Y el Pocho pobre, qué iba a ser de él que no tenía la culpa de nada.

Amílcar no se recuperaba. Cada tanto se lo escuchaba murmurar, como si charlara con un amigo.

Juan no aparecía. Hasta que en el barrio lo vieron tratando de llevarse al Pocho. Primero lo agarró a patadas porque no arrancaba, después comentó que lo llevaría a desguasar y pidió prestado un poco de combustible. Como nadie le quiso dar, se fue a otro barrio a buscarlo. Pero ni con combustible le fue fácil: el Pocho opuso resistencia. Una tos le sacudió toda la carrocería, corcoveó y se le desprendió un guardabarras. Amagó varias veces como si le faltara el aire, hasta que al final arrancó. Con seis de las ocho ruedas desinfladas, encaminado hacia el Doque, Juan no lo pudo controlar. En la mitad del puente, el Pocho embistió contra los fierros oxidados y se zambulló en las aguas podridas del Riachuelo.

Esa madrugada, un enfermero del Argerich le había cerrado los ojos a Amílcar.



# POEMAS SELECCIONADOS

CRISTINA OCCHIPINTI

## LA MISMA VOZ

*Me perdí en los juegos de mi infancia  
cuando el destino era una hoja en blanco  
yo contaba historias  
y mi gato pescaba a mi lado  
yo inventaba juegos  
y mi gato me enseñaba a volar  
nos zambullíamos en el río  
yo de cabeza y él de cola  
no le gustaba mojarse los bigotes  
el aire sorprendido nos secaba al pasar  
las piruetas se llevaban por delante el paisaje  
el viento tiritaba como una margarita debajo del granizo  
nos esquivaban las nubes  
y en las noches refulgían las estrellas  
un día mi gato siguió a una sardina  
y se fue hacia el mar*

*Naufraqué con las mariposas negras de la adolescencia  
reí la lluvia y lloré el viento  
pisoteé las flores  
y caminé por la cornisa de mis sueños  
me sofocó la fiebre  
de no saber que cambiar  
les peleé a todas la jaurías  
y cuando me hice jirones  
otra vez quise volar  
las nubes no me dejaron  
hubo murmullos entre las estrellas  
mis piruetas me llevaron a ninguna parte  
me aprisionaron muchos brazos  
murmuraban  
no entendían*

*El viento asustado no me pudo apagar  
me encontré en la adultez de mis propios ojos  
y me sobresaltó el tiempo en el espejo  
pero le devolví la estocada  
con imágenes de deseos cumplidos  
de palabras dichas  
de miradas saliendo por mi mirada  
del amor de verdad  
escondí las ausencias que diluviaban los ojos  
las marcas de mis desatinos  
la sangre de mis muertos  
las agujas clavadas en el pecho desde adentro*

*Ahora miro con los mismos ojos  
casi no hay tempestades  
y no me olvido de volar*

## ULTIMATUM

Basta de rosas y claveles perfumando cientos de poemas. De gaviotas y de mirlos presos en miles de versos y metáforas. Basta de poesía floral y de poetas ornitólogos.

Basta. Que la tierra tiembla, y afuera de los libros los pétalos chorrean sangre. Los pájaros están descarnados muertos destripados. Y vienen las raíces y los esqueletos a exigirnos una pluma que estalle en el papel.

Los gusanos del miedo llegarán por la mañana. En este planeta que tiene la noche degollada, hay que armar a la poesía. Apuntar y disparar bien. Justo en el centro de los corazones.

## PREQUIRÚRGICO

En el quirófano no hay sangre en polvo ni sangre que llegue al río, y menos sangre en la arena. No hay tomates enlatados. No hay agujas en los huesos. Ni tigres que ladren a la luna ni luna con un sombrero de fuego. Tampoco hay ventanas ni cielos rojos. Ni diarios amarillos que me cuenten otro cuento. El hombre del bisturí no tiene brazos ni ojos. Me habla con mi boca. Y con los pies me pinta glicinas en las sombras del cuerpo. Como no sabe mi destino me tira un dado en el vientre. Quizás me brote una risa, cuando me corte por las marcas dibujadas en el pecho. Me saque el corazón. Me seque. Me siembre un malvón en el ombligo. Quizás me lleve por donde estaré por siempre. Ahí, donde mis amores se me acurruquen en los costados. Y un gato siamés tan bizco como el mío se me acomode en el cuello. El hombre del bisturí juega detrás del malvón con mi cuerpo en su frente. Desnudo de sí, se cambia la cabeza. Se pone los ojos, los brazos. Besa con mi boca y sale por la puerta de emergencia.



# El virus del Moreo

ESTER VIVIANA CATZMAN

---

**Ester Viviana Catzman** (Buenos Aires). Licenciada en Psicología, especialista en abordaje psicoanalítico de niños y adolescentes. Aunque señala «imaginar historias desde pequeña», no fue sino hasta 1992 cuando comenzó a escribir cuentos. En 1993 participa del taller literario de la escritora Gloria Pampillo. En 1994 ganó el concurso de literatura infantil de la Editorial Corregidor, Córdoba, con el cuento *Serenatas de Amor* en el Contestador.

---

La profesión de trompo es ágil y luminosa. Nada fácil, por cierto : se necesitan muchas horas de entrenamiento para lograr que los giros cautiven las miradas del público de todas las edades. El trompo de este cuento era un gran danzarín.

Experto en hechizos, mezclaba sus colores a una velocidad increíble .Su cuerpo era de la mejor hojalata que se pudiera encontrar. Liviana como un suspiro sin nostalgia Al girar desprendía un sinfín de destellos dorados que se mezclaban con el azulino, verde esmeralda y cobre de la hojalata. Etéreo y veloz, siempre estaba a punto de levantar vuelo. Es claro que no todos los trompos son así. Había sido una noche del mes de abril, cuando a la casa de la familia Ventura , la mamá llegó con un regalo para Juan que acababa de cumplir dos años. Sonreía en forma misteriosa, abrió el paquete e hizo bailar al trompo, y entonces a los chicos casi se les escapa el corazón.

Aunque ahora Juan ya tenía cinco años y el trompo seguía siendo su juguete preferido, nunca lo había querido llevar a la escuela y mucho menos compartirlo con sus hermanos.

-Es mío- le gritaba a Matías, su hermano mayor. Juan era muy generoso con todas sus cosas , pero su debilidad por el trompo lo volvía un poco egoísta.

-Cachetudo- respondía Matías. – De tanto hacerlo girar te van a explotar los cachetes. Entonces Juan se tocaba la cara para asegurarse de que todo estaba en su lugar. Matías ya tenía catorce años, pero tampoco podía escapar al embrujo; cuando se quedaba solo en la casa lo hacía girar hasta que salían chispas del suelo. Por supuesto que era un secreto: de sólo imaginar las burlas de sus amigos, le daba náuseas.

Malena era la hermana del medio. Su vida era una carrera, así que siempre aparecía en el momento menos pensado. Más de una vez lo había encontrado a su hermano jugando con el trompo.

-¿Qué hacés acá, bruja enrulada? Si abris la boca todo Colegiales se va a enterar de lo que dice tu diario.El tema es que Malena era muy atropellada y un día había dejado su diario sin llave. Entonces Matías aprovechó la oportunidad para leerlo. El secreto del diario era Lucas, su gran amor.

«¡Qué tonta!» se dijo Matías el día que lo leyó. Pero le vino al pelo: su hermana nunca lo iba a delatar. Una tarde de domingo, los papás Ventura y Juan se fueron a la casa del tío Anibal. Malena, como siempre, corrió al club. Matías, entonces, esperó que la casa quedara en silencio y fue al cuarto de su hermano para jugar con el trompo. Como siempre lo apoyó con suavidad sobre el piso de cerámica a cinco pasos del escritorio. Se sentó en cuclillas y lo hizo girar. Grande fue su sorpresa, cuando vio que el trompito perdía el equilibrio y caía sobre su lado izquierdo. Nuevamente trató de incorporarlo, pero esta vez cayó hacia la derecha. Una y otra vez intentó hacerlo girar, pero las cosas fueron empeorando. Dos horas más tarde cuando regresaron sus padres, Matías estaba muy abatido, tendido en el suelo, con la cara desencajada. Juan fue el primero en entrar al dormitorio, vio la escena y se quedó de una sola pieza. ¿Qué pasa?-exclamó. Se abalanzó sobre el trompito e intentó pararlo un sinnúmero de veces.

-¿Qué le hiciste?- le gritó a Matías y después lo empezó a golpear con tanta furia que casi le parte la nariz. Tal fue el escándalo que los papás corrieron a ver lo que sucedía. En ese preciso momento regresó Malena, entró como un torbellino y dio un portazo que hizo temblar la casa. Los gritos se escuchaban desde la calle. Malena también se sumó al grupo y ayudó a sujetar a Juan que seguía tirando piñas y patadas. Cuando Matías pudo recuperarse de los golpes , se levantó, trató de acomodarse la camisa, escondió una de sus manos en el bolsillo y con la voz un poco ronca empezó a ensayar una explicación.

-A ver, dame ese trompo- dijo el papá al fin.- Ya van a ver si gira o no gira. Pero el trompito no sólo no podía girar, ni mantener el equilibrio; a esa altura, tampoco podía incorporarse. Entonces fue la mamá la que comenzó a sollozar. Conseguir ese trompo había sido algo único. El abuelo de su amiga Marita era el dueño de una antigua juguetería que quedaba en el barrio de San Telmo, cerca de la plaza Dorrego. La juguetería era pequeña pero estaba repleta de juguetes «como los de antes», según decía el abuelo. Se podían ver muñecos de madera que colgaban de las paredes, una gran colección de muñecos de trapo, títeres de todos los tamaños vestidos con géneros de

muchos colores y pelo de lana. Pero no había nada más deslumbrante que la docena de

trompos. El abuelo se jactaba de haber tenido los doce mejores trompos del mundo entero.

Y esto era muy cierto, ya que él era el dueño de la juguetería de los juguetes

maravillosos. Varias generaciones se habían encargado de conseguirlos. De los doce trompos, sólo tres estaban en la Argentina

Uno, que lo tenía una familia que vivía en un pequeño pueblo de San Luis

Llamado Potrero de los Funes ; otro, se encontraba en San Martín de Las

Escobas; un lugar pintoresco cercano a Moisés Ville en la provincia de Santa Fe. El tercero, que era el único que le quedaba, fue el que le había vendido a ella. Cuando la mamá de Juan volvió a la casa sabía que llevaba un trompo maravilloso. Pero ahora también sabía que desde hacía un año el abuelo que era muy viejito, estaba bastante enfermo. Se olvidaba de las cosas y confundía todo. Más de una vez había puesto en peligro la juguetería y su propia vida. Así que, con un inmenso dolor tuvo que cerrar el negocio.

-Y ahora ¿qué hacemos?- preguntó Malena y la sacó de sus recuerdos.

La mamá no lloró más y lo miró al papá. Ambos sabían que el único que podía darles la solución era el abuelo. El conocía la historia de cada uno de los juguetes maravillosos que había habitado en su juguetería. Entonces un poco más compuesta dijo:

-El abuelo nos tiene que ayudar. Es cierto que está enfermo y olvidadizo, pero si

le llevamos el trompo seguro que nos dará una solución.

Como todos necesitaban tener una respuesta, a la mañana siguiente se dirigieron a la casa del abuelo que quedaba en el barrio de San Telmo a tres cuadras de donde había estado la juguetería Doña Castidad les abrió la puerta con una amplia sonrisa. Era su empleada desde hacía quince años cuando había quedado viudo de su esposa Matilde.

Castidad era una señora madura , muy movediza y de trato cordial.

-Pasen que le va a encantar recibirlos. Siéntense mientras les preparo un rico chocolate. El chocolate era la especialidad de Castidad, así como la pasta frola y la torta de manzana. Primero llegó el chocolate. Estaba tan sabroso que por un corto instante se sintieron aliviados. Media hora más tarde apareció el abuelo. Con pasos cortos, pero seguros entró del brazo de Castidad. Llevaba un pantalón de franela de color azul con un chaleco escocés que le había regalado su nieta Marita. El saco era un poco viejo pero estaba muy bien conservado. La barba era su gran orgullo y la tenía tan larga que casi le llegaba al ombligo. Castidad se encargaba de que estuviera sumamente limpia y brillante. Cuando la mamá lo vio entrar, los ojos se le llenaron de lágrimas. Sobre su falda descansaba el trompito que estaba opaco y abatido.

-Siéntense acá, le indicó Castidad y lo acomodó en su sillón de flores multicolor. Malena,

que ya no podía quedarse quieta, tomó al trompo en sus manos y se acercó al abuelo

-¿Lo recuerda?- le preguntó de una sola vez. Sus padres le clavaron los ojos con desaprobación, pero no abrieron la boca. El abuelo lo miró con curiosidad. A veces algunos recuerdos llegaban hasta su cabeza. Esa mañana se había levantado especialmente bien. La visita de la familia Ventura lo puso de buen humor. Ahora, al mirar al trompito por un instante se dio cuenta de todo. La tristeza le ensombreció el rostro. La mamá interrumpió sus pensamientos y comenzó a disculparse.

-Abuelo, por favor perdone a esta chica, pero estamos tan preocupados. No sabemos qué le pasa al trompo. Ya no puede girar, pierde el equilibrio, se lo ve tan enfermo.

Al decir esto último se le quebró la voz.

-¡Ah, sí!- dijo el abuelo que continuaba lúcido y un poco más triste.-Ya veo ¡qué contratiempo! Estos son los mejores trompos de todo el mundo, pero cuando se enferman es terrible-. Carraspeó para aclarar la garganta y luego continuó.

-Lo que el trompo tiene se llama el virus del mareo. Todos estos trompos son muy aventureros y giran a una velocidad increíble. Lo más curioso es que sin que nadie pueda darse cuenta se ven envueltos en diferentes aventuras que escapan a los ojos de la gente. En algunas ocasiones las aventuras son muy peligrosas y los trompos tienen que aumentar la velocidad para salvarse.

Recuerdo una vez que a un trompo le tocó en gracia ser el juguete preferido de un grumete que se embarcó en Liverpool. Este grumete era muy joven lo llevaba a todas partes y lo hacía bailar sobre cubierta para divertir a la tripulación. Así fue como una vez el trompo estuvo a punto de esfumarse; vaya a saber en qué aventura de piratas o contrabandistas se había metido. Cuando andan en esas, os puede atacar el virus del mareo.

-Esto es raro ¿no? Quizás sea el temor a tanta aventura lo que los enferma-. Al decir esto se volvió a quedar callado.

Todos lo miraron, pero nadie dijo nada. Tenían miedo que nuevamente se le olvidaran las cosas. Ni siquiera Malena se movió. Luego de un instante que les pareció una eternidad siguió diciendo como si adivinara lo que ellos estaban pensando.

-El eucalipto les hace muy bien, los ambientes templados también, pero la verdadera forma de sanarlos es riesgosa, pero lo único que se puede intentar. Busquen a algún trompo de su especie. Él sabrá qué hacer.

Luego agregó:

-¡Qué rico está el chocolate! ¿Quieren tomar otra taza? No hay nadie que lo haga mejor que Castidad. Aunque Matilde también lo hace muy bien.

La familia Ventura tardó un instante en darse cuenta de que el abuelo acababa de perder nuevamente la memoria. Decidieron concluir la visita, y un poco desilusionados regresaron a su hogar.

Malena fue la primera en sobreponerse, y corrió a preparar un bolso. Los padres

la miraban hacer sin poder reaccionar. Fue Matías el que preguntó: -¿A dónde vas?

-¿A dónde te parece? A San Martín con escobas o algo así. ¿No escuchaste al abuelo?. Tenemos que encontrar un trompo de su especie.

La mamá recordó que la familia que lo había comprado se llamaba Contín.

Después de todo no iba a ser tan difícil dar con ellos. Esa misma tarde tomaron un ómnibus que los llevaría a la ciudad de Rosario.

Luego tendrían que tomar otro hasta el pueblo. El lugar era muy pequeño y se

conocían todos. Fue muy fácil dar con la familia Contín, ya que era la propietaria de la tienda de ramos generales, y no había nadie que no conociera al trompito maravilloso.

Como ya era muy tarde, decidieron dejar la visita para la mañana siguiente y Buscaron un lugar donde alojarse.

A la mañana siguiente muy temprano el papá, la mamá, Juan, Malena, Matías y el trompo entraron a la tienda de ramos generales. El señor Contín no tuvo necesidad de preguntarles quiénes eran. En todo el pueblo se hablaba de ellos. Lo primero que atrapó su atención fue el trompito que cargaba Matías. Tan parecido al suyo y tan diferente a la vez.

-Escuché que me buscaban – se apresuró a decir, un poco molesto.

Malena iba a comenzar a hablar pero la mamá la interrumpió y habló ella. Luego de una larga explicación donde no omitió ningún detalle, se detuvo para tragar saliva.

El señor Contín los miraba con desconfianza. Y entonces, Malena, que ya no podía contenerse, gritó:

-¡Tiene que prestarnos el trompo! Él es el único que lo puede curar. El señor Contín pegó un salto. La sola idea de desprenderse del trompo maravilloso lo aterró.

-De ninguna manera- dijo. – Hagan el favor de retirarse.

En ese instante entró Valentina, su única hija. Vale tenía diez años y adoraba a su trompo. Había estado escuchando la conversación detrás de la puerta y le pareció tener una buena solución.

-Que vengan a casa, papá.

A Vale le encantaba la idea de estar con los chicos. Detrás de Valentina entró la mamá que también había estado escuchando. Sin saludar agregó:

-No le hagan caso a esta chica, no sabe lo que dice. Juan se dio cuenta de que las cosas iban de mal en peor, entonces empezó a llorar. Primero fueron unos sollozos bajitos, pero a los dos minutos gritaba totalmente fuera de sí.

Los Contín, temerosos de espantar a toda la clientela, decidieron invitarlos a almorzar. La casa de los Contín se encontraba detrás del negocio. Era una casa antigua pero confortable. Las habitaciones daban a la galería. Si bien los Contín tenían una sola hija la casa había pertenecido a los abuelos maternos de Valentina. La mamá de Vale tenía seis hermanos que se habían casado. Cada tanto iban de visita, pero cuando regresaban los cuartos volvían a quedar vacíos.

Después de almorzar, los chicos eligieron la mejor habitación y la llenaron de ramas de eucalipto, que es un gran revitalizante de trompos. El lugar estaba iluminado, pero no en exceso para que se destacara el trompo sano y no molestara al trompo enfermo. Los cerámicos del piso eran similares a los de la casa de los Ventura. Esto resultaba muy ventajoso ya que el trompito enfermo tenía que sentirse lo más a gusto posible. También se ocuparon de que el lugar estuviera templado.

Mucho frío es malísimo para la hojalata, pero el excesivo calor lo hace transpirar y perder velocidad. Valentina fue la encargada de hacer girar al trompo sano, y Matías, al enfermo. Durante toda la tarde el trompo sano lució sus múltiples habilidades y gracias al eucalipto brillaba más que nunca. El trompo enfermo, en cambio, no lograba

siquiera mantener el equilibrio.

Dos horas más tarde los Ventura, que después de almorzar habían decidido pasear por el pueblo volvieron agotados de tanto caminar. La mamá escuchó gritar a Malena que trataba de alentar al trompito enfermo. Aunque los chicos habían pactado hacer el menor ruido posible, Malena no pudo con su genio. Los Ventura se quedaron fascinados con el espectáculo del trompo sano, e Inmediatamente tomaron partido por la decisión de los chicos de juntar a los trompos. La cosa se complicó cuando asomó la cabeza el señor Contín, que junto con su esposa se había retirado a dormir la siesta. Después del último grito de Malena, la señora Contín había saltado de la cama y despertó a su marido con la cara desencajada.

-¿Qué es esto, están todos locos?- exclamó fuera de sí el señor Contín.

-¿Se dan cuenta que lo puede contagiar? Saquen inmediatamente a este trompo enfermo de acá. Todo es inútil. No sirve para nada. Entonces fue Juan el que volvió a gritar. Desesperado y furioso lloraba con desconsuelo. Se armó un lío terrible. Al rato varios vecinos se reunieron en la gran ventana a cuchichear. La señora Contín siempre temerosa de las hablurías decidió invitar a los Ventura a cenar. - Está bien, se quedan a comer, pero después todo esto se terminó- Dicho esto el señor Contín salió de la habitación consternado y con el ceño fruncido. El tiempo siguió transcurriendo y nada cambió. A la hora de la cena los chicos estaban muy tristes y desesperanzados.

Un poco más tarde, cuando los mayores estaban tomando el café y el señor Contín más aliviado pensaba que pronto la familia Ventura iba a partir; sucedió algo inesperado. Malena, que siempre se levantaba varias veces de la mesa, salió a la galería. Vio un fuerte resplandor dentro del cuarto, entró y pegó un grito. Los dos trompos estaban girando a una velocidad indescriptible. Los destellos que despedían iluminaban toda la habitación. Un fuerte aroma a eucalipto le llegó a los pulmones. Tal fue el impacto que tardó unos minutos en llamar a su familia. Los Ventura y los Contín saltaron de la mesa y corrieron a ver qué estaba pasando. Entonces los dos trompos a una velocidad que casi superaba la de la luz tomaron altura, salieron al patio, se elevaron incandescentes y desaparecieron en la oscuridad de la noche.



¿Publicidad? Radio / Internet /  
Revista - 095 439 992



# VOLVER A CASA

RODOLFO SILVAIN

Sergey Novos tomó un sorbo de café dejando la taza apoyada sobre el monitor sabiendo que no debería hacerlo, pero no tenía ningún otro sitio donde dejarla. Su terminal de trabajo estaba repleta de cd-roms, Dvds, módulos de memoria flash y demás elementos de computación.

Trabajaba velozmente en el teclado, tomando pausas para verificar listados, ingresar discos al sistema o simplemente permanecía pensativo, mirando la pantalla mientras acariciaba su espesa barba roja en actitud de extrema concentración.

Desvió la mirada de su terminal hacia la ventana de observación del puente de mando.

El espacio era reducido en la estación espacial Antártica, la cual giraba en órbita estacionaria alrededor de la luna.

Era la primera fase de un proyecto piloto para crear ciudades mineras y laboratorios de materiales con el fin de extraer minerales escasos en la tierra y crear aleaciones especiales. Las expectativas de los jefes del Proyecto era tener lista la ciudad lunar en un lapso no superior a cinco años.

La compuerta se abrió a espaldas del ingeniero en sistemas emitiendo un siseo neumático.

- Como va eso? - pregunto Eduardo Chávez el oficial a cargo de soporte vital - pudiste solucionarlo?.

- Estoy trabajando en el problema.

Chávez se acercó a su compañero en forma cautelosa. Con su metro noventa de estatura se veía obligado a caminar con cuidado para no chocar contra los equipos sujetos al techo, al llegar junto a su compañero había esquivado dos sensores de humedad y un detector de humo.

El ingeniero estaba corriendo rutinas de diagnóstico al software que hacia operativo al radar, el cual estaba dando problemas desde hacía varios días. Al obtener el ok del diagnosticador, reinicio el sistema

- Esperemos que ahora funcione - dijo Chávez mirando por la ventana de observación como se reorientaba.

La antena al entrar en funcionamiento nuevamente. El equipo emitió un bip de aviso

- Parece que si - suspiro cansinamente Novos - parece ser un objeto grande.

- Que tan grande?

-Del tamaño de una nave espacial...compuesto de metal en su mayoría...el peso y masa coinciden. Si mantiene su curso y velocidad va a chocar con nosotros en dos horas y treinta y cinco minutos.

Chávez miro los gráficos en la pantalla y lue-

---

*Rodolfo Silvain (Buenos Aires, 1965).*

---

go a su compañero tratando de entender si era alguna clase de broma, pero este le devolvió una mirada dura.

- Será mejor que le avisemos a Merle.

Minutos después los cuatro tripulantes de la Antártica vestidos con overoles de trabajo estaban reunidos en el puente observando los registros del radar.

El oficial Daniel Merle estaba al mando de la estación Si bien era conocido por mantenerse frío en situaciones difíciles, también sabía cuando se requería un movimiento rápido.

- Ninguna duda sobre la trayectoria del objeto?.-

- Ninguna. Corrí tres simulaciones - explicó Novos - mismo resultado.

- Cuales serian los daños de la colisión, Chávez?.

El joven larguirucho se echó hacia atrás la espesa mata de cabello negro.

- Desastrosa. Según el cálculo de masa y velocidad nos haría pedazos, no hay chances que sobrevivamos.

Merle sacó un cigarrillo del atado y lo encendió aspirando el humo con avidez.

- Seguimos incomunicados con tierra a causa de la tormenta solar, incluyendo la telemetría...vamos a tener que hacer esto solos.

- Tengo algo en el telescopio - interrumpió Novos quien no había dejado de trabajar en su consola - la imagen no es clara pero podemos darnos una idea de que es esa cosa.

- Veámoslo en las pantallas principales.

El ingeniero pulso una serie de botones y dos de las cuatro pantallas del techo cobraron vida con un leve parpadeo. En ellas se veía la imagen que captaba la cámara de alto rango. Era brumosa a causa de la distancia y el zoom abierto al máximo. Era una nave espacial.

- Es extraño - murmuro Merle sentándose frente a una de las terminales y accedendo la lista de vuelos espaciales, no hay ninguna misión en curso, cierto?.

- No hay misión en curso desde C.N.A 1 -explicó Kowalsky, el especialista el biotecnología - eso fue hace unos seis meses si no recuerdo mal.

- No podría ser un trozo de basura espacial? -preguntó Sdu Sdudendra, médico en jefe - alguna sonda robot o algo por el estilo.

- Podría ser algo de eso - dijo Sergey - no percibo ninguna señal de funcionamiento. Ni calor de los motores, radiofaro de posición, luces o actividad eléctrica. Lo que sea está muerto. Lo que me recuerda que tenemos dos horas y 15 minutos para que no muramos nosotros. Podríamos alterar nuestra órbita con los propulsores de posición, pero no tendríamos combustible para volver a la órbita anterior...quedaríamos a la deriva.

- Utilizaremos tu idea Sergey solo como último recurso - dijo Merle -pero prefiero desviar o destruir esa cosa.

- No contamos con mucho material para eso tampoco - avisó Chávez - el vehículo con maquinaria pesada no va a venir hasta dentro de un mes.

- Lo sé.- el oficial al mando se puso de pie - Sdudendra, Chávez, vamos al hangar a ver que podemos hacer.

- No tenemos mucho tiempo - Recordó Chávez, - no creo que revolver todo buscando algo que ayude sea la solución.

- No puedes ser un poco más positivo? - Pregunto Sdu.

- No veo ningún lado positivo en esta situación.

El hangar de la estación orbital era uno de los sectores más amplios de la estructura. Diseñado para albergar grandes cantidades de materiales, equipo y herramientas estaba ubicado en la cubierta inferior.

Sus paredes pintadas de un gris claro, estaban saturadas de instrucciones sobre el uso de aparatos e indicaciones de seguridad.

Los tripulantes revisaron los elementos en el lugar. La mayoría de la maquinaria pesada no llegaría hasta el próximo viaje de la nave de suministros. Solo había herramientas para actividades extra-vehiculares, tres mochilas propulsoras, equipos de soldadura portátiles, repuestos de la estación, unidades que no habían sido desempacadas y algunos explosivos.

- No hay mucho de donde escoger. - dijo Chávez.- ojalá pudiésemos usar el SLAM

- Tendremos que ir nosotros a volarlo en pedazos. - explicó Merle.

El SLAM era la sigla de sonda laboratorio analítica móvil, un aparato del tamaño de una heladera utilizado en operaciones espaciales de rescate. Contaba con cámaras de vídeo, sensores, dispositivos de análisis y un par de brazos robóticos de última generación. De haber estado funcional, se lo pudiera haber enviado por control remoto a estrellarse contra la nave que venía hacia ellos, provocando un cambio de curso.

Pero el SLAM estaba embalado en su caja original de fábrica y se necesitaba más de seis horas para hacerlo operativo.

Merle se acercó hacia un transmisor empotrado en la pared, pulso el botón de comunicación.

Una luz roja se encendió en la consola al mismo tiempo que el rostro del ingeniero aparecía en la pantalla plana.

- Alguna novedad?.

- Ninguna. He mandado una alerta de proximidad, pero esa chatarra sigue totalmente apagada. Nos chocara en dos horas y cincuenta minutos.

- El tiempo vuela cuando uno se divierte, verdad? -dijo Sdudendra en tono sarcástico.

Cargaron los explosivos y detonadores en un carro de transporte y salieron del hangar.

El plan era simple. Merle y Chávez harían la actividad extra vehicular mientras Novos continuaba rastreando al objeto. Sdudendra permanecería en enfermería por si había heridos y Kowalsky mantendría listo el plan de mover de su órbita a la Antártica, accionando los propulsores si todo lo demás fallaba.

Enfundados en sus trajes espaciales color blanco, Chávez y Merle caminaron hacia la compuerta reguladora de presión. Esta se abrió con un zumbido apagado, cerrándose tras ellos.

- Espero recordar el entrenamiento básico - dijo Chávez deslizado el brazo de control frente a el y revisando el pequeño panel de instrumentos - si pierdo el control, vas a tener que buscarme por toda la órbita lunar .

Merle dejó de revisar su propio equipo y lo miró unos segundos perforándolo con sus ojos grises.

- Era un chiste.

- Menos mal - suspiró su compañero - estaba apunto de infartarme.

Merle era el encargado del E.V.A, el siguiente había sido Veck un australiano avezado al cual el Sdudendra le había encontrado una enfermedad cardíaca degenerativa en uno de los exámenes de rutina. Había sido enviado a la tierra y su reemplazo no llegaría en semanas.

Finalizado el chequeo de equipos Chávez accionó la secuencia de apertura de la compuerta exterior.

La luz blanca que los iluminaba cambió de color a un tono rojizo de advertencia. Una alarma comenzó a sonar al comenzar a vaciarse el aire para equiparar presiones.

Finalmente la compuerta exterior se abrió dejando ver la magnitud del espacio.

- Sergey - nos recibís?.

- Afirmativo Merle, 5/5, los tengo en el rastreador.

- Perfecto - dijo este mientras se impulsaba hacia las tinieblas -guíanos hasta el punto de encuentro.

Hundidos en la semioscuridad del espacio, iluminados por el resplandor solar tras la luna y las débiles luces de la Antártica los astronautas avanzaron hacia su objetivo durante 50 minutos. Se movían a ciegas guiados por las indicaciones del ingeniero para ajustar correcciones de rumbo.

A los problemas de esta operación sumamente peligrosa, se sumaba el problema de la radiación que era absorbida por el traje. Si algo salía mal, deberían volver lo más rápido posible, por eso no utilizaban al máximo la capacidad de empuje de las mochilas. Debían ahorrar combustible para una vuelta rápida.

- Antártica, a que distancia estamos?

La voz del soviético crepitó entre la estática.

- A unos 2000 metros...deberían estar viéndolo ahora.

- No se ve nada. Ves algo Chávez?.

- No, solo el indicador de radiación que sigue subiendo.

- No hay peligro por ahora, Eduardo - Trato de tranquilizarlo su compañero - verdad Sergey?

- Por supuesto que no! - dijo el soviético con voz alegre - recibís mas radiación del horno a microondas.

- Ahí la veo! - dijo Merle - es grande, dijo encendiendo la cámara de video del traje.

- No se ve muy bien - dijo Novos - hay mucha interferencia. Pero es una antigüedad digna de un museo.

- Ahora reconozco a este cacharro - comentó Chávez animado -es un vehículo de rescate S.D.V de primera o segunda generación... debe tener 20 o 30 años de antigüedad...

Los astronautas recorrieron el flanco del vehículo. Chávez trataba de recordar algunas especificaciones del aparato que alguna vez había leído.

La nave medía unos 100 metros de largo, su figura era tosca y aparatosa, ya que no necesitaba líneas aerodinámicas estilizadas operar en un ambiente carente de atmósfera. Se diferenciaban dos secciones fácilmente. Modulo de control y motores.

Todo el fuselaje estaba surcado de componentes, carteles de advertencia y paneles deslizables para reparaciones. En la parte trasera se distinguían tres imponentes toberas.

Las ventanas de observación del módulo de comando estaban a oscuras. Al acercarse al mismo pudieron leer el nombre del vehículo.

- A.I.E ENDEAVOUR -leyó Merle - agencia internacional del espacio...

-Me pregunto como llego hasta acá...

- Yo me pregunto de donde vino - terció Novos por la radio.

Merle llegó a la puerta de acceso primero, esquivando por centímetros al ingeniero, el cual dió un topetazo suave contra el casco al calcular mal la maniobra de frenado.

Chávez localizó la unidad de apertura manual, ya que la pantalla electrónica estaba en blanco. Extrajo de uno de los bolsillos una unidad de apertura manual, herramienta en forma de tubo que terminaba en un embudo invertido en uno de sus extremos.

Apoyó la boca de la herramienta la cual se adaptó perfectamente a la forma de la cerradura. El tubo comenzó a girar impulsado por un motor interno. En dos ocasiones las muescas se zafaron.

Finalmente, el mecanismo cerrado durante años cedió, abriendo lentamente la esclusa. Ambos hombres

Entraron a la oscuridad de la cámara de presión. Luego de cerrarla desde adentro, comenzaron a inspeccionar la nave.

- Si mal no recuerdo - dijo Chávez aumentando la graduación de la luz del casco - estos módulos de supervivencia pertenecían a vehículos de exploración de espacio profundo.

- Ahá. No hay aire aquí dentro -dijo Merle mirando los indicadores de ambiente -tenemos que trabajar con los cascos puestos. Serguey estás ahí?

- Aquí estoy jefe...

- Quiero que mantengas los ojos bien abiertos, tal vez podas distinguir algo que nosotros no...

- Algo como que ?

- No lo sé.

Ambos astronautas avanzaban cortando la oscuridad con los potentes reflectores de sus trajes, cruzando el pasillo central que unía la cámara de presión con el depósito. Diversos objetos y herramientas flotaban suspendidos en el vacío.

- Todas las compuertas están abiertas... pudo haber sido por una descompresión súbita?. - Preguntó Merle

- Puede ser, lo raro es que el sistema de soporte de emergencia no clausuró los compartimentos

- Tal vez un micrometeoro perforó el casco y no fue detectado.

- Y la computadora no detectó la baja de presión?. Difícil de creer...

- Vos sos el especialista en soporte vital - Merle se encogió de hombros -es inútil hacer conjeturas.

Los compartimentos del depósito estaban

abiertos y vacíos, al igual que una pequeña unidad refrigerante.

En uno de los estantes superiores flotaba un traje ambiental vacío.

- En estos vehículos siempre hay 3 o 4 trajes, aquí hay uno solo.

- Me gustaría saber donde están los otros... Como estamos de tiempo, Serguey?.

- 59 minutos y contando...

- Dónde ponemos las cargas?. En el corredor central?.

- Exacto. Sobre los soportes de tensión en el techo sería ideal, a lo largo de toda la nave..

Continuaron avanzando por el corredor hasta la antecámara que comunicaba con la cabina. Allí había dos cámaras criogénicas, ambas abiertas y vacías.

El puente de mando era pequeño y funcional. Constaba de cuatro asientos superpuestos entre sí. Consolas y sistemas de vuelo estaban distribuidos en la parte frontal de la cabina y techo.

Merle barrió la estancia con la luz del casco. En el asiento del piloto había una persona, un aliento frío le recorrió la espina dorsal.

- No estaba abandonada después de todo, verdad?

- Mierda - dijo Chávez...

El cuerpo llevaba un traje ambiental color naranja sin casco ni guantes. Tendría al momento de su muerte unos cuarenta y tantos años, cabellos grises y ojos negros. Con su mano derecha aferraba la palanca de mando, la izquierda flotaba hacia delante, como si señalase en dirección a la Antártica.

- Novos, ves esto?

- Afirmativo Jefe -algo borroso pero lo veo.

- Hay un nombre en el traje A.Koroz..Misión Júpiter 3.

- Habría que ver los archivos de la tierra para una identificación positiva, pero ni siquiera tenemos telemetría.

Chávez había comenzado a hacer cálculos en su computadora portátil sobre la cantidad de explosivos necesarios y los mejores lugares donde ubicarlos.

Un bip indicando que se abría un nuevo canal sonó en los auriculares.

- Merle ? - la voz del galeno sonaba intrigada -es verdad que hay un cuerpo a bordo?

-Afirmativo, doc.

- El cuerpo se encuentra tan bien conservado como en las imágenes?

- Así es. Y parece que murió tranquilo.

- Sería interesante hacerle una autopsia...

Ambos astronautas se miraron sonriendo. El doctor Sdudendra no tenía demasiado trabajo con la tripulación y a pesar de tranquilidad kármica se aburría demasiado.

- Es una pena que no podamos llevarlo, estamos a punto de comenzar a colocar las cargas, doctor.

Comenzaron a abrir los paquetes de explosivo sintético y a revisar los detonadores. Merle se quedó en la cabina para ubicar las cargas y Chávez se dirigió a la parte trasera. Este se vio obligado, no sin cierto rechazo a retirar el cuerpo del asiento del piloto para ubicar un paquete de explosivos el cual permaneció flotando a la deriva.

- Muy bien Chávez, termine acá, voy hacia atrás a ayudarte.

- Entendido, estoy en el área de motores. Nos encontramos a medio camino.

- Enterado.

En ese instante las luces de la cabina parpadearon encendiéndose. Las consolas y pantallas cobraron vida.

El cuerpo sin vida de Kairoz cayó sobre el, la sangre se congeló en las venas de Merle, quien emitió un grito apa-

gado.

- Que pasa?. - preguntó Chávez por radio, su voz sonaba asustada.

- Mierda! - gruñó Merle - el cadáver acaba de caer encima mío cuando reactivaste la energía! Por qué lo hiciste ?

Hubo un momento de silencio, luego Chávez dijo casi en un murmullo.

-Yo no hice nada... la energía volvió por sí sola.

Ambos astronautas se encontraban en el modulo de mando, ahora iluminado por las baterías de emergencia.

- No entiendo que pasó -decía Chávez, yo solo estaba poniendo la carga en un panel y de golpe, todo se encendió.

- No habrás tocado por casualidad algún interruptor general? La nave no puede reactivarse sola! - dijo Merle mientras revisaba las lecturas de las consolas. - Ahora están funcionando las computadoras, sistemas hidráulicos y comunicaciones!

- No hice nada, lo juro... esto da escalofríos.

- No me lo digas, cuando vuelva voy a tener que cambiarme de ropa..

- Seguro que te sentiste dentro de esas películas espaciales de terror...

Una semana atrás habían visto la antigua película «Alien» y todos habían hecho bromas sobre la misma.

Pero claro, eso fue dentro de la iluminada calidez de la Antártica. Ahora no le resultaba tan gracioso.

- Sergey, como estamos de tiempo?

- No muy bien. Estamos a 40 minutos, pero hay un problema.

- Que pasa?

- Estuve corriendo unas simulaciones. A esta distancia detonar la nave podría ser muy peligroso. Hay muchas posibilidades que los restos impacten contra nosotros, provocándonos toda clase de daños. Podrían incluso perforar el casco y provocar una descompresión explosiva.

- Estamos jodidos - Dijo Chávez.

- Podemos tratar de encender los propulsores - dijo Merle -si es que aún queda combustible y no se ha cristalizado con los años. Podríamos modificar el rumbo guiados por Novos. Cuál es tu opinión como ingeniero estructural?.

- Es una locura. La tensión podría partirla como una nuez. Ha estado más de veinte años en el espacio. No sabemos cómo esto afectó a los materiales.

- Tampoco sabemos cómo afectó a los motores. Si encendemos los principales podrían explotar, pero creo que deberíamos arriesgarnos, no tenemos muchas opciones o sí? Serguey, qué opinas?

- Me gusta. En cuanto los sistemas tomen temperatura la humedad al condensarse podría provocar corto circuitos en cualquier lado o podrían volar los tanques de presión o cualquier otro millón de cosas. Pero que es de la vida sin emociones?. Sin contar que estamos a 37 minutos del impacto.

- Vamos a hacerlo por unanimidad, verdad? -dijo Chávez - si ya estamos metidos en la mierda hasta el cuello.

- Merle, habla Sdu -podríamos traer al cuerpo para una autopsia?.

- No lo sé, Sdu...

- Por lo que pude apreciar desde aquí no creo que haya sido afectado por ninguna enfermedad, si eso te preocupa. Sin contar que estudiar los efectos del cuerpo a la exposición prolongada en el espacio.

- Ok, ya veremos doctor. Siempre que no hay peligro de contaminación.

Ambos astronautas se pusieron a trabajar para revivir el viejo vehículo. Rápidamente corrieron los sistemas de diagnóstico de los sistemas que estaban funcionando.

- Bien - dijo Merle sentado en el sillón del piloto - computadora de vuelo ok. Combustible utilizable al 5 %, perdida por cristalización 12 %.

- Es una suerte que esos trastos viejos utilizaran amoníaco como propelente - dijo Novod por radio -si hubiese sido nitrógeno hubiese hervido en los tanques hace años.

- No tenemos telemetría ni control de radar - comentó Chávez.

- Ok. Volamos sin telemetría ni instrumentos, Antártica. Propulsores listos para maniobra.

El Endeavour esta operativo al 40 por ciento.

- Copiado.

Al finalizar el chequeo, la estación espacial era visible desde la nave.

- Estamos listos. Iniciando maniobra.- Merle compañero accionó los propulsores laterales efectuando pequeños disparos, ambos se sintieron levemente empujados hacia sus asientos.

Chávez se pasó la lengua por los labios nerviosamente. Después de años en el espacio, los plásticos y metales suelen comportarse en forma extraña. Cualquier cosa podría pasar.

Su compañero lo miró como si leyese su pensamiento. Conducía la nave con habilidad, pero suavemente como si fuese de cristal.

- Lo sabe -pensó el especialista en estructuras - en cualquier momento puede atascarse una válvula, algún corto o algún soporte se suelte...si lo hacemos será de milagro.

El Endeavour se deslizaba por el espacio sin luces de navegación. Aunque fuese increíble el malogrado aparato funcionaba milagrosamente bien. Por supuesto que los controles respondían con lentitud, no funcionaban correctamente los giróscopos y otras fallas hacían difícil su control, Merle modificó la trayectoria sin que la nave se desbaratase.

- Atención Antártica - llamó Merle -vamos a acoplar. Preparen la manga de amarre.

- Entendí bien? - La voz del soviético sonaba incrédula - van a acoplar?.

- No empujemos nuestra suerte -dijo Chávez.

- Afirmativo, vamos a acoplar.

Novos no respondió. Inmediatamente vieron como en la parte inferior de la estación comenzaba a deslizarse la rampa de sujeción. El piloto dio un corto empuje a los motores para iniciar la maniobra de acople final. De pronto se produjo una vibración en la parte trasera.

La cabina quedó súbitamente a oscuras. Los paneles produjeron un titilar de advertencia antes de apagarse.

La barra de mando controlada electrónicamente, se endureció como una roca al quedar sus servocontroles sin corriente.

Chávez lanzó una andanada de insultos mentalmente. Miró a su compañero con una expresión de «te lo dije».

- Antártica, tenemos problemas - dijo Merle -



perdimos toda la energía. Repito, el Endeavour está muerto.

-» Como vamos a estarlo todos en unos minutos» -pensó Serguey Novos.

- A esta distancia no podemos iniciar el procedimiento de maniobra -dijo Kowalsky - solo nos resta esperar que Antártica quede de una pieza.

- Que pasó Merle?. -preguntó Serguey -

- No lo sé. Todos los sistemas están muertos, no tengo control...empezamos a girar sobre nuestro eje!

Por un momento, con los ojos de la mente, el piloto pudo ver como se estrellaban contra el flanco de la estación provocando una descompresión explosiva. Los soportes de la base cediendo por el impacto y los mamparos reventando, haciendo que la atmósfera se escapase hacia fuera y finalmente cayendo hacia el lado oscuro de la luna.

- Vamos, vamos pedazo de mierda! - murmuró Merle - no viniste hasta acá para matarnos a todos!

Dio un puñetazo sobre la consola. Como por arte de magia, las luces volvieron a encenderse.

- Esto es una locura - dijo Chávez observando cómo los sistemas se reiniciaban. No puede estar sucediendo.

Su compañero no dijo nada. Trataba desesperadamente de volver a controlar la nave.

Finalmente y con esfuerzo, el vehículo dejó de girar a pocos metros de la base. Minutos después se acoplaba exitosamente al Antártica.

- La próxima vez que quiera hacer algo de esto, puedes darme una trompada - Dijo Merle a su compañero.

- Te lo prometo - aseguró Chávez.

Merle cruzó la compuerta neumática del puente demandando. Se había cambiado de ropa y su actitud era afable, pero Novos notó ojeras bajo sus ojos. No era para menos, había estado expuesto a una situación de enorme estrés.

- Alguna novedad?

- Algo tenemos. Recibimos la información por banda de baja frecuencia, ya que las comunicaciones siguen bloqueadas. Tenemos datos parciales de la misión Júpiter 3 - explicó Kowalsky.

- También recuperamos algo de la caja negra -dijo Novos - sentado en la terminal más lejana -el disco esta casi totalmente deteriorado. Solo conseguí un 5 % del total.

- Hace juego con el resto de la nave, no? - dijo Merle sarcástico

Novos lanzó una risotada.

- Podremos conseguir más, cuando la desmontemos y la enviemos a la tierra.

- No cuenten conmigo para desmontar nada en ese montón de basura - Dijo Chávez entrando a la estancia.

Si solo remueven un tornillo se va a desarmar como un juego de piezas de encaje.

Merle encendió un cigarrillo, automáticamente los limpiadores de ambiente entraron en acción con un zumbido quedo.

- Podemos ver algo del disco?.

- Seguro, pero solo conseguí secuencias fijas.

El ingeniero en sistemas realizó algunos ajustes rápidos en su consola y la pantalla principal se encendió.

La imagen titiló con un aviso de «información incompleta» traducida en líneas y símbolos digitales.

Aparecieron imágenes del interior de una nave de gran tamaño en las cuales un grupo de astronautas parecía actuar deprisa.

- Es todo demasiado borroso -dijo Novos, pero parece que tienen algún problema.

- Parece que están evacuando -opinó Kowalsky.

- Que dice el informe de tierra?.

- No mucho. Una de las misiones de hace 27 años para explorar y realizar estudios. El capitán de la tripulación era el mayor Koroz, nuestro tripulante. La imagen de la pantalla cambió dejando ver al resto de la tripulación.

- Según lo que tenemos la misión estaba formada por: Tanya Thereskava experta en metalurgia, Alberto Lemme médico de a bordo, Hans Trugger en sistemas y Ho Lyn como ingeniero. La nave se llamaba Excalibur y tenían la misión de analizar materiales de alto impacto y compuestos a base de tridinium.

Dos semanas después de llegar a la órbita de Phobos se recibió una señal de s.o.s. No se supo nada más. Se perdió telemetría y todo lo demás... Se creyó que la nave explotó o algo por el estilo, sin sobrevivientes.

- Parece que estamos envueltos en un misterio. -Dijo Chávez.

- Hasta ahora - dijo Novos -tengo algo de audio, sin imagen.

Los altavoces de la sala se llenaron con un sonido de estática.

- La unidad contenedora está fallando....(silencio). Estamos entrando en fase crítica, no puedo poner en línea el sistema de enfriamiento...

- Supongo que es Lyn, la ingeniero.

- Creo que sí.

- Traté de conseguir algún dato más- dijo Merle poniéndose de pie de mala gana -, voy a la enfermería, Sdu esta terminando con el cadáver.

El cuerpo yacía en la camilla de la enfermería rodeado de equipos médicos. El doctor de la base había practicado una incisión en forma de Y en el pecho hasta la pelvis para realizar la autopsia. Varios frascos de muestras estaban acomodados frente a una mesita deslizable. Una gran pantalla en la pared mostraba imágenes escaneadas del cuerpo.

- Ah, el hombre que estaba buscando - Dijo alegremente Sdu al ver al oficial al mando -tengo algunas novedades.

- Espero que no me digas que murió a causa de una infección extraña y sumamente agresiva. - Dijo Merle ajustándose el traje ambiental. Como medida precautoria, se había aislado el área médica para evitar cualquier contaminación.

- Para nada. He realizado varias pruebas y llegué a la conclusión que la causa del deceso fue un derrame cerebral.

- Solo eso?...nada extraño?.

El médico se encogió de hombros.

- Su cerebro está inundado de sangre. Una arteria reventó matándolo en el acto, aunque se encuentra perfectamente conservado por el frío y la falta de oxígeno. Por supuesto que tengo que esperar algunos resultados mas...

- Bueno, al menos puedo cancelar la cuarentena en enfermería.

- Así es. Voy a tener un informe completo en un par de horas.

Los altavoces del techo se activaron. La voz del ingeniero en sistemas brotó por ellos.

- Merle, tengo algo mas de la grabación del Endeavour. Te va a resultar interesante.

- Voy para allá - Dijo este saliendo de la sala.

---

-Que hay de nuevo, Serguey?:

- Tengo algo interesante. Prestá atención, esclarece bastante este misterio.

Pulsó varios botones de la consola. En la pantalla apareció el mayor Koroz.

- ... Me arrepiento de lo que hice, me asuste, perdí el control y mis compañeros están muertos. ..(estática) No debí abandonarlos cuando se desencadenó la falla en el reactor...(estática) ...tuve miedo, solo quería volver a casa...mi pequeña Gabrielle...lo hice por ella, por mi hijita. (estática) solo quería volver a casa....dios mio, perdón....perdón.

- Eso explica por qué estaba solo en la nave de escape. -dijo Serguey.

- O sea que abandonó a sus colegas en una crisis porque temió no volver a ver a su hija?: - preguntó Kowalsky con expresión de enojo.... el estaba al mando!...por dios!

- Según los registros era el único tripulante con familia. Su hija debe tener ahora unos cuarenta años.

- Eso no es excusa - gruñó Kowalsky -es un cagón mal nacido.

- No todos tienen jugo de héroe en las venas como vos -se mofó Chavez. -según los registros Koroz tenía mas de 15 misiones en su carrera. Todas impecables...

- Cualquiera puede aterrarse en un momento de crisis y hacer una estupidez. - Comentó Merle.- no creo que haya que juzgarlo ahora, ya está muerto, no?. Se acobardó, y lo que hizo fue imperdonable, pero ya pasó.

- Que hacemos? -Preguntó Serguey.

- Vamos a enviarlo a la tierra como el único que pudo escapar de la tragedia del Júpiter 3, quien sufrió un infarto cerebral al tratar de volver, nada más. De acuerdo?.

Los demás astronautas asintieron.

Dos horas después Merle dormía profundamente cuando un llamado de Kowalsky , a quien le tocaba el turno nocturno ese día lo despertó.

- Que pasa?

- No lo vas a creer!. El Endeavour se ha soltado de la manga de acople!... Esta navegando hacia la tierra!.

- No es posible...algún daño?. Falló el sistema de sujeción?

- Eso es lo extraño. Algo entró en el sistema, la computadora lo tomó como un despegue normal.

- Da la alerta, que todos se levanten ahora.!

Mientras se vestía se preguntó a sí mismo si todo lo que sucedía no era mas que un terrible sueño.

Dos minutos después toda la tripulación estaba en alerta.

El puente era una locura. Todo el equipo técnico de Antártica trataba de comprender lo sucedido.

- Que ocurrió?: - preguntó Merle aún descalzo, no había tenido tiempo de vestirse totalmente.

- Las amarras se separaron porque alguien o algo manipuló los controles.

- Eso es imposible.

- Lo tengo en el radar -Dijo Novos -la nave esta dirigiéndose a la tierra con los motores principales al máximo. Tiempo de llegada 5 minutos.

- Tiene que ser una falla en la computadora de navegación. - arriesgó Chávez - que otra cosa?.

- Ustedes dijeron que no funcionaba .- recordó Kowalsky

- Tal vez comenzó a funcionar y comenzó a correr el último programa que tenía cargado, volver a la tierra.

La computadora mostraba en la pantalla la ruta de la nave en color rojo.

- No funciona así, no en ese sistema prehistórico. Si sigue con la trayectoria actual se va a quemar al ingresar a la atmósfera.

- Se puede controlar remotamente?

Antes que el ingeniero pudiera responder el médico entró corriendo al puente.

- Merle! - Sdudendra dijo agitado -el cadáver de koroz ha desaparecido! Lo puse en criogenia ayer y la enfermería estaba cerrada....Ahora, desapareció!

- Eso es imposible! Un muerto no puede perderse! Donde esta?. Esto no puede estar pasando...

Todos guardaron silencio durante unos segundos, luego todas las miradas se dirigieron a la pantalla principal, donde se veía la silueta lejana del aparato.

- No me jodan - dijo Chávez -le hiciste una autopsia, por dios, no puede estar pilotando la nave!.

El Endeavour comenzó su reingreso a toda potencia. Desde el monitor podía verse como el casco tomaba un color rojo cereza a causa de la fricción. Una lluvia de chispas brotaba del fuselaje al comenzar a desintegrarse. Segundos después la nave estalló en el aire.

Todos guardaron un silencio absorto durante varios segundos.

- Tal vez solo quería volver a casa y eso hizo - Dijo Merle - mirando incrédulo los monitores.

---

---

# literatosis

»» **Ficha Técnica:** Dirección Genral: Alejandro Torterolo Ferreira / Consejo Editor: Juan Carlos Albarado; Jaime Trias Romanow; Ana Pisciotano / Traducciones: Natalia Hernández; Ana Pisciotano / Colaboradores: Marcelo Garbarino; Javier Tió / Ventas: Adrián Gabachutto, 18 de Julio esq. Carlos Roxlo (frente a Magic Center) / Suscripciones: suscripciones@literatosis.com / Sitio: www.literatosis.com

# FIEBRE

ENRIQUE JOSE DECARLI

Levanto las llaves térmicas y los tubos parpadean por sectores. La pizzería se va iluminando. Lo primero que veo es mi imagen. Estoy parado sobre una silla. El brazo derecho levantado. Cierro la tapa metálica de la caja de luz. Ahora saco la lengua y ahora la guardo. Tengo cara de dormido. No llego a ver este detalle en el espejo pero lo imagino. Siento los ojos achinados. Los pómulos tirantes y la boca pastosa. Me acomodo en la silla y apoyo la cabeza contra la pared. Al zumbido que producen los tubos de luz se une otro zumbido. El motor de las heladeras. Entonces me doy cuenta. Hay abrigo y carteras colgados en las sillas. Hay portafolios en el suelo, apoyados contra las mesas. Hay varias mesas servidas. Hay tickets pinchados. Hay carpetas. Hay billetes y monedas que parecen propinas. Bandejas preparadas sobre la barra.

Me levanto y recorro el salón. Por alguna razón, los dueños de estas cosas, los mozos -y evidentemente todos- se fueron de urgencia. Tanta urgencia que nadie se acordó de mí. Pienso en un principio de incendio o en un temblor, aunque a simple vista no hay indicios de algo así. Las cortinas cerradas sugieren un robo. Un robo a mano armada y toma de rehenes. Las luces estaban apagadas y los ladrones que toman rehenes (una vez lo vi en televisión), prefieren trabajar a oscuras y con las cortinas cerradas. En este momento los rehenes estarán declarando y los ladrones, presos. O los rehenes seguirán rehenes, repartidos en los autos que escapan perseguidos por mil patrulleros que no se deciden a disparar.

Abro las cortinas. La madrugada debe ser fresca. La vi por la ventana del depósito cuando desperté y también entonces me pareció fresca. El depósito, igual, es frío, y además hoy amanecí meado. Miro el reloj sobre la barra. Todavía no son las cinco. Llego a la puerta de entrada y confirmo lo que imaginé. Está sin llave.

En una mesa, debajo del servilletero, hay un folleto color rosa. La imagen, de tan negra y difusa, es grotesca. Una mujer en ropa interior, parada bajo el marco de una puerta. Dice: *Desde Holanda para vos*. La dirección es a dos cuadras. Una escapada, entre ida y vuelta, demorará media hora. Cuarenta minutos, como mucho, que la pizzería, hoy, servirá el desayuno más tarde. Pero antes, otra cosa. Yo vine hasta esta mesa a buscar una servilleta. En la barra encuentro una birrome. Me siento. Hago memoria o invento. Empiezo a escribir el final del sueño: «*Qué faltas de ortografía, dijo* ».

---

**Enrique José Decarli** (Buenos Aires, 1973). Abogado y músico. Recientemente seleccionado como uno de los nuevos Sudaca Border por la tradicional editorial Eloísa Cartonera por su libro *Jauría*. Publicó *Desde la habitación del sur* (Cuentos), *Libresa*, 2009, finalista del *Concurso Internacional de Literatura Juvenil Libresa 2008*, en Quito. Su obra aún inédita, *Vía Láctea* (Cuentos), acaba de ser finalista en la tercera edición del *Concurso Literario Eugenio Cambaceres*, organizado por la *Biblioteca Nacional*. Desde el año 2008 dicta talleres de lectura y narrativa en la *Casa de la Cultura Municipal de Almirante Brown* y otras instituciones privadas. En septiembre de este año, la editorial *Textos Intrusos* publicará *Big Bang*, su segundo volumen de relatos. Actualmente reside en Rafael Calzada, provincia de Buenos Aires

---

Mesa por mesa recojo las propinas. Reviso los maletines, las carpetas y las carteras. Si hay dinero, lo guardo. Hace mucho que no pago una mujer y no sé cuánto se estará cobrando. Si bien es bastante el dinero que junto, por las dudas agarro lo que hay en la caja, y unos ahorros que tengo escondidos, hechos un rollito en un par de medias.

Pego la cara al vidrio de la ventana del depósito. Entre tanta oscuridad, en la playa de estacionamiento vacía, se destaca una oscuridad más densa en forma de grúa. Una serie de flashes blancos, azules y rojos penetra hasta donde estoy y se desplaza sobre las paredes. No entiendo el impulso de agacharme y contener la respiración. Un golpe corto de sirena. Los flashes giran, largos, por la playa de estacionamiento, descubriendo manchas de aceite y la silueta de un colectivo de auxilio. Otro golpe de sirena. El ruido de un motor que acelera y se aleja. Inexplicablemente, me alivio. Aunque nadie me haya visto agarrar el dinero, soy la única persona que quedó en la pizzería. En algún momento alguien se acordará y no quiero perder el trabajo ni la vivienda. Decido devolverlo, pero no puedo recordar cuánto correspondería a cada billetera, a cada cartera, a cada maletín o a la caja registradora. Sé que lo mío es mío porque es un rollito atado. Además es probable que mis ahorros no alcancen para pagar la mujer. Y en el fondo, a decir verdad, los únicos que me dan un poco de pena son los mozos. Son buena gente. Buenos compañeros. Me da lástima quitarles las propinas. Me da lástima pensar (y esto lo pienso por primera vez), en no volver a verlos.

Armo el bolso en el depósito y salgo a la calle. Dejo la puerta abierta tal cual la encontré. La madrugada (no me equivoqué) es fresca. Nublada. Debería volver -son sólo unos pasos- y elegir un abrigo de los que quedaron sobre las sillas. Pero ya es tarde. No sé muy bien qué significa esto. Tarde. Pero lo pienso.

Espera parada, como en el folleto, bajo el marco de una puerta abierta. Ahora que dejó de ser una imagen difusa estampada en un papel, no me resulta para nada grotesca. Calculo que tendrá mi edad. Mira, o simula que mira, indiferente, hacia otro lado. La pierna derecha sobresale de entre la bata hasta la ingle. Antes de que termine de acercarme dice algo que no entiendo. Habré pues-to cara de que no entiendo porque, creo, lo repite:

-Cogemos y te vas -dice-. ¿Okey?

Está descalza y señala el pasillo atrás de ella. La bata se abre a un corpiño turquesa, calado, abultado bajo un montón de bucles rubios.

-Sos hermosa -le digo. Y me doy cuenta de que la bomba-cha y el corpiño no hacen juego, y que la bata es de toalla.

El pasillo, además de poco iluminado, se ve largo. Un conventillo de baldosas rojas y paredes altas sin revocar. Ventanitas de madera pintadas de verde. Las puertas, apenas separadas por unos centímetros de pared, más que las puertas de casas diferentes parecen casillas de tubos de gas. Voy adelante y no la escucho caminar. Cada tanto me doy vuelta. Pienso que tendrá los pies sucios y helados, y entonces le pregunto el nombre.

-Mariel -dice. Pero las putas nunca dicen el nombre verdadero y nunca te besan en la boca.

El pasillo es angosto y a medida que nos internamos se angosta más. Lo noto porque recuerdo: al principio, debajo de cada ventana se extendía un tendedero de ropa individual. Ahora las ventanas enfrentadas comparten un mismo tendedero. Igual, los faroles. Al principio estaban adheridos, alternadamente, a izquierda y derecha. Ahora aparecen justo sobre el medio del pasillo, adheridos por dos fierros, uno a cada pared. Le pregunto a Mariel si falta mucho.

-Falta -dice-. Sigamos.

-Por qué mejor no cogemos acá -digo en broma.

-Está un poco fresco. -Ella no parece hablar en broma-. Pero bueno -dice.

Deja caer la bata. Dobla los brazos detrás de la espalda para desabrocharse el corpiño. Me saca la ropa y la acomodo sobre el bolso. Mariel, desnuda, se pone contra la pared. Abre las piernas. Quiebra la cintura y levanta los brazos. Apoya las manos en los ladrillos.

-Dale -dice mirándome de costado.

No se da cuenta o se hace.

-No sé qué pasa -digo-. No pasa nada.

-¡Estoy harta! -grita-. Harta, ¿entendés? -Los gritos re-tumban y tengo miedo de que alguien se asome. Mariel se pone la bata y empieza a caminar rápido hacia el fondo. Deduzco que el pasillo irá girando, porque a medida que se aleja, sólo veo la mitad de ella. Termino de vestirme y corro hasta alcanzarla.

-Qué querés -dice.

-Supongo que será el frío -digo-. Disculpame.

-Okey -dice-. En casa vas a estar mejor.

Los últimos metros antes de llegar a la casa de Mariel (al menos ella habla de unos últimos metros), camina-mos de costado y con el bolso es difícil. El pasillo dejó de ser un pasillo. Se convirtió en una cámara de aire oscura entre dos paredes altas, sin puertas ni ventanas. Al fin se abre, a una rotonda iluminada. Hay casas. Hay árboles en las veredas circulares. Hay faroles y jardines. Bancos de plaza. Garages. Balcones de flores colgantes. Hay ter-razas y antenas.

-Dónde estamos -digo.

-En Holanda -dice Mariel. Y ríe.

Cruzando la rotonda, el pasillo sigue. Mariel ahora va adelante. Otra vez caminamos varios metros de costado. El pasillo, poco a poco, se va ensanchando. Vuelven a aparecer las puer-tas, los tendederos y los faroles compartidos. Los tendederos y los faroles individuales. Y no sé. No entiendo cómo Mariel puede reconocer la puerta en la que se frena. Es idéntica a las miles que pasamos después de cruzar la ro-tonda. La puerta abre para afuera, obstruyen-do totalmente el pasillo. De adentro del departa-mento sale un aire tibio y olor a comida. Por el espacio que queda entre la puerta abierta y la pared, dice que la espere. Un minuto. Le pre-gunto si con semejante viaje el trabajo le rinde. Grita que muy pocos clientes son de la aveni-da. La mayoría son del pasillo. O de Holanda. Y que sólo hace dos clientes por día. Uno a la tarde y otro a la noche. Pienso que, de ser eso cierto, hice bien, entonces, en traer tanta plata. La tarifa de Mariel debe ser cara. La puerta se cierra. Del otro lado está Mariel: una bolsa de dormir en las manos.

—Vamos a coger acá —dice—. A mi casa no entra nadie.

Se saca la bata. Estira la bolsa en el piso y se mete adentro. Dejo el bolso y me desvisto. Cuelgo la ropa en el picaporte. Enseguida ge-neramos calor, abrazándonos, besándonos, yo encima de ella o ella encima mío. Aun así, no puedo. No puedo y se lo digo.

-Para qué viniste -dice.

-No sé .

-Cogiendo se conoce gente, ¿no?

-Es verdad -digo.

-Eso dice Ariel. Un cliente.

-Nunca lo había pensado así.

—Pero no te gusto.

-No es eso. Será todo -digo. El frío. El can-sancio por la caminata. La incomodidad que me produce que en cualquier momento se abra una puerta y nosotros así. Haber encontrado la pizzería en esas condiciones-. Todo eso -digo-, será.

Se apoya de costado sobre un codo. Me aca-ricia la cara y la frente.

—Tenés fiebre —dice.

-Puede ser -digo.

Es probable porque a la noche volví a soñar. Una pesadilla se repite, desde los once o doce años, los días de mucha fiebre. Lo que recuerdo al despertar es mínimo. Fui anotando un párrafo cada vez que volvió. Entre fiebre y fiebre pueden pasar años. La historia queda ahí, por años, como la última vez.

—Bueno -dice Mariel-. Te voy cobrando. -Y fija el precio.

Le doy el dinero. Cuenta los billetes. Los guarda, hechos un rollito, adentro del corpiño que acaba de ponerse.

-Yo también guardo la plata así.

Pienso si detrás de alguna de todas las puer-tas que cruzamos podrá estar la habitación del sueño. Una habitación poco iluminada, de cor-tinas negras y paredes rojas que intensifican la sensación de fiebre.



Yo soy el único elemento que cambia a través de los años. Aparezco a la edad que tengo cuando sueño. La ropa, hace ya muchos años me queda bastante ajustada. Esto también intensifica la sensación de fiebre.

Entra mamá. La figura corresponde a las primeras imágenes que conservo de ella. En el sueño de anoche los dos tuvimos casi la misma edad. Yo, incluso, pude haber sido mayor.

—De repente en esta casa las ventanas no se abrieron más —dice.

Abre las cortinas pero no entra claridad. Afuera llueve.

—Todavía está su olor —digo.

—Porque no viste el cuerpo —dice—. Porque no le besaste la frente. Yo sí se la besé. Yo no me cagué en los pantalones.

—Los muertos me impresionan.

—Nada aprendiste de la muerte de tu padre.

Le digo que no. Siempre (estuviera papá vivo, o muerto, en la realidad) le digo que no. Ella repite, con entonación docente, lo que decía la abuela:

—El que no ve a los muertos «bien muertos», los sigue buscando y viendo por ahí. Sobre todo en los días de lluvia. En los días de lluvia —dice—: pensamos que se mojan.

Insisto:

—Yo lo vi.

—¡Nico se murió! —grita.

Agarra una urna y quiere abrírmela en la cara. La empuja y voy hacia la ventana.

—Vos necesitás ayuda —dice—. Urgente, necesitás ayuda. Por qué no llamas a la negra de Bonafide. Esa te entregaba. Si me acuerdo. Imagino ese cosito en semejante baúl.

Mamá nunca supo la verdad. La Negra, lo que me regalaba, eran Nugatones. Entonces me pregunta por qué no retomo el colegio. No quiero y se lo digo. Me recuerda lo que para mí es una novedad. Que el día anterior le pregunté si veteado va con ve corta o con be larga. Le digo que tampoco sé escribir madera balsa.

—¿Y?

—Cómo, y Andá al colegio y aprendé. Burro.

Ahora me interroga, otra vez la entonación docente.

—A ver a ver —dice—. Cómo se escribe asesino. Cómo se escribe escena. Cómo se escribe Ezeiza.

Pienso: Ss. Sc. Zz.

—¿Muñeco de trapo? ¿Caja llena de recuerdos? ¿Hijo de puta? ¿Casa vacía?

Esconde la cara entre las manos y se pone a llorar. Pregunta cómo se escribe mamá.

—Acento en la a —digo.

Se repone y ve unos libros sobre la mesa.

—Esto no estaba acá. Y esto de acá se va. Ladrón.

—Son de Nico —digo.

—Eran de Nico, eh. Eran Cayó el teloncito para Nico.

Se ríe a carcajadas contra la pared. Se pone seria.

—Dónde lo viste —dice. Señalo la puerta.

—Cruzar por ahí. Tenía un avioncito de ma-

dera hecho por papá. Los pies embarrados. Olor a aserradero. O a cajones de vino. Esos vinos que vienen en cajas de tres botellas. La chomba roja del frigorífico. La espalda llena de cenizas.

La mirada de mamá es ambigua. Por un momento parece que me cree y me alegro. Después no. Después no entiendo esa mirada.

—Habrà venido a buscar las chinelas —digo.

Mamá empieza a criticarlo. Que jamás fue un buen hijo. Jamás fue un nieto que visitara a los abuelos. Que no se le movió un pelo el día que se murieron.

—Quizá por el abuelo Álvaro —dice—, porque lo hizo entrar en el frigorífico. Y hasta por ahí nomás, mirá. Igual lo burlaba.

Me tiento de risa. Mamá tiene razón. Me acuerdo que Nico, al abuelo Álvaro, por el nombre y porque trabajaba en el frigorífico, le decía Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

—Pituco —dice mamá.

Esta parte fue la más difícil de reconstruir. Durante todo lo que viene estoy riéndome, repitiendo Alvar Núñez Cabeza de Vaca. La risa no me deja escuchar con claridad a mamá. Más o menos, creo que dice esto:

—Qué era. Un choricero era. Un choricero y se hacía el pituco. Un pituco preocupado por la herencia. Los abuelos siempre fueron unas ratas. Una tele, un delantal de cocina, la campana de los sándwiches, qué nos repartiríamos. Sabían que él no los quería, y no se animaban a decirle nada. Turro, por ejemplo.

Cuando paro de reír, mamá pregunta si Nico habló.

—Probablemente —digo.

—Qué dijo.

Como no contesto, Mariel hace la misma pregunta que mamá:

—Qué dijo —dice Mariel.

—No me acuerdo —digo.

Salgo de la bolsa de dormir y del picaporte descuelgo el pantalón. De un bolsillo saco la billetera. De la billetera saco la servilleta. Me siento en el piso. Las baldosas están heladas. Leo:

«*Qué faltas de ortografía*, dijo.

¿*Es un sueño?*, Nico, le pregunté.

*Me parece que no*, dijo. *Mamá murió. Es mentira que mamá sigue acá. La quemamos en Tristán Suárez y nos dieron las cenizas.*

Después dice algo que no entiendo:

*Diría, no es, no soy, yoyó, lector de lector, medio mortuoria.*

¿Eso dijo ?, pregunta mamá. Por primera vez la veo asustada.

Probablemente, digo.

Qué plan tan perverso, dice. Empieza a sacarse la ropa y yo me hago pis encima.»

—Hasta ahí llegué. Me desperté meado.

Mariel se sienta y saca, un atado de cigarrillos y un encendedor. Me convida. Aunque no fumo, acepto. Enrolla la bata y la pone a modo de almohada. Se recuesta boca arriba, un brazo bajo la nuca. Fumamos en silencio. Las paredes del pasillo son altísimas. Pero en el fondo se ve la noche. Negra. Y ahora estrellada.

# Literatosis!

Revista Latinoamericana

# Zona de Alienación

ESTEBAN LOZANO

---

**Esteban Lozano** (Miami). Se desempeña desde el 2008 como Editor Asociado para *Luxury Road Magazine*, publicación bimestral panameña sobre lujo, cultura y arte que se distribuye en América Central. Con su obra *Los amantes de Shakespeare* ha obtenido el Primer Premio en la VI edición del concurso Monteluna de textos teatrales otorgado por el Área de Cultura de la Universidad de Huelva, España. Obtuvo, por su novela *Procurar antes perecer*, el Premio Novela Argentina otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación, conjuntamente con la XIV Feria del Libro. Actualmente publica en *Sub-Urbano*, *Revista Cultural de las Letras Hispánicas* con sede en Miami, a cargo del Sr. Pedro Medina.

---

«Somos inteligentes porque tenemos manos.»  
Anaxágoras

Es inevitable, dada su naturaleza, que alguien dude de la veracidad de estos hechos, pero si suprimiese lo que puede parecer extravagante e increíble no quedaría nada. (Me apresuro a manifestar que he redactado estas páginas para mí y para nadie más; que ese «alguien» del que hablo en la frase inicial -frase que no me pertenece pero que incluyo porque parece escrita a propósito del tema cuyo abordaje me auto-impongo- no es menos ilusorio que el sol moviéndose alrededor de nuestro planeta.)

Los primeros informes consignaban que las víctimas habían sido atacadas de noche y que se les había practicado, mediante algún objeto punzante, una serie de perforaciones en el cráneo con el propósito de abrirlo para extraerles el cerebro, del cual no habían quedado vestigios. La policía estaba desorientada, así como la prefectura (los ataques habían sucedido cubriendo una extensa superficie, incluyendo la zona portuaria). Aquella primera noche hubo un total de diecisiete víctimas de ambos sexos y de las más variadas edades. La intervención de la policía científica aportó un dato significativo: en aquellas cabezas rajadas y vacías habían quedado rastros de radioactividad: cuando se les acercaban, los contadores Geiger susurraban con voz de estática.

Cuarenta y ocho horas más tarde se sumaba a la antedicha evidencia la declaración de un testigo ocular, que ni siquiera sabía cómo había logrado escapar del segundo letal ataque ocurrido a pocas cuadras del anterior. Al decir del Sr. Amílcar Robles, que tomaba mate y fumaba en la puerta de su casa en la localidad de Villa Domínico, al sur de la ciudad de Buenos Aires, esa tórrida noche pudo distinguir unas siluetas de palidez cenicienta que se movían en la oscuridad; pequeños cuerpos bípedos cuyo volumen se adivinaba por la fosforescencia verde que parecía emanar de ellos. El testigo agregó que emitían «un sonido gutural, una cadencia sincopada, como de ultratumba» (sic). Apenas vio que estos seres se lanzaban sobre los escasos peatones que pasaban frente a

su casa, huyó en pánico hacia la comisaría más cercana en busca de refugio y para contar lo sucedido. Al tomársele declaración, el Sr. Robles dijo que las diminutas entidades, que no tendrían más de 20 o 25 centímetros de altura, saltaban ágilmente del suelo a la cabeza de sus víctimas, se aferraban a ellas y de inmediato podía oírse el horroroso golpeteo que ocasionaba el quiebre de los huesos del cráneo mezclado con los gritos del agredido, quien casi de inmediato se desplomaba sin vida.

El Sr. Amílcar Robles fue luego escoltado a su casa, en cuyas inmediaciones se descubrieron los cadáveres de veinticuatro personas (once masculinos, siete femeninos, dos matrimonios heterosexuales y uno homosexual masculino) con sus cabezas abiertas y desprovistas de cerebro. De los agresores, ni el menor rastro, como en la anterior ocasión: ni siquiera la huella de un pie

¿Acaso aquellas criaturas evitaban cuidadosamente hollar la tierra para no dejar su impronta, como el monje shaolín al caminar sobre papel de arroz?

2

A una semana del primer incidente, la situación estaba muy lejos de ser controlada. Más bien había pasado a mayores de manera alarmante: los ataques se multiplicaron y se extendieron en abanico desde el epicentro (donde tuvo lugar el primero de ellos) hacia el oeste, siendo su límite este, al menos en aquel momento, el río. Lo que más lamentaban científicos y autoridades por igual era la carencia de un rastro radioactivo consistente que les permitiese llegar hasta el lugar en que hipotéticamente se refugiaban los agresores.

En la web, como no podía ser de otra manera, se hacía todo tipo de especulaciones, muchas de ellas aportes de usuarios del exterior interesados en el tema, resultando de su lectura la inequívoca verificación de que la diversidad es uno de los atributos esenciales de este mundo: los zoólogos enfatizaban con pelos y señales que podría tratarse de una nueva clase de vertebrado bípedo de hábitos nocturnos que, inexplicablemente, hacía su aparición; los entomólogos alfileteaban la teoría de que una especie no clasificada de insecto gigante se había desarrollado a nuestras espaldas y ahora, por fin, nos enfrentaba; los paleontólogos cepillaban la hipótesis de que se trataba de una invasión de pequeños dinosaurios, los denominados **Procompsognathus -cuyo apócope, compis, nos es más familiar-, recreados en**

**laboratorio mediante manipulación genética o que podían haber sobrevivido en algún aislado paraje subterráneo o caverna durante decenas de millones de años;** los aficionados a las teorías conspirativas, divididos en dos bandos principales, echaban espumarajos proclamando rabiosamente que: a) a los inescrupulosos científicos que trabajaban al servicio de los militares se les había ido de las manos un experimento cuyo propósito era la creación de una nueva arma bacteriológica, y b) un ejército de autómatas asesinos había desembarcado clandestinamente en el puerto de Buenos Aires, enviado quizá por Gran Bretaña o Chile, con el propósito de tomar por asalto a nuestro país y quedarse de una vez y para siempre con él, y además -lo que no constituía un dato menor- desmalezado de argentinos; los nativos de Madagascar oteaban el horizonte desde las alturas de la meseta de Bemaraha convencidos de que sus antepasados, los tan diminutos como temibles Vazimba, se preparaban a emprender el viaje definitivo a la Gran Isla Roja para enseñorearse de ella, como lo hicieron en tiempos ancestrales migrando desde la Polinesia, pero esta vez imbuídos del espíritu de la sádica reina Ranavalona; Greenpeace denunciaba que probablemente algún laboratorio no fiscalizado buscaba desarrollar, mediante nanotecnología y con fines netamente mercantilistas, microorganismos artificiales con suficiente apetito como para comerse las manchas de petróleo cuando se produjesen derrames en el mar, degenerando la prueba en la gestación de los mortales entes verduzcos que eran de dominio público, y finalizaba alegando que, en todo caso, nada verde puede ser *tan* malo; los responsables del departamento de Recursos Humanos de las más selectas discotecas convocaban a los agresores -»sea cual sea su color, credo e inclinación sexual»- a través de las páginas de avisos clasificados para cubrir vacantes como patovicas; los australianos, iracundos, saltaban como marsupiales esgrimiendo la convicción de que si un embajador de su fauna autóctona tan famoso en todo el mundo como lo era el Diablo de Tasmania había llegado a las remotas pampas, indudablemente se debía al accionar de inescrupulosos traficantes de vida silvestre; los niños, creyendo que se trataba de un nuevo juguete dentro de la tipología robótica, se preguntaban y preguntaban a sus amiguitos, a través de las redes sociales, si su manufactura pertenecería a Hasbro o a Ditoys; la Asociación Argentina de Psicología, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, la Federación de Psicólogos de la República Argentina, la Asociación Psicoanalítica Argentina, la Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología y otras entidades afines coincidían en acosar en el diván la suposición de que colegas faltos de ética habían hipnotizado a enanos de circo en situación de calle que buscaban ganarse la vida como cobayos humanos, provocando que aflorase el Elio y los lanzase -Thanatos mediante- a noche traviesa y ciegos

de ira; la colectividad irlandesa empujaba la tesis de que estos misteriosos seres eran duendes y por eso no dejaban rastro alguno, y mucho menos si dicho rastro conducía a calderos repletos de monedas de oro al pie de un arcoiris; los milenaristas revelaban que se trataba de extraterrestres y que el fin de los tiempos era inminente, salvo para unos pocos elegidos (ellos mismos), y se preparaban a peregrinar al cerro Uritorco o a Bugarach; la comunidad paraguaya cebaba la creencia de que eran una versión moderna y más violenta del legendario Yasy Yateré guaraní, diminuto personaje nocturno de cabellos blancos o plateados, dotado de un bastón de oro, que atrae a los niños con un silbido hipnótico con el propósito de raptarlos; en Haití se remendaba la inconsútil convicción de que, tras padecer tormento ajeno, los maltrechos muñequitos utilizados para practicar el vudú con agudo encono se erigían sobre sus piernas de estopa en indiscriminada venganza; los miembros del Frente de Liberación de los Enanos de Jardín modelaban la teoría de que dichas estatuillas habían cobrado vida merced a un hechizo, quizá al contacto con una sangre sacrificial, como el ídolo de las Cícladas cortazariano («ese blanco cuerpo lunar de insecto anterior a toda historia»), y decidido rebelarse contra quienes los sometieran a tantos años de forzada vigilancia de sus jardines, tanto en el agobiante estío como bajo la furia de los elementos en los más crudos inviernos; la Iglesia prefería morderse la lengua con dientes de oro y piedras preciosas por no profetizar que las nuevas plagas de Egipto habían vuelto para quedarse por estas latitudes, de modo que el Papa se limitó a twittear su desconcierto alegando que los caminos del Señor son misteriosos; los Testigos de Jehová anunciaban desde su atalaya que, ante la eventualidad de un ataque por parte de estos entes indiscernibles, rechazaban de plano la perspectiva de ser transfundidos (pero ¿acaso existen las transfusiones *de cerebro?*); los mormones, o santos de los últimos días, colgaban de las ramas de su árbol genealógico el supuesto de que los agresores tenían filiación con las tribus perdidas de Israel, y organizaban guardias nocturnas con la intención de captarlos para su iglesia; los devotos de las ciencias ocultas y de los ritos satánicos daban fe en latín de que se trataba de demonios, conjurados al fin tras centurias de negra plegaria; los espiritistas se tomaban de las manos y a través de su médium -o webmaster- comunicaban que se trataba de espíritus sin descanso en busca de revancha; la izquierda hacía fuego a discreción sobre la derecha afirmando que nos enfrentábamos al avatar del enano fascista que los argentinos llevamos dentro, y la derecha repetía, en referencia a las víctimas -más de 2.100 hasta aquel momento-, «algo habrán hecho»; el presidente del Club de Fans de los Zombies del Cine, Marcelo Gil, aseveraba que tanto él como los miembros de dicha entidad arrastraban la esperanza de que se tratase realmente de muertos vivientes -dada su talla, muertos vivientes liliputienses-, acotando, con ojos desmesuradamente abiertos y voz de inframundo, que si los zombies no existiesen habría que inventarlos; hasta hubo quien alegó, apelando al más elevado nivel del sarcasmo, que, considerando los hechos acaecidos, la expresión «fuga de cerebros» cobraba un nuevo significado y así al infinito, sin que faltasen, claro está, las guasadas de los groseros de turno, que son legión, y para los cuales no hay lugar en mi informe, que pretende ser serio y objetivo.

Pero la realidad, como suele suceder, es mucho más extraordinaria que la imaginación, y este caso, como lue-

go se supo, no constituyó la excepción de la regla.

3

Veintiséis días habían transcurrido desde «el comienzo del fin», como algunos que fueron tachados de alarmistas por las autoridades calificaron a la situación, y aún nada se sabía de los enigmáticos seres que robaban el cerebro de sus víctimas: su número -el de las víctimas- ascendía por entonces a 3.482 dentro del área antes referida, cuya población había sido evacuada a tiendas de campaña erigidas en predios pertenecientes al ejército.

La comunidad científica internacional no se explicaba lo que sucedía, y su proverbial reserva se hacía patente cada vez que alguno de sus miembros era interrogado por la prensa acerca del tópico: «Sin comentarios» era la respuesta recurrente.

Entretanto, las autoridades cerraron las fronteras y decretaron el estado de sitio, anunciando a la vez una recompensa de gran cuantía para quien proporcionase datos que efectivamente condujeran al paradero de los agresores. Las líneas rotativas habilitadas a tal propósito estaban al rojo vivo, pero se trataba casi en su totalidad de llamadas para hacer bromas de mal gusto o dar pistas falsas con la intención de desorientar aún más -si tal cosa era posible- a los investigadores. Sólo unas pocas llamadas eran serias, pero conducían indefectiblemente a callejones sin salida.

4

Poco después los ataques comenzaron a sucederse en otras zonas de la provincia de Buenos Aires, algunas de ellas sensiblemente distantes del área en que todo comenzó, e incluso entre sí: San Martín, González Catán, Ensenada. No obstante el toque de queda, que nadie habría osado infringir exponiéndose a transitar las calles desiertas (hasta los mormones se habían replegado), la cantidad de víctimas fue en aumento debido a que los agresores cambiaron su metodología: ahora se las arreglaban para invadir los domicilios colándose dentro por los resquicios menos pensados, y de no haberlos se abrían paso a través de los vidrios de las ventanas, haciéndolos añicos con sus propios cuerpos al saltar al interior con una violencia desmesurada. Nadie podía aportar datos acerca de su morfología puesto que nadie sobrevivía al ataque, y los celulares y cámaras digitales en que unas pocas víctimas pudieran registrar sus últimos segundos de vida habían sido destruidos por los agresores con tanta saña que de sus chips estragados se hacía imposible recuperar siquiera una imagen. Era evidente que existía alguna inteligencia detrás de su proceder, un comportamiento organizado, un plan, por decirlo de alguna manera, que incluía el firme propósito de no dejar huellas para evitar que les siguiesen la pista. Agreguemos que muchas cámaras de seguridad habían captado los episodios de invasión a la propiedad privada, pero al ser reproducidas las grabaciones sólo mostraban manchas blanquecinas desplazándose en la oscuridad; manchas que repentinamente desaparecían a través de una ventana en medio de una lluvia de vidrios. Ni siquiera deteniendo el cuadro podía discernirse su aspecto: sólo se apreciaba una pálida silueta borroñeada a causa del movimiento.

El número de cadáveres crecía noche a noche con o sin luna y jamás menguaba. Los países limítrofes redoblaron la guardia en sus fronteras, y el Uruguay, país con el que la Argentina comparte la administración de la isla Martín García, en una clara muestra de paranoia

institucional decidió erigir en tiempo récord un muro de concreto de 20 metros de altura que hoy la atraviesa al medio de noroeste a sudeste, como si un hambriento y furioso King Kong estuviese al acecho con el propósito de devorar a cuanto charrúa se le cruzase en el camino.

5

¿Qué se sabía a ciencia cierta de los agresores? Poco y nada. El dato que surgía como más importante, o al menos llamativo, era el de la radioactividad. Quizá ésa fuese la punta del ovillo: había que tirar de ahí.

Primero vinieron a mi mente las centrales nucleares de Atucha y Embalse. La primera estaba ubicada en el partido de Zárate, a 115 kilómetros al noroeste de la ciudad de Buenos Aires; la segunda, en la provincia de Córdoba, a 30 kilómetros de Río Tercero. Me senté al teclado, abrí un documento Word y escribí: Atucha – Embalse. Resalté Atucha en negrita. ¿Accidentes? Ninguno. Al menos ninguno que hubiese trascendido. Guardé el documento bajo el título «Radioactividad». Me conecté y busqué accidentes nucleares ocurridos en el mundo. El más reciente e importante había sucedido en el 2011 en la planta nuclear de Fukushima, en Japón, considerado tan grave como el de la central de Chernobyl, Ucrania, en 1986. A este último le seguían el de Three Mile Island, en Pennsylvania, Estados Unidos, en 1979; el de la Planta A1 de Checoslovaquia, en 1977; los de la Estación Nuclear Enrico Fermi y la central Chapelcross, ambos en Escocia y en 1967; el de SL-1, en Idaho, Estados Unidos, en 1961; el del Laboratorio de Santa Susana, Simi Hills, California, Estados Unidos, en 1959; el de Windscale, en Inglaterra, en 1957; el de EBR-I, nuevamente en Idaho, Estados Unidos, en 1955, y por fin el de NRX, en Ontario, Canadá, en 1952. Prácticamente desde que el hombre manipulaba la energía nuclear había ocasionado accidentes. Copié y pegué los datos en el Word. Luego busqué las pruebas nucleares: las había atmosféricas, subterráneas, estratosféricas y submarinas, y la cantidad era abrumadora. La más reciente: la subterránea realizada por Corea del Norte en febrero del 2013, que había ocasionado un sismo de 5 grados en la escala de Richter. Estados Unidos había llevado a cabo, entre 1945 y 1992, nada menos que 1.054 pruebas, por no mencionar los dos criminales y vergonzantes ataques nucleares contra Japón. Le seguía la Unión Soviética: entre 715 y 969 detonaciones (así estaba expresado, como si una diferencia de 254 pruebas nucleares fuese moco de pavo); calculé el promedio de la diferencia y escribí: 842. Francia había efectuado 210, la mayor parte de ellas tan lejos de su territorio continental como la Polinesia francesa. Gran Bretaña 45, casi la mitad en territorio australiano y muchas de ellas conjuntamente con los Estados Unidos. China había realizado 45, mitad subterráneas y mitad atmosféricas. Corea



del Norte 3 en su propio territorio, y las anteriores a la mencionada más arriba se habían realizado en 2009 y 2006. La lista finalizaba con la India y Pakistán, con 5 y 3 pruebas, respectivamente. Un total de 2.207 detonaciones en apenas tres cuartos de siglo. Cómo aún no había volado en pedazos el planeta, era un misterio

Además estaba el asunto de los submarinos nucleares, tanto estadounidenses como rusos, que se habían averiado por diversos motivos y hundido: 3 y 9, respectivamente. Los rusos habían tenido por lo menos 10 accidentes, reconocidos oficialmente, vinculados a los reactores nucleares de sus submarinos.

Releí los datos: todo había ocurrido muy lejos de casa.

Repasé mi lista cuidadosamente, buscando la posible conexión entre accidentes / pruebas nucleares y nuestro país. Aparentemente no la había.

Aquella noche, tras un breve zapping, me quedé viendo «Taras Bulba» en la cama hasta que el sueño me venció. Sabía que los paisajes pertenecían a nuestra provincia de Salta, donde J. Lee Thompson la había filmado: el río junto al cual cabalgaban los cosacos no era el Dnieper sino el Pilcomayo. La película databa de 1962. Más allá de que los productores hubiesen elegido a nuestro país no sólo por los apropiados exteriores sino, además, para abaratar costos, hubiese sido imposible rodarla en territorio de la Unión Soviética en plena guerra fría: el Kremlin jamás hubiese aceptado a un equipo de filmación proveniente de los Estados Unidos -su archienemigo- en tiempos en que tanto uno como otro bando creía ver espías hasta debajo de las baldosas. Así que ahí estaba: Salta la linda en mi pantalla.

Por la mañana, después de una caminata por el barrio durante la cual evoqué a un Yul Brynner joven y apuesto recortado contra las montañas salteñas, volví a leer mi lista y, quizá bajo el influjo de «Taras Bulba», recordé. Y recordar me llevó a encontrar la conexión que buscaba.

Organicé mis pensamientos: necesitaba ya mismo una caja de plomo y la suerte de ser atacado (a la primera la tuve al día siguiente; a la segunda, 96 interminables horas más tarde): no podía presentarme ante las autoridades con las manos vacías porque me tomarían por loco. Sólo restaba aceptar, como lo hacía todas las semanas, mi escopeta Beretta 471 Silver Hawk, y proveerme de un par de sesos de vaca y de lo más difícil de conseguir: paciencia.

6

En coincidencia con el día en que se cumplieron dos meses desde el primer ataque y el conteo de víctimas alcanzó la apabullante cifra de 14.623, me presenté ante los ministros del Interior y de Defensa; los mismos ministros que larguísimo tiempo atrás juraran, al asumir sus respectivas carteras, posando la mano sobre la una y otra vez mancillada Biblia («y si así no

lo hiciere »), herederos de una de las más arraigadas tradiciones de nuestro folklore político: jamás renunciar al cargo público, por más que Dios y la Patria lo demandasen. Ambos actuaban conjuntamente en el denominado -a falta de mayor inspiración- «Operativo Espectros», con sede logística en el Edificio Libertador, casa del Ministerio de Defensa, del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas y del Estado Mayor General del Ejército. En mesa de entrada manifesté la necesidad de ver a las autoridades inmediatamente, pues les traía la solución del enigma. Confiaba en que mi intachable foja de servicios como ex Principal de la policía bonaerense me abriría las puertas, y una vez más, como tantas otras en mi vida, comprobé, con orgullo, que no me equivocaba. Al fin, tras lánguida hora y media, se presentó ante mí un empleado de impecable traje que me hizo pasar a una oficina donde tuve que mostrarle la prueba que llevaba en el maletín y contarle, en pocas palabras, las muchas que reservaba para los ministros. El empleado salió de la oficina y reapareció un momento después, pidiéndome que lo acompañase. Entramos a una gran sala de reuniones y me senté ante una botella de agua mineral, un vaso, una servilleta de papel y dos ministros rodeados por un séquito de militares, asesores, científicos y un taquígrafo, todos ellos portadores de los atentos oídos que tanto ansiara conseguir.

«Caballeros: como ya saben por las credenciales que presenté, soy Isidoro Casares, ex Principal de la policía bonaerense; estoy jubilado, y en mis ratos libres, que son todos, leo los diarios, veo los canales de noticias por cable y navego la web, ya que mi pasatiempo favorito es resolver enigmas desde la comodidad de mi mecedora »

«Usted ha dicho al solicitar audiencia que tiene la solución del asunto que nos ocupa», dijo el Ministro del Interior, «y mi asistente, el caballero que lo atendió, me ha aconsejado que lo escuche, aclarándome que usted le manifestó la necesidad de explayarse debido a que, de ser explicado en pocas palabras, lo que ha venido a decirnos sonaría a locura o broma pesada. Bien: lo escuchamos.»

Todos me miraron guardando un escéptico -y, en no pocos casos, burlón- silencio.

«Muchas gracias, señor Ministro. Pero quiero aclarar que traigo no la solución del asunto que nos ocupa, como usted ha dicho, sino la solución del enigma: sé qué está ocurriendo, y cuando lo sepan serán ustedes quienes deberán poner fin a esta situación.»

El Ministro hizo un gesto instándome a continuar.

«Para entender lo que está sucediendo, hay que remontarse al año 1986. Ese año, y más precisamente el sábado 26 de abril, en la central nuclear Vladimir Ilich Lenin de Chernobyl, en Ucrania -por entonces una de las repúblicas socialistas soviéticas-, hubo un accidente ocasionado por un simulacro de corte del suministro eléctrico. El hecho es que, como consecuencia de las numerosas y graves violaciones a las normas del Reglamento de Seguridad Nuclear de la Unión Soviética cometidas aquella noche por el personal de la central nuclear, dicho simulacro devino alarma real cuando el núcleo de uno de los cuatro reactores se sobrecalentó y produjo la explosión del hidrógeno acumulado en su interior. La cantidad de materiales radioactivos y tóxicos liberada -carburo de boro, dióxido de uranio, erbio, óxido de europio y aleaciones de circonio y grafito- fue noventa veces mayor que la liberada por la bomba atómica que destruyó Hiroshima. La explosión mató de manera directa a una treintena de hombres esa noche y durante las semanas posteriores, deter-

minando, además, la evacuación de cuatrocientas mil personas que poblaban las inmediaciones. Los vientos hicieron su trabajo y se detectó radiación en trece países de Europa central y del este, ocasionando el pánico en la comunidad internacional. Las tareas de contención realizadas sobre el reactor afectado evitaron una segunda explosión que podría haber dejado inhabitable a toda Europa. Tras el accidente, seiscientos mil 'liquidadores', como se llamó a los voluntarios reclutados, llevaron a cabo un operativo de descontaminación a gran escala en los alrededores de la central nuclear, y fue aislada un área de treinta kilómetros a la redonda, la denominada 'Zona de alienación.' Se sabe que más de trece mil 'liquidadores' han muerto por haberse expuesto a altas dosis de radiación, pero hasta hoy no existen trabajos concluyentes sobre la incidencia real del accidente en la mortandad de la población ucraniana o en la de la población de los países vecinos afectados ni vendrían a cuento, de haberlos. Lo dicho alcanza para que ustedes sepan cómo comenzó el azote que estamos padeciendo.»

«¿Qué tiene que ver lo que ocurrió en Ucrania hace décadas con lo que está sucediendo hoy, ahora mismo, en nuestro país?» La voz del Físico sonó impaciente, incluso soberbia, y el tono descalificador.

«Todo», dije, «como ustedes comprenderán enseguida. En 1988, el gobierno radical de Raúl Alfonsín comenzaba a desmoronarse. Su programa económico había fracasado y la oposición peronista, alentada por el triunfo logrado en las elecciones legislativas el año anterior y la presión ejercida por los organismos internacionales de crédito, tenía en jaque al primer gobierno democrático tras los años de plomo. El pueblo se sentía defraudado por la administración a la que había confiado su voto, debiendo padecer una 'economía de guerra' y medidas como las de 'obediencia debida' y 'punto final.' Sin embargo, el gobierno radical no había sido acusado hasta entonces de ningún hecho de corrupción. Las cosas cambiaron cuando el entonces Secretario de Comercio Interior, Ricardo Mazzorín, tomó una medida extrema: decidió importar quinientas toneladas de pollos procedentes de Hungría como parte de su estrategia tendiente a que los granjeros locales y las corporaciones multinacionales productoras de pollo bajaran sus precios, entre ellas monopolios como Cargill. Con esta importación, Mazzorín quiso regular el mercado interno y sobre todo el costo de la carne, de fundamental incidencia en el índice de precios en el momento en que la inflación crecía exponencialmente y el Plan Austral se derrumbaba. Esto no quiere decir que Mazzorín haya incurrido en un hecho de corrupción, pero como dice el refrán: 'la mujer del César no sólo debe ser honesta, debe parecerlo.' En efecto, Mazzorín, que renunció a su puesto -sí, caballeros: *renunció*, algo inaudito de acuerdo con nuestros estándares- a raíz del escándalo que enseguida referiré, fue sobreesido por la justicia, en 1995, del cargo de malversación de fondos públicos de que lo acusara la oposición tras ser investigado por la Comisión de Comercio de la Cámara de Diputados encabezada por el justicialista Alberto Pierrri, a quien secundaba el ucedeísta Alberto Albamonte, un ex policía federal que hizo del asunto su causa y se entregó a ella con fervor casi religioso, esgrimiendo, a modo de estandarte, un pollo gigante de plástico con el que peregrinó a Plaza de Mayo, al Congreso y a los estudios televisivos como un verdadero cruzado en sacra misión.

«Retomo la historia: los pollos congelados procedentes de Hungría fueron trasladados a las cámaras del Frigorífico La Pampa y del Frigorífico Platense, donde per-

manecerían hasta producirse su venta. La firma Frigorífico Avícola compró toda la partida para comercializarla, pero sólo recibió ciento sesenta y siete toneladas y media, ya que el SE.NA.SA<sup>1</sup> intervino declarando que los pollos estaban en mal estado. Una versión señalaba que se había excedido la fecha límite de congelamiento; otra, que habían fallado los sistemas de refrigeración del frigorífico, versión que corroboró la justicia para sobreeser a Mazzorín en 1995, considerando que -cito de memoria- 'el funcionario no fue el responsable de los problemas en las cámaras frigoríficas causantes de que se pudriesen varias toneladas de pollos.' El hecho es que en el Frigorífico Platense quedaron interdictas por el SE.NA.SA. trescientas treinta y dos toneladas y media. Cuando esto se hizo público estalló el escándalo y la indignación tanto de políticos de la oposición como de la opinión pública en general.»

Abrí mi maletín y extraje el voluminoso documento que había fotocopiado.

«Pueden comprobar la veracidad de todos los datos que he citado leyendo el fallo de la justicia Continúo. En uno de sus programas televisivos del ciclo 'Tiempo Nuevo', el periodista Bernardo Neustadt convocó, para tratar el tema, a un panel de invitados que incluyó a Albamonte. En ese programa se dijo que el gobierno gastaba fortunas en mantener a los pollos húngaros en las cámaras frigoríficas, a pesar de que ya no eran aptos para el consumo humano; que muchos de ellos presumiblemente habían ido a dar a las góndolas de los supermercados y que podían ser reconocidos por el ciudadano común por ser pequeños y esmirriados, muy lejanos en su textura física 'de la esbeltez del pollo argentino' (sic). ¿Por qué el gobierno continuaba conservándolos en cámaras frigoríficas en lugar de deshacerse de ellos? Porque, se dijo, resultaba más caro transportarlos a su morada postrera que pagar las altas sumas que el frigorífico cobraba por mantenerlos congelados. Neustadt, haciendo gala de su habitual sarcasmo pero inyectándole en esta ocasión cierta dosis de humor inquisitorial, clamó: '¡Quiero verlos arder en la plaza pública!', convirtiéndose por un momento en una suerte de Torquemada del mundo avícola.

«Los pollos de Mazzorín', como se los denominara, se convirtieron en el centro de conversación -si bien no de mesa, como en principio se pretendiera- de todos los argentinos. Una de las tantas versiones que circularon, y que devino mito urbano -y también rural-, fue que los pollos no procedían de Hungría sino de Ucrania; más precisamente de granjas situadas en la tristemente célebre 'Zona de alienación', vale decir: dentro de esos treinta kilómetros a la redonda del reactor nuclear dañado. Yo agregó que poco importa si procedían de Chernobyl o de una región de Hungría afectada por la radiación proveniente de Ucrania, el hecho es que estaban aquí, en Buenos Aires, y había que lidiar con ellos. Tal como debemos

lidiar con ellos *ahora* »

«Lamento interrumpirlo, señor Casares, pero quiero saber si estoy entendiendo bien: ¿usted dice que estamos siendo atacados por *pollos*?» El tono del Ministro de Defensa era de total incredulidad.

«Exactamente, y enseguida pasaré a explicarles los cómo y los porqués.» Murmullos, carraspeos, alguna risita contenida. «Ahora permítanme redondear lo que les estaba diciendo», continué. «Largo tiempo después de ocurrida la infausta importación, corrió el rumor de que, por las noches, camiones ‘fantasma’ pertenecientes a la municipalidad transportaban su cargamento de pollos buscando dónde darles sepultura. Así, se dijo que diversas bocas del Cinturón Ecológico recibieron a hurtadillas la patética carga, engulléndola en silencio y cubriéndola con un manto de olvido hecho de detritos: Villa Domínico y González Catán entre ellos, donde ocurrieron los primeros ataques que hoy nos ocupan Caballeros, allí es donde deben buscar la guarida de los agresores: el Cinturón Ecológico es nuestra propia ‘Zona de alienación’.»

Esta vez, silencio absoluto.

Era el momento de mostrar la pata. Extraje del maletín la bolsita de celofán que la contenía y anuncié, levantándola a la altura de los ojos de todos:

«Caballeros: esto que ven aquí es una pata de pollo agresor.»

Desconfianza e incomodidad podían palparse en el aire quieto del recinto.

«No se preocupen, yo mismo la llevé a un laboratorio amigo, de mis tiempos de policía activo, para que la analizaran: su índice de radiación es tan bajo que no representa amenaza alguna para nosotros.»

Coloqué la pata sobre el documento como si se tratase de un pisapapeles.

«Esta no es una pata de pollo común; o mejor dicho: no es una pata común de pollo. Los pollos tienen tres dedos en cada pata, y un espolón en la parte posterior llamado hálux. Como pueden ver, esta pata, además del hálux, posee *cuatro* dedos en lugar de tres. El pollo al que esta pata perteneciera quiso tomar por asalto mi casa para comerse -sí: he dicho *comerse*- mi cerebro de policía jubilado, pero tuvo un accidente al atravesar el vidrio de la ventana y se la amputó. La bestia quiso huir de mí arrastrándose, pero logré meterla en la caja de plomo que tenía reservada con miras a una eventualidad como ésta (una eventualidad, debo confesarlo, inducida por mí, valiéndome de un par de sesos de vaca como señuelo): sólo conocíamos unas pocas características de los agresores, y una de ellas era la radioactividad. Guardé la caja de plomo en el cuarto de los trastos viejos de mi casa de la calle Paraguay, en Valentín Alsina, que es donde resido. Allí estará mi pollo hasta que las autoridades lo requieran.»

Bebí un trago de agua y continué.

«El cerebro del pollo -me refiero al pollo común, claro está- ha sido estudiado

exhaustivamente, y se sabe que sus estructuras son comparables a las del cerebro de los mamíferos. Según el Dr. Joy Mench, profesor y director del Centro para el Bienestar Animal de la Universidad de California, los pollos y las gallinas muestran un comportamiento social sofisticado y tienen más de treinta diferentes tipos de vocalizaciones; según el Dr. Bernard Rollin, profesor de Ciencia Animal de la Universidad Estatal de Colorado, son animales con comportamientos complejos, aprenden rápido, muestran organizaciones sociales ricas y tienen un diverso repertorio de llamadas entre ellos; según el Dr. Rogers, profesor de zoología de la Universidad de Nueva Inglaterra, tienen capacidades cognitivas similares a las de muchos primates. Pero volvamos un momento a la pata: estos pollos, llamémoslos chernobylenses, desarrollaron a lo largo de décadas de vida latente -una vida latente inducida por la radiación y los materiales tóxicos a los que ellos mismos o sus antecesores fueron expuestos- un cuarto dedo que les confiere destreza extra. Así, han obtenido cualidades préniles y perceptivas, mutación que los indujo a ganar una mayor área de corteza cerebral asociada a dichas cualidades. ¿Qué ocurrió entonces? La pata escuchó el rumor del cerebro y el cerebro escuchó el rumor de la pata, y ambos crecieron y se modificaron mutuamente susurrándose órdenes »

Hice una deliberada pausa para que mi auditorio asimilara las ideas expresadas.

«¿Y entonces?» quiso saber cuanto antes el Ministro del Interior.

«Entonces no sería extraño que el paso siguiente fuese el desarrollo de manos, o al menos dedos, en el extremo de sus alas, y lo que vendría luego -aunque pareciera ridículo lo digo en serio-, casi con total seguridad, sería la adquisición del lenguaje. En el hombre, mano, cerebro y lenguaje son los pilares en los que se apoya el fenómeno reflexivo, o como lo expresara Anaxágoras sabiamente: ‘el hombre es inteligente porque tiene manos’ Lo que quiero decir, caballeros, es que estamos ante una nueva era en la historia evolutiva de los plumíferos. Y aquí debo hacer un paréntesis para comentarles que mi pollo, al cual pertenece esta pata, *tiene cabeza*. Ahora bien: acorde a los procedimientos usuales en la industria, los pollos llegaron a nuestro país eviscerados, acéfalos y sin garras. Una explicación plausible de la presencia en ellos de cabeza y garras -en este caso, garras de cuatro dedos- podría residir en que la radiación disparó su ADN e hizo que le crecieran nuevamente, incluyendo un pico cuya fortaleza, similar a la del pico cascanueces del loro, les permite perforar el hueso del cráneo de sus víctimas, pero esto sólo aportaría un dato más a sumarse a la red global de especulaciones acerca de cómo pollos irradiados se mantuvieron en estado de vida latente durante décadas -¿por efecto de la radiación combinada con un período extremo de congelamiento?, ¿de la radiación combinada con el ambiente en que fueron depositados, repleto de detritos orgánicos?, ¿por ambas cosas a la vez?- y ahora, tras reanimarse, nos atacan. Los pollos chernobylenses -y quiero que sean conscientes de que estamos hablando de *cientos de miles* de ellos- han mutado, desarrollando un incipiente nivel de inteligencia que les permite, digámoslo así, organizar aquello que sólo conocen por instinto y heredan biológicamente. En otras palabras: son capaces de trazar estrategias de caza como si se tratase de los miembros de una tribu primitiva anterior al advenimiento de la civilización. Y al igual que los miembros de muchas de aquellas tribus, creen que comiéndose al otro, sea enemigo o miembro de su misma



comunidad, adquirirán sus atributos: destreza para cazar, fortaleza física, habilidades insospechadas. No hay maldad en ellos: sólo aspiran a convertirse en seres superiores, en Zarathustras emplumados, y creen que comiéndose nuestros cerebros incrementarán su inteligencia. Lo cual constituye una ironía mayúscula, si es que los aquí presentes comparten mi concepto sobre la raza humana.»

Hubo en la sala algunos carraspeos, y varios traseros, incómodos, se removieron en sus asientos. Entonces intervino el Ministro del Interior, dirigiéndose a todos:

«Caballeros: no quiero ser alarmista ni hacerles ver fantasmas, pero ¿quién puede saber, dado el escenario del cual estos pollos provienen -siempre según la hipótesis del señor Casares, y de ser veraz su testimonio, naturalmente-, cómo reaccionarán si la irradiación que padecieron continúa haciendo efecto a lo largo del tiempo e incrementando su inteligencia? Piénsenlo: pequeños cerebros sometidos a siete décadas de propaganda comunista, y que un día despiertan de su letargo y se echan a andar en nuestra sociedad capitalista, occidental y cristiana en busca de alimento -nosotros- no para su cuerpo, sino para su mente. Y a medida que sigan alimentándose y la radiación continúe induciendo a sus cerebros a sumar neuronas, es inimaginable cómo actuarán. ¡Hasta puede que les crezca un quinto dedo! »

Dicho lo cual se miró su propia mano, no sé si para comprobar en carne propia cómo se vería un pollo de cinco dedos o por alguna otra causa. Por un instante pareció que el Ministro iba a continuar su alocución, pero felizmente pareció quedarse sin palabras y se sumió en un tenaz silencio, quizá sospechando haber dicho un par de cosas de más y media docena de estupideces.

«En efecto, este es un caso sin precedentes», continué, mirando primero al Ministro del Interior y luego a los demás, «y como no podemos prever la futura conducta de los pollos, yo les propongo un plan, el único que se me ocurre: crear en laboratorio condiciones análogas a las que, tras el accidente en la central nuclear de Chernobyl, afectaron a los pollos convirtiéndolos en lo que hoy son, y someterlos a un tratamiento de dosis extremas para acelerar el progreso de su eventual desarrollo evolutivo. Para llevarlo a cabo necesitaríamos unos digamos sesenta pollos, a los que dividiríamos en dos grupos de treinta: uno sería nuestro grupo experimental, y el otro el grupo de control. Debemos tomar la delantera o arriesgarnos, quizá, a lo inimaginable.»

«¿Crear una situación análoga a la que padecieron en Chernobyl?», dijo el Ministro de Defensa, y miró al Físico: «¿Es eso viable sin correr riesgos?»

«Puede hacerse, Señor Ministro, y sin riesgos», contestó el Físico, agregando en un tono impersonal que apenas lograba ocultar una crítica velada: «Si hay voluntad política, *todo* puede hacerse.»

«Muy bien. Pero primero debemos capturar a los pollos», dijo, clarividente, el Ministro del Interior, saliendo de su silencio sólo para comprobar que más le hubiese valido callarse. Entonces trató de recuperar el terreno perdi-

do y miró al Ministro de Defensa como suplicándole que le sacase las papas del fuego. Éste comprendió y acudió en auxilio de su par:

«Señores, creo que no perdemos nada si seguimos la sugerencia del señor Casares, ya que lamentablemente no tenemos otra cosa. Si el señor Ministro del Interior está de acuerdo, y si obtenemos la autorización del señor Presidente de la Nación, organizaremos varios grupos comando para que tomen por asalto los diversos puntos del Cinturón Ecológico a la luz del día, que es cuando el enemigo, de hábitos nocturnos, hipotéticamente se halla aletargado, como sucede con los murciélagos y otros ejemplares de la fauna. » Me miró como desafiándome a rebatir su argumento, pero mi silencio lo invitó a continuar. «Así tendremos mayor probabilidad de éxito y menor probabilidad de riesgo. Nuestras fuerzas irán protegidas con trajes NBQ<sup>2</sup> -no son lo más apropiado para el caso, pero es lo que hay- y pertrechadas con redes y contenedores de plomo para trasladar a los prisioneros. Propongo que esta acción sea llamada 'Operativo Fénix'. »

El Ministro del Interior miró con gesto interrogativo al Ministro de Defensa, como preguntándole qué quería decir con eso de «Fénix», pero el Ministro de Defensa se hizo el distraído sirviéndose agua con fingido aire reconcentrado.

«Estoy de acuerdo», dijo el Ministro del Interior, por decir algo.

«Sólo una cosa más, señor Ministro», le dije al Ministro de Defensa, y todos los ojos circundantes cayeron sobre mí, con expectación. «¿Se ha preguntado qué hará en el caso de que los ataques sean repelidos?»

«¿Repelidos, señor Casares?»

«Repelidos, señor Ministro. Usted mismo calificó a los pollos como 'enemigos', y sabe perfectamente que en cualquier situación en que el uso de la fuerza se impone, constituye un grave error subestimar al enemigo. »

7

El procedimiento -finalmente llamado «Operativo Zona de Alienación»- se llevó a cabo, en absoluto secreto, una calurosa mañana dos días después de la referida reunión.

Las máquinas excavadoras, puestas a disposición de los efectivos por las diversas municipalidades involucradas en el operativo, hicieron su parte. A las primeras paladas, el suelo exhaló una infernal pestilencia.

Los pollos fueron hallados en una confortable duermevela bajo toneladas de basura; al-





gunos aún hipaban y eructaban digiriendo el último cerebro cenado. Se las habían arreglado para excavar galerías subterráneas que presumiblemente interconectaban cada área integrante del Cinturón Ecológico: un laberinto que sólo ellos habrían podido transitar sin perderse. Incluso habían dejado la impronta de su incipiente vocación artística plasmando en las paredes, mediante el uso de detritos de diversos colores, el contorno de sus alas, convirtiendo aquel subsuelo en una especie de «Cueva de las manos» en versión avícola.

Las cosas sucedieron con la velocidad del rayo, y antes de que los integrantes de los numerosos grupos comando pudiesen decir pío, fueron masacrados por las aves. Horas más tarde eran retirados en camiones sus cuerpos sin vida y sin cerebro y trasladados a la morgue municipal que, por jurisdicción, en cada caso correspondía. El Ministro del Interior me informó telefónicamente de lo ocurrido, pidiéndome absoluta reserva, y finalizó con un amargo «Se ha ganado la recompensa ofrecida por el gobierno, Casares.» Le dije que podían repartirla entre los familiares de los agentes masacrados.

Aquella noche los pollos parecieron más ensañados todavía que en sus anteriores incursiones, y muchos de ellos, obnubilados de ira por el atropello padecido, se comieron, además del cerebro de sus víctimas, el hígado. Fueron varios los que aparecieron, a la mañana siguiente, echados en el piso, sus cuerpos de una tonalidad azulada producto de la mezcla del verde radiación con el amarillo hepatitis del hígado ingerido (los forenses dictaminaron que dichos hígados padecían diferentes grados de cirrosis). El hecho es que así fue como se obtuvieron los ejemplares para el experimento que yo sugeriera.

Tras estos sucesos, el gobierno decidió informar a la población, a través de su vocero, que el Presidente, jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, secundado por las carteras del Interior y de Defensa, había esclarecido los hechos, y los resumía más o menos tomando como base los apuntes taquigráficos de mi relato (yo no quise que me mencionaran, ya que soy amante de los altos ideales y los bajos perfiles). El comunicado finalizaba diciendo que se estaban tomando medidas tendientes a neutralizar a los pollos.

La noticia causó conmoción, y el oleaje ocasionado se hizo extensivo a las aguas de la web, convirtiéndose en un verdadero tsunami. Esta vez no se especulaba acerca de la naturaleza de los agresores, sino con respecto a las responsabilidades políticas que competían a uno y otro partido. Cabe aclarar aquí que el signo del gobierno durante el cual estos hechos tuvieron lugar no era el de la administración a la que perteneciera Mazzorín, pero en mi modesta opinión, cualquiera hubiese sido el partido gobernante, probablemente las cosas no habrían cambiado mucho (así somos los agnósticos: la incertidumbre es nuestra patria y el escepticismo nuestra bandera).

No faltaban los graciosos, por supuesto: perte-

necen a una raza sin bandería, credo ni moral que se ríe de las desgracias padecidas por el prójimo con el mismo desparpajo con que lo haría ante una inocente torpeza de Stan Laurel o de Los Tres Chiflados. Surgieron frases que ahondaban en cuestiones filosóficas («¿Qué fue primero: el huevo o la radioactividad?», «Todos los pollos son iguales, pero algunos son más iguales que otros») o que especulaban acerca de la cuadratura del huevo y otros tópicos afines en vanos intentos de develar los misterios del universo, e incluso del multiverso. Algunos se valieron de viejos dichos, parafraseándolos sin que les importase quién los había acuñado («Volveré y seré millones de pollos», «Llevo en mis oídos la más hermosa música del mundo que, para mí, es el cloqueo del pollo argentino», «Mejor que decir es comer, y mejor que prometer es rotisar», «Con la chernocracia los pollos nos comen, se educan y se curan», «El que apuesta al pollo verde, pierde», «El gallinero está en desorden y hay sangre en la Argentina. ¡Felices Huevos de Pascua!», «Admito que me equivoqué: los pollos verdes no podrán ser devueltos», etc.); otros proponían una cadena de oración que elevara sus plegarias a San Sebastián para que velase por todos nosotros en momentos tan difíciles; y hasta hubo quien, a la lista de motivos por los cuales el pollo cruzó la carretera, a continuación del brillante «Para morir. Bajo la lluvia» atribuido a Ernest Hemingway agregó: «Howard Philips Lovecraft: Porque viene por ti »

8

El experimento tuvo lugar en las instalaciones de la central nuclear de Atucha y fue llevado a cabo por científicos de dicha central conjuntamente con eminencias provenientes del Instituto Balseiro de Bariloche. Cinco semanas después de su inicio, sólo uno de los pollos del grupo experimental había, por así decirlo, sobrevivido. Su tolerancia a la radiación estaba al límite: más que emitir una tonalidad verde fosforescente, parecía un anuncio de neón.

Mi conjetura era acertada: el grupo experimental había comenzado a desarrollar cuatro dedos minúsculos al cabo de sus alas. Era una pena que sólo quedara un ejemplar disponible: su quinto dedo, semejante a un hálux pero desplazado hacia la parte anterior del extremo del ala a modo de pulgar, había hecho su aparición (de haber surgido en la pata, el Ministro del Interior inmediatamente se hubiese auto-investido con el título de «el Nostradamus del siglo XXI»).

Estuve presente en aquel histórico momento, lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer. Bajo las potentes luces del laboratorio, el pollo entreabrió los ojos y el pico (dos esmeraldas flanqueando a un tilde de jade), y cuando todos esperábamos su canto de cisne, el cloqueo pos-trero, sorpresivamente levantó la cabeza, miró a un lado y a otro como haciendo un reconocimiento que le permitiese verificar dónde estaba o quiénes lo rodeaban, y con una elocuencia y una voz tan clara y firme que el Yzur de Lugones las habría envidiado, proclamó<sup>3</sup>:

«¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble en razonamiento! ¡Qué infinito en facultades! En su forma y movimiento, ¡Cuán expresivo y admirable! En sus acciones, ¡qué parecido a un ángel! En su inteligencia, ¡qué semejante a un dios! ¡La maravilla del mundo! ¡El arquetipo de los seres!»

Dicho lo cual se llevó ambas alas a la pechuga y, sin que mediasen más palabras ni gestos, estiró la pata.

9

Los pollos fueron aprendiendo de sus errores (nunca volvieron a probar el hígado), perfeccionando su estrategia de ataque (miles de librerías fueron saqueadas, y se comprobó, al contrastar el catálogo con el stock de cada una de ellas, que habían desaparecido todos los ejemplares disponibles de «El arte de la guerra» de Sun Tzu, los tratados de historia sobre las campañas napoleónicas y los libros que analizaban las jugadas de los grandes maestros del ajedrez, entre ellos los ucranianos Yuriy Kuzubov, Anton Korobov y Andriy Volokitin), apelando cada vez más a menudo (con perdón de la expresión) al factor sorpresa para aventajar al enemigo, desarrollando nuevas variantes de ofensiva y defensiva y neutralizando al contendiente cada vez con mayor éxito, hasta convertirse en una verdadera plaga, sólo comparable a la peste negra que asolara a Europa en el siglo XIV matando a un tercio de su población.

Los operativos de inteligencia y el empleo de fuerzas especiales de choque fueron infructuosos: la escalada de violencia polluna demostró ser imparable, y su presencia, ubicua. Los pollos, ostentando flamante plumaje, recuperaron la facultad del vuelo, la desarrollaron y la perfeccionaron, y esta valiosa herramienta les permitió trascender las fronteras a pesar de todos los obstáculos. A medida que su predominio iba en aumento, los gobiernos caían, las fosas comunes proliferaban, las enfermedades ascendían de epidemia a pandemia, y la incontrollable explosión demográfica mundial, temida y vaticinada por Thomas Malthus en su «Ensayo sobre el principio de la población», quedaba por un instante en pausa para luego implotar

## EPÍLOGO

Los pollos, que se reproducen -sí: se reproducen, y ya no hay tiempo para averiguar cómo- en progresión exponencial, se han apoderado del mundo. Su supremacía es incuestionable. No hay gobierno ni arma que haya podido con su ataque multitudinario, letal, inflexible: un

relámpago mortal en la profunda noche. Son ellos los humildes que heredarán la Tierra (¿alguien sabe de algún pollo que haya pecado de soberbia?), los que le darán su futura configuración, los que pondrán nombre a las cosas y los que quizá tengan, como tuvimos los seres humanos, sueños de trascendencia

En una pesadilla recurrente, que imagino me acompañará hasta el último de mis días (no muy lejano), se me presenta un planeta Tierra poblado y dominado por pollos radioactivos cada vez más inteligentes, capaces de desarrollar una cultura propia e incluso de construir una sociedad más justa que la nuestra. (A veces aparece en la pesadilla su líder: un pollo retacón, de contextura atlética, que tiene un notable parecido con Yul Brynner.) En las noches invernales junto al hogar, o bajo el estival cielo estrellado en torno a una fogata, los pollos cuentan la historia de aquellos terribles seres que poblaban su mundo antes de que los plumíferos se enseñorearan de él; monstruos gigantescos que los criaban para comérselos, y de los cuales sólo uno -yo- sobrevive. Invariablemente, el mismo pensamiento acude a mí una fracción de segundo antes de despertar sobresaltado: soy leyenda.

(notas)

<sup>1</sup> Servicio Nacional de Sanidad Animal (N. del A.).

<sup>2</sup> Nuclear-Bacteriológico-Químico (N. del A.).

<sup>3</sup> El pollo habló en perfecto dialecto ucraniano de la zona de Chernobyl; la versión en castellano incluida aquí pertenece al lingüista posteriormente consultado, profesor Mijail Bondarchuk, PhD. (N. del A.).

# Ajusto

## SERGIO MARTINEZ ESPITIA

*Cristo, soy un ejemplo para ti:*

*A diario me mancillo la espalda  
con esas culpas tendidas de tapete  
en el sinuoso camino  
que dices sembrado de maldades,  
donde tus plantas, muy ligeras,  
por mucho que sangran, siguen andando.*

*¿Cómo es verdad, espíritu encarnado,  
que suda y huele, que bien puedas  
llorar a sangre viva  
sin detener, un instante,  
tu sospechosa huida?*

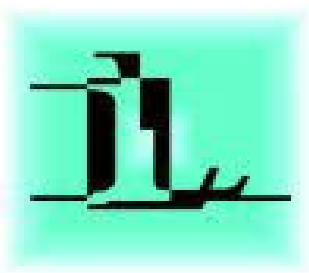
*Cristo, soy un ejemplo para ti:*

*Yo, con menos heridas,  
humano nada más,  
me pongo a la orilla  
sin desear*

---

**Sergio Martínez Espitia** (Guanajuato, s/d). Egresado en 1994 de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Universidad Lasallista Benavente, Celaya, Guanajuato. Ha participado en diversos encuentros de escritores nacionales en Guanajuato y Veracruz. Colaborador de plumaslibres (medio electrónico de Veracruz).

---



el derrotero del santo.

*Pero si soportar el rictus  
de tu columna traumatizada,  
es el necio mandato de tu Padre,  
permite suplirte bajo esa columna,  
al cabo ejercitado estoy  
en llevar la imposible  
carga de mi historia.*

*Tú, resucitado al tercer día, te presentaste a los vivos  
-por supuesto, a tus más allegados-  
para disipar la sensación  
de una absurda promesa,  
yo, agusanado en el cubo de tierra,  
sin vida que mostrar, podría revivir  
en cada censura de mi mujer,  
en cada acusación de mis hijos,  
en cada túnel del aire*

*donde mi nombre se deshaga  
en un largo  
ay.*

*Cristo, soy un ejemplo para ti:*

*Hijo diligente que eres  
de las ordenanzas de un Dios,  
siempre con una obsequiosa pasión  
de sufrir por el prójimo, suplicaste una inadmisibile tregua,  
negaste, el papel inoculado en tus venas, porque dijiste que pesaba  
la desdicha que aún ni tentabas.*

*Recuerda, yo no pido a nadie ese tipo de venias,  
aun cuando mi muerte no haga más  
que estimular la inútil yerba.*

*De chistar padezco las secuelas,  
recibiendo más penas, sin poder renunciar a ellas,  
y sin conquistar tu fama  
que se cuenta en las estrellas.*

*Y callo, aunque también sé, que,  
a causa de tu modelo inaudito, insuperable,  
mis actos hijos de la necesidad  
de cualquier modo irán a parar  
en las fauces censoras  
de tu tieso jefe.*

*Cristo, sí, soy un ejemplo para ti.*

# EL OSCURO desván del SEÑOR Howking

**PATXI NAVARRO**

Era una fría y oscura tarde de otoño. Faltaba aún más de un mes para la entrada del invierno, pero toda la última semana había sido horrible. Mucho más para alguien que vive en la calle. De todas formas, el buen tiempo tampoco es un alivio para mí, porque todos mis días de los últimos veintitrés años han sido la misma escoria gris. Al entrar el mal tiempo, simplemente alimento más vorzamente mis peores hábitos: bebo más (como aún menos, para poder comprar así más vino), fumo más, duermo menos (para darle así menos horas de reuma a mi espalda). Digamos que el mal tiempo es en el fondo una bendición, porque acerco así la hora de mi muerte. No tengo el coraje suficiente para provocarla, pero sí un ferviente deseo de que llegue. Echando más leña al fuego de mis infiernos, quizás no tarde mucho ya en llegar.

—Se va a matar usted si sigue así, don Francisco. No debería hacer eso. Tendría usted que cuidarse, porque, aunque no lo parezca, esta vida puede llegar a valer mucho la pena. Debe usted encontrar la fuerza en algún rincón de su alma. Ésta le permitirá ver las cosas de otra forma y, a partir de ahí, empezar a cambiar. El día menos pensado, será usted un hombre nuevo.

No hagáis caso de esta maldita voz. Me lle-

---

**Patxi Navarro** (Girona). Campeón mundial de Scrabble en 2009. Autor de *Trucos, astucias y estrategias para triunfar en el Scrabble* (Vox, 2011), *Más que palabras* (Carena, 2012), *La lectura y otras ficciones*, y *Esa mirada azul* (Autoedición 2013)

---

va acompañando ya varios años y, si de algo me alegraré especialmente el día que yo reviente, será de poder dejar de oírlo.

No hace mucho que me he mudado a esta ciudad. Para un sintecho tiene que haber un tiempo para cada lugar. Cuando ya demasiados curas te han barrido de la puerta de la iglesia, demasiadas oficinas han avisado a la policía para desalojarte del cajero en que duermes y demasiados camareros te han amenazado por dar demasiada pena, significa que se acerca tu hora de marchar. El día en que te propinan una paliza mientras duermes borracho en el suelo, ésa es la señal, ése es el momento de llevar tus bártulos y tu dolor a otra parte.

Os hablaré de mí. Lo haré por poco tiempo, porque la parte buena de mi vida transcurre ya en un tiempo demasiado lejano como para que las imágenes sean claras. El velo del alcohol tampoco ayuda. Intenté ahogar mis penas en el vino, pero jamás pensé que fueran tan grandes supervivientes. Los recuerdos se borran, pero ésas siempre quedan.

Nací hace cuarenta y seis años, aunque mi voz diga que hace setenta y mis ganas de morir digan que hace

mil. Fui el segundo hijo de una buena familia y bastará decir que nunca heredé uniforme, nunca comí patatas por dos días seguidos y nunca nadie me miró por encima del hombro. Extraigan conclusiones. Buena conducta, buenas calificaciones y creo que podríamos decir que una infancia feliz. Un padre médico, una madre ejemplar. De lo que ocurría de puertas para adentro no hablaré. Porque no ocurría nada que no se diera en otras muchas casas y porque, en definitiva, nada de lo que viví en casa truncó nunca mi vida, la de mi madre o la de mi hermano. Mi madre murió de anciana, nunca le faltó nada y en apariencia nunca fue infeliz. Por mi parte, bachillerato con excelentes notas, estudios de medicina con la habilidad suficiente para finalizar en tiempo la carrera y comenzar a preparar una oposición. Un excelso amor por la lectura y la ciencia. Y Raquel, una mujer hermosa e inteligente a mi lado, con la que compartir una ilusión. Ella preparaba oposiciones de veterinaria. No diré mucho más, porque el vino hace aflorar lágrimas que, veintitrés años después, no conducen a ninguna parte.

—Era hermosa Raquel, ¿eh, don Francisco? ¿No la ha vuelto a ver después? ¿Nunca ha intentado verla?

—¡Muérete!

De pronto, un día, el amor de tu vida se convierte en un recuerdo y, sin darte cuenta, te esfumas como él, arrastrado por él, o por su pérdida. Te das cuenta entonces de que toda tu vida se ha convertido en una sucia letrina y no encuentras la forma de salir de ella, o de conseguir tirar de la cadena. Mis veintitrés años siguientes no merecen una sola mención. No hay vida en la segunda parte de mi historia. Ésa es mi historia.

La cuestión es que aquella era una fría y oscura tarde de otoño. Llevaba pocas semanas en la ciudad y era la tercera vez que entraba en aquella cafetería. El camarero del turno de tarde, al dar yo con él, había tenido la desgracia de ser demasiado joven y bondadoso, de forma que no sólo me permitió molestar a los clientes pidiendo una limosna, sino que además se apiadó de mí y me invitó a un café con leche. ¡Estaba perdido ese pobre crío! En adelante ya no se atrevería a negarme tal caridad, de forma que yo circularía por allí (de vez en cuando, tampoco es cuestión de ir tentando a la suerte) hasta que el dueño se enterara y me echara a patadas. A mí, al camarero o a ambos.

Ya el primer día me fijé en él. Se trataba de un hombre cuya edad probablemente estaba entre la mía propia y la que aparento y que vestía desaliñado y remendado, aunque sin llegar a la apariencia de un mendigo. Su barba era poco cuidada, pero sin llegar tampoco al nido de pulgas que es la mía. Podría decirse que era como si me mirara en un espejo que arrojara una imagen mejorada. En ninguno de los tres cafés con leche que tomé en aquella cafetería pude dejar de sentirme atraído por él. Lo observé cada una de las veces, desde el primer sorbo hasta que salí por la puerta, a la caza de un poco de vino que me diera más calor aún. Se sentaba en la mesa más recóndita, medio escondido detrás de una columna, y jamás alzaba la vista de su libro y sus apuntes, ni siquiera cuando alguien pasaba por el estrecho espacio entre la columna y él, para entrar al baño. Leía «Historia del tiempo: del Big Bang a los agujeros negros», la magnífica adaptación del doctor Stephen Hawking a un lenguaje más o menos profano de las más fascinantes teorías cosmológicas. Recuerdo que yo adoré ese libro cuando cayó en mis manos un año después de su publicación. De eso hace mucho tiempo. Ese hombre tomaba notas compulsivamente. Hacía tachones, rompía hojas,

mascullaba, maldecía y de vez en cuando se despeinaba o se frotaba los ojos con los nudillos, todo ello con igual vehemencia. Esa tarde ya había acabado mi café y me disponía a marcharme. Aquel hombre me atraía de forma extraña, pero el cartón de vino que me esperaba afuera me enamoraba más.

—Debió usted haber salido por la puerta en ese momento, don Francisco. Ésa habría sido la decisión correcta. Lo que nos atrae sin saber porqué no suele conducir a nada bueno.

—Pues no, fíjate que no, que no salí. Fíjate que tuve la oportunidad de conocerle y prefería dar media vuelta para hacerlo. ¿Algún problema?!

—¡No se vaya, amigo! —gritó ese hombre, sin levantar la vista de su lectura y sus apuntes— ¡Sí, sí, le digo a usted, al mendigo! ¡Acérquese si quiere, ya veo que le interesa mucho lo que hago! ¡Además, si sólo va a marcharse para buscar la compañía de su vino, acérquese y yo mismo le invitaré a uno aquí! ¡¿Tiene un plan mejor?!

Me resultó extrañamente curioso lo parecida que era la voz de aquel hombre a la mía. O, de hecho, a una versión mejorada de la mía. Efectivamente, era una oferta que no quise rechazar. Me senté frente a él y, sin levantar la vista de su lectura, alzó su mano izquierda, que agitaba en el aire como si en la punta de sus dedos hubiera un pañuelo blanco con el que estuviera indultando a este toro. «¡Un vino para mi amigo!», le gritó al joven camarero, quien se sintió aliviado al ver que otro invitaba a este pobre, quizás una solución a su problema de juventud y bondad. Me quedé allí sentado, esperando el vino y esperando a que ese hombre que me había invitado a su mesa abriera una conversación, o al menos me dirigiera una mirada. No abrió la boca ni levantó la vista, ni dejó de garabatear fórmulas, tachar, romper apuntes, mascullar, maldecir, desbaratarse el pelo o frotarse los ojos. Sólo parecía mínimamente ajeno a su tarea en el breve instante en que alzaba su mano y la agitaba en señal de pedir otro vino. Por mi parte, me limité a observarlo. La maldita voz que me acompañaba desde hace años me distrajo unas cuantas ocasiones, pero, como a menudo, la mandé callar y pronto dejó de molestarme.

—Así es, don Francisco, tiene usted siempre esa fea costumbre de callarme.

Así estuvimos hasta que cerró la cafetería. Calculo que algo más de cuatro horas sin mediar palabra. En ese tiempo yo tomé seis copas grandes de vino y él no se alimentó de nada más que de lectura, fórmulas y tachones. Pagó y salimos a la calle.

—Venga conmigo —me dijo sin abandonar su lectura—. Tengo una oferta para usted que jamás querría rechazar.

Lanzó esa afirmación con tal seguridad que no quise negarme la oportunidad de descubrir dónde acababa esa especie de juego. Mientras él se alejaba lentamente, yo me acerqué hacia mis bártulos, aparcados tras un arbusto de la plaza.



—No le harán falta allí donde va. De hecho no le harán falta nunca más, se lo aseguro —dijo con ese mismo tono tan convencido como convincente.

De camino a su casa, siguió sin despegarse de su lectura. Era como si el texto le guiara y luego él a mí, que le seguía a unos pasos de distancia.

—Es aquí, vivo solo. No se preocupe, no le haré nada malo. De todas formas, me temo que a usted no le importaría que yo fuera un psicópata asesino. ¿Me equivoco, amigo?

Mi única respuesta fue seguirle escaleras arriba, recorrido en el que tampoco abandonó su lectura. Me hizo gracia pensar que ni siquiera una vedette sería capaz de subir o bajar escaleras a ciegas con tal solvencia.

Al llegar a su austera vivienda, una antigua de techos altísimos, con pocos puntos de luz y muchos desconchones, me invitó a sentarme en un raído sillón, con un rápido gesto de su mano izquierda, mientras con la derecha sostenía el libro. Me quitó la chaqueta y tomé asiento. Él se había parado frente a mí, a sólo una distancia de tres pasos. Cambió el libro de mano, levantó la mano derecha, apuntando con la yema de su índice directamente a la vieja lámpara de araña que pendía sobre él, alzó sus cejas. Ese gesto parecía la culminación de toda la tarea que había estado llevando a cabo en las últimas horas, como si estuviera a punto de encontrar, en sólo un momento, todo el significado a la obra. Y, de repente, ¡pam!, cerró de un golpe el libro utilizando sólo la mano izquierda, se desplomó en un sillón frente al mío, con el libro en su regazo, y me miró, por primera vez en cinco horas, directamente a los ojos.

—*Vaya personaje raro, don Francisco* —me importunó la voz—. *¿No le parece que sería mejor que se despidiera educadamente y nos vayamos?*

No me tomé siquiera la molestia de mandarla a la mierda.

—Bien, amigo, creo que se preguntará quién soy yo y por qué le he invitado a venir a mi casa. En realidad tengo algo que ofrecerle. Sé que usted no querrá negarse a ello, por muy desesperado que esté y por muy vacía que sea su vida. Pero presentémonos primero, por favor. ¿Cuál es su nombre, amigo?

—Francisco —fui intencionadamente parco en mi respuesta, previendo la posibilidad de que este hombre no fuera más que un charlatán o un chiflado. No me apetecía nada que un tarado anduviera hurgando en mi vida, por estéril que ésta fuera.

—¿Así, Francisco, sin más? ¿No hay un apellido?

—Sólo Francisco.

—Está bien, amigo Francisco, me presentaré yo entonces. Mi nombre es Albert Hawking. Es muy probable que mi apellido le resulte familiar.

Yo no podía creer lo que parecía que este chiflado estaba insinuando. Efectivamente, alzó el libro directamente frente a mí y golpeteó con el índice la imagen de la portada, la figura del

doctor Stephen Hawking sentado en su silla de ruedas, contra un fondo de estrellas. Me levanté y me puse la chaqueta. No estaba dispuesto a perder mi tiempo escuchando tonterías. Justo en el momento en que me giré dispuesto a irme, su voz sonó a mi espalda.

—Bueno, muchas veces las cosas no son lo que parecen. Sólo con mirarle, yo tampoco creería que usted fue una vez un joven médico con un prometedor futuro, o que alguna vez ha vivido enamorado e ilusionado.

En un primer momento, esas palabras dolieron. Posteriormente, incomodaron, porque no comprendía cómo ese desconocido podía saber algo de mi vida. Me quedé inmóvil durante unos segundos, tratando de calmarme. Percibí en mí un deseo de encontrar respuestas, de forma que me quité de nuevo la chaqueta y volví hacia el sillón, con la intención de no poner en duda lo que en adelante dijera mi anfitrión, al menos no hasta escuchar toda la historia.

—El doctor Stephen Hawking tiene dos hermanas mayores —dije mirándole a los ojos—, Philippa y Mary, así como un hermano, Edward, que es adoptado. ¿En qué parte de la historia de Hawking y de la mía propia encaja usted, Albert, es capaz de explicarlo?

—Bueno, digamos que nuestro padre, Frank, se divirtió en algunos momentos con algo más que con la biología. Ya sabrá usted que la madre de mi hermano es Isobel. Mi madre, sin embargo, se llama Caroline, y ni ella ni yo saldremos nunca en una biografía oficial de Stephen. Uno no elige dónde nace, Francisco, ni elige quién va a ser, ni cómo será su vida en un futuro. Dicen que con nuestra conducta y acciones podríamos cambiar nuestro sino, eligiendo hacer una cosa en vez de otra, en momentos cruciales de nuestra existencia que para nosotros pasan desapercibidos, pero la verdad es que nunca lo sabremos, porque la elección en cada momento es una, sólo una. No hay una acción alternativa real con la que comparar resultados y luego decidir. Luego, por otra parte, están los caminos paralelos, al igual que los universos paralelos, ¡por supuesto! Imagine que usted y yo caminamos cada uno por una orilla del mismo río, en la misma dirección. Recorreremos prácticamente el mismo camino, pero jamás compartiremos recorrido. ¿No es curioso?

Albert dejó transcurrir un largo y premeditado silencio, invitándome de esta forma a reflexionar sobre sus palabras. Sólo cuando mi gesto pensativo cambió, continuó.

—Mi hermano Stephen tiene ELA y vive confinado en una silla, mis huesos y articulaciones van muy finos. Él se casó dos veces y ha tenido tres hijos, yo opté por no casarme, pero he tenido muchas mujeres a mi lado, aunque no hijos, al menos que yo sepa. Mi hermano pasó toda su vida académica sobreviviendo con el mínimo esfuerzo, yo en cambio saqué el mayor partido de todos mis años de estudio reglado. Él descubrió su verdadera vocación en la universidad y a partir de ahí estructuró toda su vida en torno al ambiente académico, yo sin embargo decidí alejarme de la universidad, para continuar mis investigaciones de forma autodidacta. Él se dedica a la física teórica, yo me he volcado en aspectos más prácticos. Él se ha hecho mundialmente famoso por sus teorías y su divulgación, yo en cambio soy un desconocido y un hurafío, que trabaja a caballo entre su casa y una cafetería, poniendo esas teorías en práctica —cesó en su enumeración de diferencias entre Stephen y él y redujo la velocidad de su discurso—. No crea que me estoy compadeciendo, amigo Francisco, sólo le ejemplifico cómo se puede caminar por dos orillas distintas de un mismo río. ¿Le

gustaría que continúe explicándole?

—Esto pinta ahora realmente interesante, don Francisco. Este señor está insinuando que ha sido capaz de poner en práctica teorías que hablan sobre los secretos más recónditos del universo. ¡Increíble!, ¿no le parece? Yo creo que hace tiempo que deberíamos habernos marchado. No sé adónde pretende llevarnos este hombre, pero me huele a mí que sólo puede ser a una mentira o a algo que puede que tenga funestas consecuencias, don Francisco.

Alejé la maldita voz de un manotazo, como quien espanta una mosca. Por muy extravagante que Albert Hawking pudiera parecer, no me apetecía mostrarme ante él mandando callar a una persona que no estaba físicamente ante sus ojos. Me olvidé de la voz y respondí.

—Sigamos, ¿por qué no?

—Está bien. Es bueno tomar decisiones en la vida —hizo otra profunda pausa, aunque no halló reacción aparente en mi expresión—. ¿Está familiarizado con el término *singularidad espaciotemporal*, amigo Francisco?

—Bueno, supongo que a grandes rasgos podríamos decir que la singularidad es una zona del continuo espaciotemporal en la que no rigen las leyes físicas conocidas, como si en realidad no se tratase de una zona del propio tejido, aunque sí incluida en él. *Incompletitud de geodésicas causales, singularidades de curvatura, métrica de Schwarzschild o de Robertson-Walker*. Creo que nos entendemos, señor Hawking. Quiero decir, agujeros negros, agujeros de gusano, el origen del universo

—¡Muy bien, amigo mío! Veo que todos estos años de decadencia no han hecho mella en el rincón de su cerebro en el que almacena ciertas informaciones, digamos, más impersonales. Efectivamente, parece que todas las teorías demuestran la existencia de singularidades, pero todas nos dicen que una singularidad ha de permanecer siempre bien oculta, como si hubiera un creador avergonzado de la rebeldía que ésta adopta frente a las leyes que rigen el universo conocido, el explicable. La física teórica nos habla también de las singularidades desnudas, aquellas a las cuales las cargas o velocidades de giro dejarían desprovistas de sus respectivos horizontes de sucesos, es decir, de la ropa que las oculta. Una singularidad desnuda sería plenamente visible desde nuestro universo conocido, algo realmente posible desde un punto de vista teórico, pero a la vez profundamente rechazado por las implicaciones que esto tendría en el conocimiento físico acumulado en los últimos cuatrocientos años. Aceptar la idea de las singularidades desnudas sería como reconocer que la mayor parte de los pilares de nuestra ciencia actual son simples castillos de naipes construidos en tierra de huracanes.

—Bueno, de hecho ni siquiera las singularidades clásicas, las que están protegidas por un horizonte de sucesos al que ni la propia luz escapa, han sido demostradas. Lo han sido, sí, con fórmulas escritas sobre un papel, pero ni de la existencia de éstas ni de las singularidades desnudas tenemos verdadera constancia.

—Sí la tenemos, querido amigo. Y no sólo la tenemos, no sólo es demostrable que existen, sino que pueden incluso ser creadas y controladas. Incluyendo las singularidades desnudas. Y lo mejor de éstas es que, además de cumplir su papel a la perfección, nos permiten observar lo que en ellas ocurre.

—¿De qué centro psiquiátrico ha escapado usted, señor Hawking? —repliqué en tono irónico, más malhumorado que divertido— ¿Qué será lo siguiente, demostrar tal afir-

mación mostrándome un agujero negro creado por usted?

—Efectivamente, amigo Francisco. Sólo si usted quiere, claro —no podía creer lo que estaba escuchando—. Hay alguna razón que le ha hecho a usted venir hasta aquí. No le tiene el más mínimo apego a la vida y toda su inquietud es esperar a poder despedirse de ella muy pronto. Sin embargo, algo dentro de usted le ha movido a venir esta noche a mi casa. Uno podría creer que busca usted algo. Quizás no lo recuerde, pero anoche soñó, dormido en aquel banco, que iba por una calle y que vio de repente, caminando unos metros por delante de usted, la espalda de una persona conocida, con la que no deseaba cruzarse. Esa persona parecía buscar algo o a alguien, quizás a usted mismo. Se escondió usted apresuradamente en un portal, a pesar de que esa persona giró por una calle, desapareciendo así aparentemente de la escena. Desde su escondite en el portal, usted seguía sin embargo observando lo que sucedía en la calle, y vio cómo, a pesar de su deseo de que esa persona no le encontrara, ella volvía de nuevo a esa calle, en su búsqueda de algo o de alguien, y desandaba su camino, pasando por delante del portal. Justo cuando parecía que ella continuaría caminando, se detuvo para sacar su teléfono del bolso. La estaban llamando y, de repente, en la calle comenzó a formarse un enorme bullicio de motores en marcha, acelerones, frenazos y cláxones. Ella tapó un oído con su mano, llevó el teléfono a su otro oído y se parapetó en el portal para escuchar mejor. Permaneció de espaldas a usted mientras tenía lugar la conversación. Usted despertó sobresaltado instantes antes de que ella se girara y le descubriera allí, escondiéndose.

—Sabe usted que fue así, don Francisco. El señor Hawking tiene razón. Su sueño fue exactamente así.

—En su sueño, usted tenía el aspecto de mendigo viejo y cansado de la vida que es hoy, pero Raquel, la Raquel que le buscaba a usted, era esa chica joven, bella e inteligente que perdió hace más de veinte años. Escondido en aquel portal, usted no sabía si sentiría más vergüenza por el Francisco actual que Raquel iba a encontrar o por el hecho de que, ante la oportunidad de encontrarse nuevamente con ella, usted se escondiera avergonzado. En su sueño, usted era la singularidad, una singularidad que, de no haber despertado, se iba a mostrar completamente desnuda.

Durante unos minutos, se produjo un incómodo silencio en el que mi mirada y la de aquel hombre se mantuvieron fijas la una en la otra.

—¿Tiene vino? —fue mi única respuesta.

—En la cocina, al principio del pasillo. Sírvaselo usted mismo.

Me serví un vaso grande, que bebí de un trago. Serví otro más y volví con el vaso y la botella a aquel sillón, necesitando conocer toda la verdad en la que parecía querer desembocar aquella extraña conversación.

—Bien, amigo Francisco. Creo que ahora sí

está usted dispuesto a llegar hasta el final de esta historia. En el fondo, conoce perfectamente lo que voy a explicarle ahora, aunque aún se niegue a creerlo. Le ahorraré la incomodidad de tener que seguir imaginándolo, ya le desvelo el secreto. En mi desván tengo una singularidad que yo mismo creé. Se trata de una singularidad desnuda, a la que he podido asomarme, observando desde fuera las historias que allí han vivido voluntariamente otras personas antes que usted. Es una singularidad bien controlada: nada de los efectos teorizados acerca de la descomposición de la materia o de la paradoja del abuelo y, además, funciona siempre a gusto del consumidor. Las historias que allí dentro suceden nacen en el entorno y en el momento histórico que el viajero desea. Usted se convierte en *el gato de Schrödinger*, que puede estar viviendo una historia en nuestra línea espaciotemporal, pero a su vez otra historia en otra línea. Incluso podría estar maullando aquí y tal vez ladrando allí.

Me limité a cargar de nuevo el vaso, que extendí al señor Hawking. Yo di un largo trago a la botella y me recosté en el sillón, con la mirada perdida en la vetusta lámpara de araña, con sólo dos bombillas encendidas, pero con infinidad tal de cristales que parecía reflejar los miles de millones de estrellas del cosmos.

—Vayamos a ver ese desván —contesté.

Dejé sentada en mi sillón a la maldita voz que me ha acompañado los últimos años, sin atender a lo que me decía a modo de despedida. Por el pasillo y luego por las escaleras que conducían al desván, el señor Hawking me hablaba.

—Ya sabe usted que lo que vivirá allí abrirá un nuevo camino en su historia. Ese camino puede ser un puente hacia el otro lado del río, una calle que conduzca a un callejón sin salida o una avenida que de pronto se desmorone por un terremoto. Cómo y en base a qué se diseña el camino, eso no lo sabemos. Puede que eso dependa de usted, que, con sus actos, sea usted mismo el constructor. Pero puede que no.

—Déjese de monsergas, señor Hawking. Sólo dígame qué debo hacer.

—Únicamente entrar. Le invito también a pensar en la realidad a la que desea acceder. Es un consejo que siempre doy a quienes aquí entran, aunque realmente desconozco si funciona.

—No imagina lo agradecido que le estoy. Casi podría decirle que estoy ilusionado. Sólo sepa que, si este trasto no funciona, extenderé mi mano desde el otro lado para agarrarlo del pescuezo y arrastrarlo conmigo a los infiernos.

—¡Cuente con ello! —Respondió aquel extraño personaje, con una pícaro sonrisa, muy parecida a la de su hermano.

Entré muy lentamente en esa habitación a oscuras, intentando adaptar mi visión a la oscuridad o desenvolverme a tientas. Pero eso no hizo falta. En el momento en que todas las partículas de mi cuerpo traspasaron el vano de

la puerta, me encontré de nuevo en aquella misma plaza, en aquel mismo día de la primavera de 1990 en que había visto a Raquel por última vez.

No recordaba ya el tema de la discusión. En mi memoria quedaba únicamente la certeza de que había sido una discusión estúpida, llevada demasiado al límite por parte de ambos. Los dos dijimos cosas que pudimos haber callado, pero fui yo quien hirió con más fuerza. En los días siguientes, el orgullo me pudo y me frenó todas y cada una de las veces que pensé en claudicar y en acercarme a ella. Imaginaba, aunque nunca lo supe con certeza, que ella sentía que el amor de su vida se escapaba, así como que pasó muchos días y muchas noches soñando el reencuentro y la reconciliación. Una noche salí de juerga con unos amigos, para olvidar la pena por unas horas. La juerga finalizó con una borrachera, una pelea y un muchacho muerto accidentalmente. Fui a prisión a pesar de los esfuerzos y contactos de mi padre. El entorno de Raquel se encargó de hacer que me olvidara, llevándola a vivir a otra ciudad, donde escuché que conoció a otro, con el que finalmente se casaría. Su pérdida me mató por dentro y la cárcel lo hizo por fuera. Tras la prisión, el alcohol se encargó de que nunca volviera a vivir.

Se hacía extraño ahora volver a estar de nuevo en ese lugar y, sobre todo, volver a estar allí encarnando a ese joven de veintitrés años, con una vida y un prometedor futuro por delante. Cuando la vi aparecer, no pude evitar las lágrimas. Raquel se extrañó mucho de mi llanto, pero conseguí convencerla de que no era nada. Pasamos toda la tarde en esa plaza y la abracé, la miré y la besé como nunca. Cayó el ocaso y aquella discusión no se produjo. Toda la tristeza acumulada en los últimos veintitrés años de mi vida quedó sin duda indultada por la felicidad de aquella tarde. Acompañé a Raquel a su casa y nos despedimos con un tierno beso. Corrí a casa emocionado, cabriolando y saltando como un adolescente por su primer amor. Al doblar en la esquina de mi calle, no vi aquel coche, no pude hacer nada.

Desde el suelo, aturdido y dolorido, sólo pude escuchar. Un portazo, unos pasos nerviosos, un grito ahogado y de nuevo un portazo y el coche acelerando y perdiéndose finalmente a lo lejos. Respiraba con mucha dificultad. Noté un sabor metálico en la boca. Pasé mi mano por ella y, al acercarla a mis ojos, vi que estaba empapada en sangre. Durante unos minutos estuve solo en mitad de aquella calle, tendido en el asfalto. De repente, alguien se acercó a mí y me incorporó un poco, con la clara intención de facilitar mi respiración. Limpió con un pañuelo la sangre que manaba de mi boca.

—No sabe cuánto lo siento, amigo mío —dijo mi auxiliar, y enseguida reconocí su voz.

—¿Cómo ha llegado aquí, señor Hawking? —pregunté con mucha dificultad.

—Eso ya no importa.

—¿Por qué? ¿Por qué ha tenido que ser así?

—No lo sé. Ya le dije que no sé exactamente qué es lo que actúa como motor de las historias que aquí suceden. Quizás usted llevaba demasiados años deseando la muerte y trajo consigo ese deseo, aunque sólo fuera de forma inconsciente. Lo siento mucho, lo siento de verdad, amigo mío.

—No se preocupe —tosí varias veces y él volvió a limpiar la sangre de mi boca—. No se preocupe —repetí—, simplemente tenía que ser así. Sólo las horas que he pasado aquí han validado ya toda mi existencia. Vaya tranquilo. Y no olvide invitar a unos vinos a ese joven camarero y no hacer ningún caso a la maldita voz que dejé en su sillón.

—Así lo haré, amigo Francisco.

—Váyase, váyase, por favor. Quisiera morir solo.

En los pocos minutos en que mantuve mi vida allí tendido, me dediqué a observar el cielo estrellado, y a pensar si en aquella casa vieja de un científico loco se habría quedado aquel otro Francisco de cuarenta y seis años, que sólo deseaba que llegara la muerte. Qué ironía, a él

jamás le llegaba, yo la tenía ahora ya muy cerca. ¿Yo era uno solo o dos gatos de Schrödinger?

Recordada contra la enorme y blanca luna, me pareció ver la silueta de una silla de ruedas, que se alejaba volando como una fantástica Mary Poppins.

# El Frío de los Muertos

NOEL PEREZ BREY

---

**Noel Pérez Brey** (Toledo, 1979). *Licenciado en Filología Hispánica. Finalista en el I Certamen Literario Apolobaco (2006, Sevilla). Primer premio de narrativa en el Iparraguirre Saria de 2008 (Zumarraga-Urretxu, Guipúzcoa), y accésit en el VII Concurso de Relatos Cuentos Junto a la Laguna (2011, Berruecim Zaragoza). Asimismo, el cuento Manzanas fue publicado en la selección de relatos El cuento, por favor (Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, Madrid, 2007) y, posteriormente, el relato En pijama y medio descalzo apareció en la Colección Noray (Editorial Bermingham, Donostia-San Sebastián, 2009). Colaborador con diversos cuentos en distintas revistas literarias como Narrativas o Groenlandia.*

---

Maica entró en el cementerio con su bebé en brazos, envuelto cuanto era posible bajo el abrigo. El pequeño apenas asomaba la cabeza lo necesario para respirar. Sin embargo, Maica cubrió un poco al niño aún con las solapas y, agachando de medio lado la cara sobre el crío, se alejó rápido de la primera línea de tumbas. Caminó entonces entre los sepulcros sin destapar a la criatura un solo instante, vigilando aquí y allí a su alrededor, y se introdujo cada vez más en el fondo del cementerio.

Cuando Maica se aseguró de que nadie andaba cerca incordiando, rodeada de muertos por todos sitios, descubrió a su bebé. El pequeño estaba dormido casi, acurrucado inmóvil en el pecho de su madre. Parecía que ni tomase aire siquiera. Maica aceleró no obstante el paso de una a otra tumba del cementerio hasta alcanzar su interior. De repente, se frenó con el niño ante un sepulcro viejo, desvencijado y comido de verdín, escoltado por un ángel mustio de brazos caídos. Maica tendió al chiquillo de inmediato en la arruinada sepultura, y le frotó después la espalda unos segundos por la losa. Rezaba para que el crío no rompiera a llorar. Aunque el pequeño gimoteó pateando un momento al sentir la piedra, luego, enseñada por suerte se calmó.

Maica cogió de nuevo en brazos al bebé y se detuvo acto seguido un par de lápidas más lejos, al pie de una tumba herrumbrosa, tan desolada quizá como la anterior, si bien adornada con una fotografía en blanco y negro que recordaba al difunto. Maica arrimó al niño sin vacilar a la imagen. El pequeño agitaba las piernas, lloriqueando perezoso, chupándose varios dedos de la mano al mismo tiempo. Pero Maica le agarró del brazo, le sacó la manita de la boca e hizo que acariciara el retrato del fallecido. No

sabía si aquel ir y venir entre semejante número de tumbas produciría respuesta en realidad. De todas formas, Maica confiaba en que los muertos causarían en el niño algún tipo de mal incurable.

Era posible. ¿Por qué no? Su madre, al menos, estaba convencida de ello. Incluso, a falta de escasos días para salir de cuentas, le había prohibido ir al entierro del abuelo Facundo, y ni de lejos le permitió asomarse embarazada al tanatorio.

—Se te puede meter el hielo dentro —le dijo.

Maica no entendía en qué sentido podría afectar el frío de un muerto a un bebé, aunque con el parto a la vuelta de la esquina, las opciones no eran ya demasiadas. Además, ¿quién era la guapa que hubiera planteado antes otro tipo de solución sin llevarse de su madre un guantazo ni acabar enclaustrada en su habitación de por vida? Desde luego, la mejor alternativa en tales circunstancias era atrapar el hielo de algún difunto. Así que Maica insistió a su madre sobre lo importante que era para ella despedirse del abuelo antes de que sellaran para siempre el ataúd.

—¿Es que quieres matar al bebé? —le gritó su madre colérica—. He dicho que no vas, y punto en boca.

Maica se arrodilló enseguida a pesar del tripón y le imploró que la dejase ir como mínimo al cementerio; sólo quería decir adiós al abuelo por última vez. Pero su madre entonces cortó por lo sano. Agarró chillando a Maica de los pelos y, levantándola del suelo sin preocuparse para nada de la criatura, la encerró a empujones en su habitación.

Maica esperó en cambio con la oreja y la barriga pegadas a la puerta de su alcoba hasta que su madre se marchó al entierro del abuelo sin ella. En un periquete cogió la chaqueta que más le disimulaba el panzón y, evitando las calles principales, bajando la cabeza frente a quien se encontraba, se dirigió al cementerio. Llegados a estas alturas de embarazo, la única salida de Maica era que el hielo de algún muerto afectara al crío de manera fulminante. Maica se detuvo a un par de calles si acaso del cementerio y, asomándose desde una esquina



mientras intentaba esconder la tripona, aguardó a que terminara el funeral y la gente se largase por completo de la entrada. Con todo, permaneció allí oculta todavía unos minutos por si quedaba algún rezagado dentro dando el pésame. Lo cierto es que no tenía pinta de que fuese a salir nadie ya. Un segundo después, pese a que en verdad Maica no había visto aparecer a su madre, decidida, se rodeó el vientre con ambos brazos y corrió hacia el cementerio tan deprisa como le permitió el barrigón.

Caminó entre las tumbas vigilando a uno y otro lado, pendiente de que ningún conocido la sorprendiera en tanto paseaba su embarazo a través de los muertos. Maica toqueteaba además las frías losas, rozando la mano por los epitafios o por los nombres y fechas de defunción de los fallecidos, y se sobaba a continuación el vientre con la misma mano utilizada. En ese momento un cortejo fúnebre se le cruzó por delante. Maica no sólo se acercó a ellos, sino que se mezcló aun en mitad de los asistentes al tiempo que descendían a la fosa el ataúd; puede que el hielo de alguien a punto de ser enterrado fuera más nefasto para el crío, ¿quién sabe? Pero Maica descubrió de pronto a su madre arrodillada ante una lápida, rezando el rosario. Debía ser sin duda la tumba del abuelo Facundo.

Maica entonces se alejó a toda prisa del entierro, manteniéndose por otra parte a una relativa distancia del cortejo fúnebre, no fuese a desaprovechar la ocasión de que el hielo terciara en su embarazo. Descansó luego de cargar con el tripón en un sepulcro que cortaba de frío y presenció apoyada en la piedra el funeral. Maica, sin embargo, apenas quitó ojo a su madre en todo el entierro, abstraída ésta en pasar las cuentas del rosario frente a la tumba del abuelo recién fallecido. De repente, la gelidez de la sepultura le atravesó a Maica los riñones. Ella se apartó de un brinco. Ahora que de inmediato casi se volvió y, sin perder de vista a su madre, posó su panzona en el helado granito del sepulcro.

Tal cual se arrimó no obstante a la losa, Maica sintió que se orinaba encima, aunque ni mucho menos lo fue capaz de controlar. El líquido le empapó rápido los muslos y se escurrió pantorrillas abajo salpicándole las manoleínas enteras. Maica separó las piernas en el acto. Encogió un tanto las rodillas y, sujetándose la barriga con un brazo, se sostuvo con el otro de una lápida. Se percató enseguida de la situación. Es posible que romper aguas junto a una tumba significara quizá que el hielo se le había al fin metido dentro, pero Maica en cambio no pudo contenerse y pidió socorro a voz en grito.

—¡Que alguien me ayude! Por favor.

Su queja no solo alertó a los que asistían al funeral próximo, sino que para colmo llegó a su madre también. En un segundo se arremolinó a su alrededor medio cortejo fúnebre mientras su madre se abría paso a empujones agitando el rosario sobre su cabeza. Varias personas auxiliaron a Maica recostándola al instante en un sepulcro y le acariciaron la tripona,

le dieron aire, un poco de agua. Su madre, por el contrario, la zarandeaba del brazo sin miramiento ninguno del bebé, con el rosario en ristre y chillando igual que un telepredicador.

—Es mi hija. Es mi hija.

A Maica le faltaba el oxígeno. Sin embargo, antes de darse cuenta, la sacaron entre éste y aquél del cementerio y la subieron a un coche, con su madre plantada al lado en el asiento de atrás. La mujer rezaba el rosario como en trance, si bien eso no le impidió pellizcarle a Maica el vientre a escondidas durante gran parte del recorrido. Gracias a Dios que el coche no tardó en llegar a Urgencias. Maica tenía las piernas caladas hasta los pies y puede que con suerte el hielo ya hubiera causado estragos en la criatura. Unas cuantas horas más tarde, pese a todo, nació un niño sano y con los veinte dedos en su sitio, sin rastro de estar endemoniado ni poseído por espíritu alguno.

Maica, no obstante, apenas esperó a reponerse del parto una vez le dieron el alta. Una mañana aguardó a que su madre se marchara a comprar. Sacó al bebé de la cuna, lo escondió afanoso bajo el abrigo y volvió con él en brazos al cementerio.

Avanzó entre los sepulcros hacia la recóndita zona de tumbas del fondo. Maica no solo tendió al crío en una sepultura roñosa y destartada, ni se conformó con que el pequeño manoseara la fotografía de un muerto, sino que además despojó a los fallecidos de un buen número de las flores más mustias y descoloridas que encontró y se las introdujo al chiquillo dentro de la ropa. El niño lloró pateando al roce de las marchitas flores, aunque Maica enseguida lo acurrucó y lo calmó en su pecho para que no montase el espectáculo. Pero si esto no era suficiente, llevó después a la criatura al último rincón del columbario con la esperanza de poder tumbar siquiera unos minutos al crío en un nicho sin cerrar o, lo que sería una suerte, profanado de algún modo. Resultaba imposible que el hielo de un difunto u otro no afectara así al bebé de manera terminante.

Entonces, cuando Maica buscaba ese nicho abierto donde acostar a la criatura, se topó de repente con un chaval, sentado tras un sepulcro en el suelo. Maica de inmediato reculó asustada, camuflando al pequeño con su abrigo en la medida de lo posible. El bebé lloriqueó un segundo inquieto acaso por las heladas flores. En cambio el chico apenas se inmutó. Estaba oculto allí, fumando, apoyado en la lápida con las piernas encogidas. Ambos eran más o menos de la misma edad. Sin embargo, fue el olor a hachís lo que en realidad hizo que Maica no saliera corriendo.

El muchacho al verla se levantó con el porro en los labios. Pegó una calada mientras se recostaba en la sepultura que tenía detrás y, acto seguido, le ofreció el cigarrillo a Maica. Ésta miró a uno y otro lado del cementerio a toda prisa, ocultando aún más al pequeño bajo el abrigo antes de acercarse al chaval. No obstante, las flores secas que usurpara a los difuntos crujieron, se aplastaron entre su cuerpo y el de la criatura, y el bebé comenzó rápido a gimotear igual que si le faltara el aire. Quizá el hielo estuviera haciendo su trabajo por fin, aunque lo principal ahora era no formar un escándalo en mitad del cementerio. Así que Maica acunó al chiquillo en su regazo sin perder un segundo, se balanceó de aquí para allá e incluso le dio palmaditas en la espalda hasta que el pobre se aplacó. El chico seguía por su parte inclinado en la sepultura, observando a Maica y al pequeño tras el humeante cigarrillo, si bien en ese momento el muchacho

estiró el brazo y le puso a Maica el porro a la altura de las narices.

—¿Quieres?

Maica intentó disimular, desviar los ojos con precaución hacia la tumba donde el chaval se acodaba o, mejor todavía, a los cipreses de la otra punta del cementerio. Pero lo cierto es que Maica apenas podía apartar la vista de la mano en la que el muchacho sostenía el cigarrillo. El chico tenía el pulgar cercenado, a la altura de la primera falange casi; ¿cómo narices se habría liado el porro? De cualquier forma, Maica se acomodó deprisa al bebé en su pecho, adormilado ya pese al picor de las flores y con media mano metida de lleno en la boca, y alcanzó el cigarro con la prudencia de no tocar ni de lejos el muñón. Se retiró así por delante del chaval directa a la trasera de la tumba y, sin articular palabra, pegó una honda calada al cigarrillo. Maica saboreó el porro ajena a que el humo alcanzara al bebé, como si fuera un premio por los estragos que el hielo de los muertos causaría seguro en la criatura.

—Quizá sea malo para la leche o algo así —dijo de pronto el chico.

—Bueno, no eres tú quien va a tomarla, ¿verdad?

El chaval sonrió meneando la cabeza, estirándose, en tanto se arrellanaba en la sepultura. Luego alzó la barbilla señalando al bebé.

—¿Es tuyo?

—A ti qué te parece.

El pequeño asomaba la cabeza por el abrigo con dificultad. En cambio las flores mustias arrancadas a los muertos le sobresalían por el pelele poco menos que a la altura de la boca, y encima el pobre no sólo se chupaba la mano con un hilo de baba colgándole del mentón, sino que además un párpado parecía que le temblaba desquiciado. Quien lo viese diría que la criatura empezaba a acusar el hielo de algún difunto, o el incordio del humo del cigarrillo tal vez.

—Lo he comprado aquí —cambió de tono Maica—, en la puerta del cementerio. Ya no venden flores en la entrada.

Aunque el chico no abrió la boca, la torció presumido al tiempo que resoplaba por la nariz. Después alargó hacia Maica la mano cercenada para pedirle el porro. Ella se asentó bien al niño en su regazo, se acercó y, devolviéndole el cigarrillo, descansó los riñones en el sepulcro al lado del chaval.

—¿No deberías estar en clase o haciendo lo que sea que hagas? —siguió Maica.

—Yo podría preguntar lo mismo.

—Dan bajas por estas cosas, ¿sabes?

Pero en realidad Maica no había necesitado baja alguna, ni nadie la extrañaría en el instituto ni puede que en ningún otro sitio, siempre y cuando su madre estuviera entretenida rezando el rosario o lo que sea que fuera.

El muchacho pegó una calada al cigarrillo mientras se echaba en la losa a su espalda, reclinado sobre un brazo. Maica en ese instante aprovechó y, de reojo, simulando componerle a su bebé las flores que robara entre las tumbas, miró el dedo seccionado al chaval. ¿Se haría acaso el porro con una sola mano o se ayudaría por casualidad del muñón para enganchar el papel a modo de tope?

—Todavía no ha empezado mi turno —dijo el chico de repente—. Soy captador de socios en una ONG.

—¿Y a cuántos primos tienes que engañar hoy?

En lugar de responder, el muchacho dio otra chupada al cigarrillo, profunda, y expulsó luego el humo contra la punta incandescente del porro. Maica se sacó entonces

al bebé del interior del abrigo. Lo tumbó en la sepultura en la que el chaval y ella se apoyaban y, con cuidado de que el niño no llorase, le embutió con empeño las flores secas dentro de la ropa. Si no lo había hecho ya, el hielo de los muertos tendría que meterse en el crío tarde o temprano.

—¿Es que usas al enano de florero o algo así?

Maica clavó la mirada en el chico como si fuese a saltar de uñas sobre él. Sin embargo, los ojos no paraban de escapársele a la mano en la que sujetaba el porro, derechos a su dedo mutilado. Maica se giró a continuación de costado en la sepultura, arrimándose al chaval. La piedra estaba de veras congelada. Pero ella no perdía de vista a su pequeño. El chiquillo parecía adormilado pese al frío de la losa, apenas se movía, aunque de vez en cuando la criatura pateaba el aire a sus pies, o quién sabe si al espíritu acechante de algún difunto. Es posible que el hielo le estuviera afectando después de todo, ¿por qué no? Maica alargó ahora la mano en dirección al cigarrillo.

—¿Puedo?

El chaval le cedió el porro y, acto seguido, se incorporó. En ese momento se dio la vuelta hacia el bebé. El niño tenía la barbilla entera babeada, varias flores le asomaban por el cuello todavía y el bulto de pétalos y tallos bajo la ropa se asemejaba a un zombi a punto de nacerle del ombligo. El muchacho tomó a la criatura despacio por las axilas, miró a Maica en señal de permiso y, aguantándole la cabeza al crío por detrás del cuello con una mano, lo alzó en volandas. Maica se estiró desconfiada enseguida, si bien de ninguna manera soltó el cigarrillo. ¿Te acariciarían igual con un dedo seccionado? Seguro que podría notarse el tacto del muñón a través de la ropa. A la par que Maica observaba la mano mutilada del chaval sobre su pequeño, el chico extendió los brazos y se alejó del cuerpo al bebé, levantándolo a la altura de los ojos. Lo mismo que si fuera a patear un balón, más allá de la tapia del cementerio. Pero Maica pegó entretanto una nueva calada al porro como si tal cosa.

—¿Qué te pasó? —preguntó de repente—. En el dedo, quiero decir.

—Cada uno tiene su historia, ¿verdad? A tu crío le salen flores de la ropa y a mí me cortaron un dedo. No tiene importancia.

El hachís olía a goma y a especias, y Maica se sentía algo mareada. Tumbó la espalda en el gélido mármol del sepulcro. Y fumó tranquila, sin preocuparse del frío de la piedra más que lo necesario, aunque con un ojo puesto quieras que no en el bebé. El aire mecía los verdes cipreses del cementerio, las cruces y los ángeles custodiaban las tumbas en hileras casi perfectas y, ahí arriba, el cielo quizá fuera un buen sitio al que ir una vez estuvieras muerto. De pronto, el chaval aparentó que dejaba caer al suelo al niño. Maica saltó entonces de la sepultura.

—¡Qué haces, gilipollas!

El chico, no obstante, tenía al pequeño bien

agarrado. De cualquier forma, la criatura gemía desconsolada, tiritando roja y apretando los puños, mientras el muchacho se partía encogido de risa. Maica tiró el porro al suelo y le arrebató al crío de inmediato. El llanto podía delatarla, sin duda.

—No tiene gracia, tullido de mierda.

—La única mierda aquí es la de tu mocoso —dijo todavía carcajeándose el chaval.

Maica olió el pañal en el acto, pero estaba limpio. Le acopló a continuación al niño las flores marchitas bajo la ropa pese a que éste lloraba a lágrima viva, y más tarde lo acurrucó en su pecho, lo meció, le dio golpecitos en la espalda e incluso lo arrulló bailando a uno y otro lado. Al final el pequeño poco a poco pareció calmarse. El chico entretanto cogió el porro del suelo sin parar de reír. Si bien se contenía a duras penas, pegó una calada al cigarro. Éste se había apagado al caer al piso, así que el chaval sacó con la mano mutilada el mechero del pantalón, lo encendió usando el lateral del dedo índice y prendió el porro con la sonrisa aún en los labios. Dio una sorbida intensa y expulsó después el humo sobre el extremo al rojo del cigarrillo.

—Esas cosas no traen más que problemas, ¿sabes? —continuó—. Deberías deshacerte de él.

El muchacho se sentó de un brinco al terminar en la sepultura que tenía a su espalda. Maica lo observó de arriba abajo, meciendo impetuosa al crío en tanto le recolocaba las flores bajo el pelele, indiferente acaso a que el pequeño estaba ya en apariencia más tranquilo. El chaval sostenía el porro entre los dedos, golpeando la boquilla de vez en cuando con el muñón. Vistas las circunstancias, Maica sintió como si fuera por un momento a ella, y no al niño, a quien le estuviera afectando el hielo de los difuntos.

El chico dio una nueva chupada al cigarrillo y, exhalando el humo por la nariz, alargó el brazo, y le ofreció luego el porro a Maica. Ella fingió ignorar al chaval, concentrada en acunar a su bebé y en embucharle las flores mustias saqueadas a los fallecidos. De todas formas, enseguida levantó paralizada casi los ojos hacia el muchacho, tan quieta que cualquiera diría que éste era el muerto cuyo frío iba a causar en la criatura el mal que andaba buscando. El chico entonces se empeñó y le cedió de segundas el porro a Maica.

—¿A quién has venido a ver? —preguntó.

Maica tardó unos instantes en reaccionar. Pese a que daba la impresión de estar aturrida, desvió pronto la mirada hacia los cipreses del fondo del cementerio, igual que si se escondiera allí el culpable del hielo que rondaba sobre sus cabezas.

—A mi madre —mintió.

—Lo siento.

—No fuiste tú quien acabó con ella, ¿verdad?

Sin motivo aparente, el niño comenzó ahora a gimotear y a patalear en sus brazos. Maica apenas echó un ojo al pequeño, temblando medio entumecida, aunque no hacía frío en realidad,

sin embargo, le ahuecó al crío las flores secas en el interior de la ropa y a continuación alcanzó de vuelta el cigarrillo.

Pegó acto seguido una calada a pleno pulmón, pero en cuanto la criatura rompió por fin a llorar, Maica le devolvió al chaval el porro y columpió al pequeño en su regazo sin esperar un minuto. Lo último que pretendía es que el llanto la delatara a estas alturas. El chico por su parte rehusó el cigarrillo sacudiendo insistente la mano cercenada.

—Acábatelo —dijo—. Tengo que irme a currar.

Maica contempló al muchacho mientras éste se alejaba de las tumbas, obstinada en acunar al niño en su seno. La verdad es que en cierto modo sentía la cabeza embotada, le rehilaban las piernas y las rodillas se le doblarían quizá hacia dentro a la menor ocasión. La colilla del porro siquiera humeaba un hilillo tenue. Cuando Maica perdió entonces de vista al chaval, se fijó en su bebé. Si bien la criatura aparentaba estar en principio más serena, adormecida ahora sobre su pecho, las flores le abultaban por otro lado enormes bajo el pelele, y Maica notó al pequeño para más inri los ojos cruzados y los mofletes un tanto pálidos y escurridos. Es posible que esos fueran los primeros síntomas y que el hielo estuviera afectando a la criatura de una santa vez. Maica alzó así la cabeza angustiada y, de inmediato, se aseguró de encontrarse sola en aquel lugar del cementerio.

Dio corriendo una calada a lo que le restaba de porro. Lo tiró después y, tras componer al chiquillo las flores que expoliara a los difuntos, reanudó su camino a través de las tumbas. Se detuvo al poco frente a un sepulcro en el que casi ni se apreciaban las letras ya y echó al crío un periquete en la losa, le agarró del bracito unas lápidas más adelante para que acariciara un epitafio comido de verdín e incluso, sin demora alguna, le restregó la espalda por una cruz de hierro mohoso. Era un milagro que el pequeño no le formase un espectáculo allí mismo. De repente, un hombre se acercó a su posición. Vestía un mono azul y empujaba una carretilla llena de ramas y herramientas hasta arriba. Sin duda sería un empleado municipal. Maica camufló rápido al bebé en el abrigo y, aligerando el paso entre unas tumbas y otras, se alejó de aquel rincón del cementerio. ¿Cómo podría asegurarse ella de que el hielo de los muertos se había metido a ciencia cierta en la criatura?

De pronto, Maica se paró ante una sepultura reluciente, adornada por una estatua en mármol de la Virgen. El sepulcro parecía nuevo, aunque la imagen tenía en cambio el rostro destrozado. A duras penas conservaba en la cara la barbilla y un ojo medio agujereado sobre restos del pómulo de ese mismo perfil. Cualquiera diría que un loco la hubiera golpeado con la intención de hacerla trizas. De improviso, el bebé empezó por enésima vez a llorar. Maica lo meció sin perder un segundo, lo arrulló en sus brazos, le apañó las flores mustias que escondía en el pelele, y ni con esas se callaba el chiquillo. Puede que el hielo hubiera atacado a la criatura, ojalá, pero estaba llamando demasiado la atención. Y encima aquella maldita estatua hincaba en ella su único ojo sano como si tomara nota para irle con el cuento a su madre.

Si eso no fuera suficiente, el bebé gemía de veras angustiada. Maica lo acunó impetuosa, bailando de aquí para allá, recolocándole las flores saqueadas entre las tumbas, si bien el pobre chillaba todavía a voz en grito. Por una parte, daba aun la impresión de que rabiase con la boca igual de abierta que una fosa, mientras se le figuraba a Maica que la nariz y las orejas le crecían por momentos. ¿Tendría en eso algo que ver el hielo de los difuntos? Maica buscó entonces inquieta a uno y otro lado

del cementerio, pero no encontró a nadie alrededor.

Tumbó a continuación al crío en la sepultura que se erguía delante, a los pies de aquella Virgen con la cara deshecha, y advirtió por casualidad que los enterrados debajo eran una mujer y con toda probabilidad su hijo, muertos los dos el mismo día. Su pequeño lloraba a moco tendido sobre el sepulcro. Apretaba los puños, las piernas le temblaban, y no podía negarse que la criatura se estaba poniendo más colorada de lo que debía. Quizá aquel hombre del mono azul les hubiera seguido y anduviese por allí cerca, rondando. Es posible que hasta fuera amigo de su madre. ¿Quién sabe? Maica por si acaso tomó corriendo en brazos al chiquillo y, sin querer mirarlo apenas, le hundió la cabeza contra su pecho. Esperaba que así se callase y dejara de montarle el numerito. En ese instante, Maica hubiera renunciado a lo que le pidieran por meter al porro una nueva calada.

El niño en cambio parecía llorar más desconsolado aún si cabe. A Maica se le ocurrió que podría quedarse sin aliento de buenas a primeras, por lo que se retiró al bebé como una cuarta del regazo. Las flores secas le volvían a asomar sobre el pelele, el crío berreaba ahora sí sofocado de verdad y, para colmo, le rehilaba la boca y los dedos se le habían retorcido a modo de garritas cortantes de alimaña. Maica hubiera asegurado que, en un abrir y cerrar de ojos, hasta le hubiesen crecido las uñas también. A lo mejor el hielo estaba haciendo su trabajo de una vez por todas. Pero cómo iba a plantarse Maica ante su madre con el niño de esa guisa, ¡si era capaz de desgarrarte entera en cuanto te descuidaras!

Maica se apresuró enseguida a taparle medio rostro con la mano, ansiosa, solo quería que el crío cerrase esa condenada boca y se estuviera en silencio por fin. Incluso lo mecía después con tal arrebato que se columpió de una pierna a otra pegando saltitos. Tampoco arrullarlo ni recolocarle la ropa fue ninguna solución, pues el bebé siguió llorando al cabo a lágrima viva. ¿Cómo narices iba a conseguir que el maldito crío se calmara? Maica habría

estampado al mocoso contra una de las lápidas del cementerio si le hubiera valido. Sin embargo, le arrancó las flores mustias del pelele y se las fue incrustando al chiquillo en la boca, a puñados, hasta que no le entró ni un pétalo más.

Pese a las continuas lágrimas, las flores ahogaron a la criatura el quejido. El pequeño se esforzaba en toser, en conseguir aire, si bien solo emitía ronquidos chillones al inhalar. En un segundo se le abrieron los ojos igual que si un muerto lo hubiera cogido en volandas. El crío tiritaba de pies a cabeza, apretando espasmódico los puños, arrugado, y no tardó en amarotarse el gesto. Maica entonces soltó de inmediato al niño a los pies de aquella Virgen con la cara hecha trizas, y rompió a correr entre las tumbas tan rápido como las piernas le dieron de sí.

Los resuellos del bebé le retumbaban no obstante en los oídos. Además, los cipreses del cementerio engullían por otro lado su carrera en una cripta fría y oscura, mientras los gañidos de la criaturita la perseguían a través de los difuntos con el único ojo sano de la Virgen clavado delator en el cogote. Pero cuando Maica vio la puerta de salida, pronto reparó en el silencio. Siquiera sus pisadas en la grava, urgentes, liberadoras acaso, parecían escucharse bajo semejante paz. Maica no tenía la menor idea de qué hacer o adónde ir. Desde luego no podía presentarse en casa sin el bebé. Estaba tan aterida que por un instante deseó que el chaval de la mano cercenada la esperase con un porro en la puerta del cementerio, aunque sabía de sobra que tendría que resignarse a lo sumo a que su madre rezara un rosario por su salvación, y eso ya sería en sí todo un milagro.

## S.N.

### JUAN CARLOS ALBARADO

*«Dificultad para escribir. Más que hace veinte años. Sin el impulso, sin las ganas, sin la inocencia con que antes escribía. [ ] Encerrado. No sé cómo se hace para salir de lo mismo. Me digo que la única forma de salir no es pensando. Es escribiendo.»*

Carlos Liscano

Fue a volcar el contenido del huevo y la sartén se le zafó de golpe. Por costumbre, siempre la levanta un poco antes de dejar caer el líquido. La salpicadura le alcanzó la remera y el pantalón claro. Apagó la hornalla y fue hasta la habitación en busca del talco. Un rictus de amargura venció por un segundo a los labios antes de murmurar una puteada. Volvió a la cocina y terminó la tarea. Comió apurado, mirando las hojas apiladas y la computadora cerrada sobre el escritorio. Cuando acabó el almuerzo se sentó de espaldas a la ventana, a escribir. Tecleó despacio gran parte de la tarde. Solo hizo un corte para aprontar el mate, ahora con más cuidado.

Escribe un libro. No una novela, no sus memorias ni

otra cosa, sino un libro, nada más que eso. Y en su libro hay, a su vez, un hombre que escribe.

Soy en silencio. No me abruma la soledad ni la oscuridad, ni el pasaje de las horas. No podría nunca decir grandes cosas como que soy el tiempo o una sombra. No. Soy un hombre solo que escribe, que prefiere no recordar y al que a veces le duele la cabeza, como si fuera alguien normal.

A la noche, cuando llegó su esposa, él ya se había tomado más de dos analgésicos sin resultados pero igual tuvo buen ánimo para preparar la cena. Salvo en las pocas salidas, todas las noches comían en silencio y esa no era la excepción. Cuando se levantó a buscar agua ella le vio las manchas, levantó las cejas y esbozó una sonrisa.

—Se me zafó la sartén. A veces no puedo ni con eso— dijo serio. Y a ella se le dibujó, tam-



bién por un segundo como antes a él, ese mismo rictus de tristeza.

Así que sos zurdo vos, le decían, a ver, venga esa mano. Al principio, cuando era un recién llegado, solo lo tenían en el piso, acostado boca abajo, con la mano izquierda debajo de la pata de una silla donde se sentaba cualquiera. Él sollozaba muy bajo mientras el de la silla se movía por gusto hablando a los gritos y, porque estaba encapuchado, solo oía los gritos del otro, del que estaban torturando. Después, en otras noches, le tocó a él estar de ese lado y pudo ver, al menos por un rato.

—Salen— le dijo ella y terminaron la cena bajo el mismo silencio de siempre.

La rutina es de relojería, su mujer se levanta a las nueve, se baña y desayunan luego juntos. Después, ella se va al trabajo y no regresa hasta la noche. Él lee los diarios o algún libro que no ha podido terminar en la madrugada. A la una almuerza y, por último, trata de escribir un poco. A veces da unas vueltas, caminando por el barrio, aunque casi siempre es preferible quedarse sentado tecleando.

Ahora veía aparecer las letras, desganado. Se levanta y va a enjuagarse la cara. Unas gotas de agua se le cuelan por la cicatriz que no le permite cerrar del todo el ojo y le arde un poco, como siempre.

Había sido un solo golpe, a nudillo limpio, el mismo día que llegó, antes de todo aquello de la mano. El párpado de abajo del ojo derecho

se le había cortado desde el lagrimal como tres o cuatro centímetros que estimó, años después, por la cicatriz. Esa noche había intentado dormir sosteniendo la piel con el dedo índice para cerrar el ojo.

Vuelve a mirar un instante en el pequeño, circular espejo del baño. No sabe lo que ve o no quiere saberlo. Endereza el espejo para perder su imagen, se enjuaga una vez más la cara y regresa a escribir.

No tengo rostro, no preciso nombre para escribir. Ni siquiera me entorpece la mano. No necesito nada. Apenas un espacio en blanco puede ser la tarde toda. A veces solo me entretiene el roce de la punta de mi lapicera contra la hoja. ¿Han notado con qué puede algo ser eterno? Soy un escritor. No porque escriba sino porque me entretiene el roce azul sobre el cuaderno. Parece que las palabras fueran agua y el papel la piedra. Entonces, escribir es horadar el tiempo.

Esa tarde tuvo que ir al centro. Hizo todo de la forma más rápida posible. Aunque nunca se había subido a un barco pensaba que caminar así, entre tanta gente, era como naufragar. Todo lo demás fue cuestión de unos segundos, cuando lo vio ya estaba a unos pasos de él. La gente los rodeaba, los amparaba y, a su vez, los hacía invisibles. Cuando sus ojos se encontraron el otro también lo reconoció de inmediato. No necesitó casi nada para estar seguro que era él, uno de los que torturaban en silencio dejando que las preguntas las hiciera otro.

En ese instante de zozobra, de miedo, de rabia, no hubo demasiado tiempo para pensar. El otro se detuvo. Él se detuvo. En ese insignificante espacio del mundo se detuvo el tiempo un mínimo instante. No había nada que decir, ni para hacer, pensó que si no hacía nada, eso no era olvido, ni mucho menos perdón, tampoco era flaqueza, ni lástima. Entonces, lo abrazó.



